

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES**

**Los mecanismos de estigmatización juvenil  
como instrumentos de exclusión**

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRO EN CIENCIAS SOCIALES

PRESENTA

**NAIM GIBRAN FARCUG GUERRERO**

Directora de tesis

**Dra. Ma. Concepción Delgado Parra**

Ciudad de México, agosto de 2017.

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

## **Agradecimientos**

A la Dra. Ma. Concepción Delgado Parra por todo lo que me ha enseñado, pero sobre todo por su apoyo y cariño, sin usted esto no sería posible, gracias.

A Lalo, por siempre estar para mí, sabes que eres mi hermano y aunque estos últimos meses han sido algo caóticos, sé que podemos enfrentar todo.

A Tsahi, por todo el apoyo que me has mostrado toda la vida, sabes que para mí eres un ejemplo a seguir (aunque luego quieras envenenarnos con alitas...).

A Mena, por siempre haber tenido el tiempo para leerme y darme tus consejos, pero sobre todo, porque llevamos más de doce años siendo extremadamente sarcásticos.

A Odette, por todo el apoyo que me diste al inicio de la investigación y por haber iluminado mi vida aunque fuera brevemente.

## Índice

Introducción .....	4
Planteamiento del problema .....	7
Estructura de la investigación .....	9
Sobre el abordaje teórico-metodológico .....	11
¿Por qué los jóvenes?.....	16
<b>Capítulo I</b> .....	20
ATISBOS DE LA CONCEPCIÓN SOCIAL DEL TRABAJO: .....	20
DEL DISPOSITIVO DISCIPLINARIO A LA ESTIGMATIZACIÓN DE LOS JÓVENES .....	20
La industrialización del XIX: .....	24
Del trabajo como motor del progreso y dignificación del ser humano, .....	24
al individualismo disciplinario de los jóvenes .....	24
Fin de la Segunda guerra mundial: .....	39
Transformación de los valores de la concepción social del trabajo .....	39
y el surgimiento del trayecto “normal” juvenil en la sociedad disciplinaria .....	39
Crisis del Estado benefactor: .....	50
La transformación de la sociedad disciplinar y el advenimiento .....	50
de la sociedad de control, el inicio de la exclusión juvenil contemporánea .....	50
<b>Capítulo II</b> .....	61
LA SOCIEDAD DE CONTROL: .....	61
DE LA MANIPULACIÓN DE LOS CUERPOS A LA ESTIGMATIZACIÓN DE LOS JÓVENES .....	61
Atisbos de la sociedad de control: .....	68
De la disciplina a las nuevas formas de control juvenil .....	68
en el capitalismo del siglo XXI.....	68
El proceso de individualización en las sociedades de control.....	78
De la individualización a la estigmatización juvenil .....	88
<b>Capítulo III</b> .....	100
LA LUCHA POR LA DIGNIDAD:.....	100
UNA VISIÓN REIVINDICADORA DE LA JUVENTUD.....	100
De la indignación a la acción política: el 15M en España .....	109
“El acceso a la información nos hará libres”: El movimiento Yosoy132 .....	120
Hemerografía .....	150
Páginas web consultadas.....	151

## Introducción

---

En las sociedades contemporáneas, la llegada del capital financiero al poder y la caída de un Estado desarrollista implicó el aumento de políticas encaminadas a la flexibilización y la precarización laboral, cuya consecuencia principal es el estancamiento económico de gran parte de los países latinoamericanos (Chomsky, 2013; Calva, 2013; OIT, 2016). De acuerdo con el diagnóstico laboral 2016 realizado por la Oficina Regional para América Latina y el Caribe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la tasa de desocupación regional aumentó al pasar de 6,6% a 8,1% (OIT, 2016). Ante los problemas económicos “los jóvenes son los primeros en ser despedidos en la desaceleración y los últimos en ser contratados en la recuperación” (OIT, 2016: 14). Consecuencia de lo anterior es que la mayoría de personas que no encuentran trabajo tienen una edad entre los 14 y 29 años de edad (Sánchez, 2017). Por su parte, “sólo el 37% de los jóvenes latinoamericanos cotiza en la seguridad social y apenas un 29% lo hace al sistema de pensiones” (Herranz, 2016). Paradójicamente, los jóvenes se encuentran más preparados en cuanto a sus grados educativos de formación se refiere, sin embargo, su acceso al mercado laboral es muy limitado. La educación ya no garantiza movilidad social (Calva, 2013; Sin embargo, 2016). A pesar de ello, la idea de que el “paso a la adultez” (y a la autonomía) depende del trabajo, sigue vigente (Bauman, 2011b). De esa manera, surgen contradicciones que los jóvenes están interiorizando. Ante la falta de trabajo, aparecen una serie de mecanismos cuya función es transferir la responsabilidad de problemas estructurales a los jóvenes, legitimando así el funcionamiento de una sociedad enmarcada por la inseguridad, la desigualdad y la competencia (Bauman, 2007, 2011b, 2015a, 2015b, 2015d; Beck, 2000; Beck y Beck-Gernsheim, 2012; Sassen, 2015; Sennett, 2013).

La aplicación de las políticas neoliberales modificó la manera de comprender al empleo. En el presente, éste ya no es indispensable para conseguir el aumento de la producción, desde la década de los setenta se ha dado el paso de un capital productivo a uno financiero (Bauman, 2011b: 100; Sennett, 2013; Sassen, 2015). Es por ello que el Estado desarrollista dejó de ser necesario y, cada vez se ha reducido más el gasto dirigido al bienestar social, minimizándose los gastos de programas dirigidos a combatir el desempleo, el mejoramiento de la salud y la educación (Sassen, 2015). La consumación del modelo

neoliberal trajo consigo una serie de reformas que devinieron en la transformación de las relaciones entre el Estado, el capital y el trabajo (Bauman, 2007; 2011a; 2011b; Beck, 2000; 2002). Entre las más importantes podríamos destacar el encumbramiento de las barreras a la exportación, el fomento a la libertad de comercio impuestas por la Organización Mundial del Comercio (OMC) y la obligación de aplicar políticas económicas restrictivas, con fines de controlar la inflación, dejando de lado el combate al desempleo (Sassen, 2015).

Sumado a lo anterior, las permanentes reformas laborales dirigidas a flexibilizar el trabajo, pretenden facilitar la contratación y el despido de la gente, mostrando que no existen límites en términos laborales a favor del capital. Así, para Chomsky, el avance del capital financiero ha conseguido el aumento de “empleados sin derechos sociales ni cobertura sanitaria o de desempleo, a fin de reducir costes laborales e incrementar el servilismo laboral” (Chomsky, 2013: 121). Las políticas de flexibilización y precarización tienen como objetivo conseguir la dominación de los trabajadores, basada en el miedo. La idea de “precariedad” como un instrumento de control consigue varios propósitos: aumentar la competencia y la carga de trabajo individual, al mismo tiempo que se reducen los sueldos (Sennett, 2000). Además, se crea una actitud de docilidad ante las condiciones impuestas por las empresas, es mejor tener un trabajo mal pagado, que no tener ninguno. Chomsky agrega,

Si los trabajadores tienen más inseguridad, eso es muy “sano” para la sociedad, porque si están inseguros, no exigirán aumentos salariales, no irán a la huelga, no reclamarán derechos sociales: servirán a sus amos tan donosa como pasivamente. Y eso es óptimo para la salud económica de las grandes empresas (Chomsky, 2013: 122).

En México, el escenario no es muy diferente. A pesar de que el presidente Enrique Peña Nieto ha manifestado la creación de 2 millones 400 mil empleos formales (Olvera, 2017), la realidad es que éstos se encuentran enmarcados por la precarización. Por ello, México, es el país con peor calidad de ingresos entre los trabajadores de los 34 países miembros de la OCDE. Los empleos que se están generando se basan en el *outsourcing*, en la paga de bajos salarios, en la falta de seguro social y en el aumento de la informalidad (Olvera, 2017). Así, Thomas Wissing, director de la Organización Internacional del Trabajo para México

ha planteado que son los jóvenes los que “tienen mayores dificultades de tener un empleo digno [...]. Pero muchas veces los trabajos que encuentran no ofrecen las condiciones o expectativas que ellos tienen” (Del Pilar, 2015). México se encuentra en una etapa de bono demográfico, sin embargo, en lugar de aprovechar a los jóvenes, éstos se están perdiendo en el desempleo y la informalidad, para la OIT, esto puede devenir en “una ‘generación perdida’ de jóvenes, sin esperanza de encontrar un trabajo decente” (Sánchez, 2017).

Al mismo tiempo, el proceso de globalización ha desconectado el vínculo entre el capital, Estado y trabajo (Bauman 2007: 36, Beck 2000). La globalización, es un proceso por medio del que, derivado del avance de la tecnología de la información y la apertura de fronteras, el capital financiero adquiere un poder de movilidad que le permite abandonar cualquier país con todos sus recursos en cualquier momento (Bauman, 2011a; Beck, 2008; Posadas, 2015; Sassen, 2015). Consecuencia de ello, es que el trabajo se entienda en términos locales, puesto que la gran mayoría de los trabajadores no tienen los recursos para moverse, mientras que el capital es global (Beck, 2000). La competencia por un trabajo se ha globalizado, los empresarios más ricos pueden irse de un país a otro buscando las mejores condiciones: mano de obra más preparada y barata, menos impuestos.

Derivado de lo anterior, los jóvenes encuentran que su acceso al mercado laboral es restringido. Es por ello que se incrementa el tiempo de dependencia con sus padres. Su autonomía se ve negada por la falta de oportunidades generada por las políticas económicas neoliberales (Calva, 2013). Ante dicha situación, las salidas que han encontrado son: continuar con el proceso educativo, entrar al mercado informal o a las filas del crimen organizado (Martínez y Valdelamar, 2016). Pero no importa cuál sea la solución, la culpa recae en ellos por no haber tomado las elecciones de vida adecuadas para sortear los problemas del día a día (Bauman, 2007, 2015b, 2015d).

## Planteamiento del problema

---

A inicios del siglo XIX, la sociedad capitalista basada en un *discurso moral de la concepción social del trabajo* impuso a los jóvenes, mediante múltiples *dispositivos disciplinarios* una forma particular de asumir la idea del trabajo, la escuela y la familia. Las sociedades disciplinarias buscaban crear cuerpos dóciles y obedientes para integrarlos a los procesos de producción (Foucault, 2013; 2014b; 2014d; Hobsbawm, 2011; Marx, 1976; 2012b). Con este propósito, este discurso implementó y sostuvo la idea de que el trabajo era el medio para alcanzar la autonomía, la riqueza personal y social, la solidaridad y, sobre todo, la dignidad (Bauman, 2011b). Así, la idea del trabajo se vinculó a la carrera a largo plazo y a la gratificación diferida, se trabajaba en el presente con el propósito de tener un mejor futuro. Al mismo tiempo, la educación constituyó un espacio, en el que se especializaba y normalizaba a los jóvenes para garantizar su obediencia y productividad en el futuro (Coriat, 2011). La educación fundó su base sobre la esperanza de movilidad social toda vez que prometía la posibilidad de ascender en la pirámide burocrática y empresarial (Sennett, 2000; Souto, 2007). En este proceso, los jóvenes representaban la “esperanza” de la sociedad ya que con su trabajo la sociedad alcanzaría el progreso (Bauman, 2011b).

Dicho discurso se fundamentó en la tríada Estado, trabajo y capital. El *capital productivo* impuso el principio moral de la concepción social del trabajo, apoyado en el principio de construir un Estado fuerte y legítimo a partir de la creación del empleo como vía para lograr el desarrollo expresado en la mejora de la calidad de vida de los sujetos (Bauman, 2015a: 155). De esta forma, el Estado se propuso acabar con el desempleo y estimular el consumo de los trabajadores por medio de una serie de prestaciones sociales tales como créditos “blandos”, la educación y la salud pública, entre otros. Así, el Estado en su faceta *keynesiana de bienestar social* –o desarrollista, en el caso de los países latinoamericanos– buscó integrar a las personas a partir de la mano de obra productiva al sistema. Bajo esta lógica, la validez de los sujetos estaba referida al trabajo, a los resultados que éstos generaban a la sociedad. En este proceso, fue creado un discurso moral que manifestaba que lo “normal” para los jóvenes era prepararse en el ámbito educativo, de manera que pudieran integrarse más tarde al ámbito laboral y, de esta forma, ser útiles a la

sociedad. Todo discurso que contraviniera tal afirmación, era considerado como algo “anormal” que debía ser corregido.

Esta experiencia cristalizó en la época dorada del capitalismo. La tríada trabajo, escuela y familia, entró en funcionamiento y como consecuencia, el desempleo se redujo, la escuela se convirtió en el espacio juvenil por excelencia y, los jóvenes, asumían que al prepararse su posibilidad de acceder al ámbito laboral sería más sencillo, espacio en el que obtendrían una serie de prestaciones sociales garantizadas por el Estado. El discurso moral de la concepción social del trabajo, consiguió su interiorización en los jóvenes y su *dignidad* quedó vinculada a las posibilidades generadas por el ámbito laboral y a los procesos de consumo. En este proceso, los mecanismos disciplinarios vaciaron a los jóvenes de su capacidad de acción convirtiéndolos en sujetos pasivos.

En la actualidad, estos procedimientos han entrado en un proceso de crisis. El ascenso del capital impaciente al poder está transfigurando a los mecanismos disciplinarios, dando paso a una sociedad de control y rendimiento, basada en los mecanismos de *precarización, individualización y estigmatización*. Las técnicas de dominación están mutando (Deleuze, 2006). Hoy, no basta con controlar los cuerpos como en la sociedad disciplinaria, ahora es necesario también controlar las mentes por medio del deber ser del emprendedor. Los sujetos “obedientes” creados en la sociedad disciplinaria, deben convertirse en sujetos de “rendimiento” (Han, 2014a; 2016b). Y, en este contexto, emerge el emprendedor, cuya característica perfila a un sujeto solitario que se explota a sí mismo, cuyo pensamiento gira en torno a la supervivencia (Bauman, 2015d). Se trata de un sujeto que debe moldearse permanentemente y prepararse para enfrentar cualquier reto que se le presente en una realidad totalmente incierta, pero al estar solo, toda la responsabilidad de su condición de vida recae únicamente en él (Bauman, 2007; Beck, 2012; Han, 2014b). El emprendedor deberá prepararse permanentemente para enfrentar cualquier reto y función que las empresas flexibles requieran y, en caso de no cumplir con los estándares solicitados será relevado por un sinnúmero de personas que aspiran a conseguir su empleo.

Como consecuencia de los cambios que ocurren en el presente, los jóvenes son atravesados por un individualismo en el que los valores del mercado intentan definir sus nuevas formas de libertad y dignidad. En este contexto, surge la preocupación por

desentrañar los procesos que configuran los mecanismos de estigmatización hacia los jóvenes que derivan en su exclusión en el mercado laboral, impidiéndoles ocupar un lugar activo en el ámbito social y político de las sociedades contemporáneas, caracterizadas por la paradoja moderna expresada en la creencia de que el trabajo constituye la vía para alcanzar la adultez e integración en la sociedad, mientras que sus posibilidades reales de acceso son limitadas. Sabemos que hablar de “juventud” en términos tan generales puede provocar críticas debido a la heterogeneidad que rodea al sector juvenil.<sup>1</sup> Sin embargo, cabe aclarar que estamos conscientes de que la situación social de las y los jóvenes, varía “en función de su edad, sexo, origen social, escolaridad, condición de actividad y ubicación territorial” (Pérez Islas, 2010: 38). Dicho lo anterior, la *idea de juventud* que será desarrollada en el presente trabajo, es aquella que ha sido vinculada a la concepción social del trabajo y propagada por sus dispositivos de control. En medio de recetas republicanas, ciudadanas y democráticas, el capital impaciente culmina con un discurso conformista y moralizador que dicta y repite, *ad nauseam*, lo que es el “deber ser” juvenil. Bajo esta lógica, abordaremos las formas en que los dispositivos de control han configurado la estigmatización de los jóvenes en nuestras sociedades contemporáneas.

## Estructura de la investigación

---

Con el propósito de mostrar los modos en que la estigmatización hacia los jóvenes ha sido configurada, proponemos rastrear la concepción social del trabajo para explicar y comprender el trayecto y las consecuencias que este proceso ha involucrado en la realidad presente de los jóvenes. Para ello, la presente investigación se dividió en tres capítulos.

En el primer capítulo, “*Atisbos de la concepción social del trabajo: del dispositivo disciplinario a la estigmatización de los jóvenes*”, presentamos un recorrido genealógico con fines de mostrar cómo el desarrollo de la concepción social del trabajo cristaliza como discurso moral y visibilizamos los modos de su normalización en las prácticas cotidianas de los individuos. Al mismo tiempo desentrañamos el funcionamiento de los dispositivos disciplinarios que la integran y los *valores* que la constituyen, las variaciones que han sufrido y la manera en que son percibidos en las sociedades contemporáneas. El objetivo es

---

<sup>1</sup> Queremos agradecer profundamente al Dr. José Antonio Pérez Islas por sus comentarios sobre este aspecto.

comprender de qué manera ha impactado en los jóvenes el discurso moral histórico de la concepción social del trabajo en la actualidad.

En el segundo capítulo, *“La sociedad de control: de la manipulación de los cuerpos a la estigmatización de los jóvenes”*, abordamos el contexto presente, marcado por el modelo *neoliberal*, la *globalización*, el ascenso al poder del capital *impaciente* y el *avance tecnológico* que derivan en la *articulación* de nuevos mecanismos de poder y dominación que requiere la sociedad de *control* para re-configurar el funcionamiento de la división social del trabajo como vía de estigmatización hacia los jóvenes. Comprender cómo se dio la articulación de los dispositivos disciplinares con los de control y de qué manera se manifiestan en el presente es el objetivo de este capítulo.

Por último, en el tercer capítulo, *“La lucha por la dignidad: una visión reivindicadora de la juventud”*, abordamos la respuesta que los jóvenes asumen en la actualidad frente a la estigmatización construida históricamente por el discurso moral de la concepción social del trabajo, dirigido a minimizar su existencia. Focalizamos el estudio en dos experiencias que esbozan prácticas de resistencia mediante las que se perfilan respuestas a través de las que los jóvenes se configuran en sujetos de acción en el terreno de la lucha política. Partimos de la idea de que un sujeto no solo está sujetado, sino que también puede emerger como sujeto actuante gracias a la reflexión ética, transformando su fuerza en potencia. Bajo esta lógica, observamos que a través de la acción política, los jóvenes aperturan un camino para reconstruir su dignidad, entendida como libertad para actuar juntos, sostenida en la experiencia de alteridad de la que se derivan nuevas formas de estar juntos que inciden en la construcción de una *realidad diferente*. Con este propósito analizamos la experiencia del *15M* en España y el *#Yosoy132* en México, para mostrar que los jóvenes devienen en sujetos actuantes, cuya expresión se cristaliza en diferentes formas de resistencia que cuestionan los dispositivos de control generados a través del discurso moral de la concepción social del trabajo, gestados de manera paralela al desarrollo del capitalismo.

## Sobre el abordaje teórico-metodológico

---

Las prácticas laborales, como vía de desarrollo e inclusión-exclusión social de los jóvenes se encuentran inmersas en una paradoja. Por una parte, el ámbito laboral se convirtió en el eje central de la vida de los jóvenes, puesto que su dignidad está vinculada a la producción y al consumo. Al mismo tiempo, derivado de los cambios contextuales, el trabajo se flexibilizó y dejó de ser necesario para conseguir el aumento de la producción (Beck, 2000; 2008; Bauman, 2011a). Por ello, el ámbito laboral se transformó en un espacio de exclusión. Una vía para desentrañar cómo se consolidó dicho proceso implica rastrear el origen de la *concepción social del trabajo* y su aplicación como *dispositivo disciplinario*.

Con este propósito, en el primer capítulo se elabora una genealogía dirigida a vislumbrar las prácticas mediante las que surge un modelo que justifica la creación de valores que legitiman una forma particular de exclusión de los jóvenes. El desarrollo, gira en torno a tres ejes analíticos: el trabajo como motor del progreso y dignificación del ser humano y su mutación al individualismo disciplinario de los jóvenes; la transformación de los valores de la concepción social del trabajo en el marco de una sociedad disciplinaria; y, el paso de la sociedad disciplinar a una de control, como punta de lanza para la producción del discurso de la exclusión de los jóvenes en la época contemporánea.

El primer eje analítico, la *concepción social del trabajo* se refiere al *discurso* producido por la burguesía del siglo XIX, cuyo objetivo era conseguir que los individuos se incorporaran al proceso de producción capitalista (Marx, 1976; 2012b; Coriat, 2011; Hobsbawm, 2015). En la presente investigación, dicho *discurso* será interpretado como un discurso *moral*, cuyas prácticas se introducen mediante diversos *mecanismos disciplinarios*, instaurados principalmente a través de la familia, la escuela y el trabajo (Foucault, 2014a, 2014b, 2014c, 2014d; Durkheim, 2011). Describir a la concepción social del trabajo en términos de un discurso moral implica develar los valores que la constituyen, recordando que éstos han mutado a través del tiempo. En un inicio, los *valores* que integraron al *discurso moral* fueron el valor de la *razón* (Kant, 2015), el valor del *esfuerzo* para conseguir *riqueza, propiedad y transformar la naturaleza* (Smith, 2012; Locke, 2012;

---

Marx, 1976; 2012b), el valor del individualismo basado en el *egoísmo* (Smith; 2012), el valor de la *competencia* (Kant, 2015; Smith, 2012) y el valor de la *dignidad* (Marx, 2012b; Smith, 2012; Durkheim, 2002). Dichos valores tendrán la función de articular las diferentes coyunturas que se eligieron para develar la mutación que ha tenido la concepción social del trabajo.

El segundo eje analítico, implica la construcción de una serie de *dispositivos* gestados a partir de la implementación de la concepción social del trabajo como discurso moral. En toda sociedad se establecen “discursos de verdad” (Foucault, 2014d; Agamben, 2011) que guían la conducta de los individuos y establecen qué conductas son consideradas como “normales”. En las sociedades disciplinarias, lo normal era trabajar para la consecución del aumento de la producción, todo aquello que contradijera dicho fin, era estigmatizado, excluido y sancionado. Los dispositivos disciplinarios, tenían como función corregir las conductas “anormales” (Foucault, 2014d; Durkheim, 2011). En ese sentido, el objetivo de los dispositivo era inscribir en los sujetos un conjunto de saberes para convertirlos en “cuerpos dóciles” (Foucault, 2013).

El tercer eje analítico es la idea de *juventud*. En la genealogía se describirá cómo las *prácticas* de los jóvenes ocasionaron que se convirtieran en un sector de preocupación por parte de la sociedad. La juventud será entendida en términos de *liminalidad*, es decir, como una construcción social que varía dependiendo el contexto en el que se encuentra y que se ubica en el umbral entre la adultez y la niñez (Levi y Schmitt, 1996). Así, la aproximación a la noción de juventud propuesta en este trabajo de investigación más que ser una definición, busca describir cómo se expresan las prácticas instrumentadas a través de la *concepción social del trabajo*, que configuraron la idea imaginaria de ser “joven”.

El objetivo del segundo capítulo es analizar la categoría de la concepción social del trabajo buscando su *sentido*, mas no su *significado*, de modo que sea comprensible en qué radican los cambios o mutaciones que ha sufrido en el presente. Para explicar lo anterior, fue preciso describir la manera en qué los cambios contextuales propiciaron la transformación de los *valores* de la concepción social del trabajo, expresada en la modificación de categorías como la *razón*, el *egoísmo*, la *dignidad* y la *libertad* tuvieron como consecuencia de la mutación de condiciones instrumentadas en el tránsito de las

sociedades disciplinarias a las de control. Los ejes analíticos que guían al segundo capítulo son los mecanismos de *precarización*, *individualización* y *estigmatización*. Mediante este ejercicio se analizan las prácticas instrumentadas por los dispositivos para conseguir la *normalización* de la exclusión juvenil en las sociedades contemporáneas. Al mismo tiempo, se describe cómo la concepción social del trabajo creó un “deber ser” bajo la figura del *emprendedor* y los modos en que esta idea es “normalizada” por los jóvenes a través de un discurso de poder imaginario.

El discurso moral de la concepción social del trabajo al ser una construcción social es siempre dinámico. Tanto los valores que lo integran, como los mecanismos por los cuales se implementa se modifican a través del tiempo. En el presente, el contexto se ha modificado. Derivado de la llegada del *capital impaciente* al poder (Han, 2014a, 2014b) y la implementación del modelo *neoliberal* (Sassen, 2015), del avance del proceso de *globalización* (Beck, 2000, 2008) y el creciente *avance tecnológico* (Bauman y Lyon, 2013) ha surgido una *articulación* entre los mecanismos de poder y dominación que necesita la sociedad de *control* para su funcionamiento (Deleuze, 2006; Han, 2014a). *Nuevas formas de exclusión juvenil comenzaron a engendrarse ante el traslape de los mecanismos disciplinarios con los de control.*

Describir el paso de las sociedades disciplinarias a las de control implica analizar la modificación que los valores que integran al discurso moral de la concepción social del trabajo han sufrido y su articulación con los mecanismos de control de la concepción social del trabajo. Así, derivado de los cambios contextuales surge el *mecanismo de precarización* que va de la mano con la aplicación de las políticas neoliberales (Chomsky, 2013). Tanto la flexibilización como la precarización laboral se fundamentan en el miedo, ante el avance del proceso de globalización y el aumento de la competencia entre jóvenes cualificados por menos empleos, el miedo a no poder ingresar al mercado laboral, así como a ser desechado y excluido (Bauman, 2015b), permite que los jóvenes acepten trabajar sin prestaciones sociales, con salarios bajos y con el riesgo de ser despedidos en cualquier momento.

Por su parte, el mecanismo de *individualización* entendido como un dispositivo, busca transferir la responsabilidad de problemas estructurales a los jóvenes. En una sociedad en la que se hace creer a los jóvenes que cuentan con una libertad absoluta para

elegir lo que gusten, la responsabilidad de su condición de vida, recae únicamente en ellos. La individualización enmascara una serie de problemas sociales, políticos y económicos y los hace pasar como si fueran producto de decisiones individuales (Beck y Beck-Gernsheim, 2012). Además, el proceso de individualización ha devenido en un mecanismo de *auto-estigmatización* por medio del que los propios jóvenes se culpan a sí, generando prácticas de exclusión entre ellos mismos. Los tres mecanismos de control se articulan con las modificaciones que han sufrido los valores que integran al discurso moral de la concepción social del trabajo.

Así, la *razón* en el presente está vinculada al proceso de *especialización*. Los jóvenes en una sociedad marcada por la idea de “hazlo tú mismo” (Bauman, 2007, 2013), consideran a la educación como una mercancía mediante la que pueden “adquirir nuevas habilidades”, y de este modo acceder a la *autonomía* (Bauman, 2013). Sin embargo, ante el arribo de una sociedad marcada por la incertidumbre y la flexibilidad, lo aprendido y hecho en el pasado deja de ser útil en el presente (Beck, 2000, 2002), la *gratificación diferida* comienza a perder su sentido, lo que importa ahora es el placer fomentado por el consumismo (Bauman, 2013; Sennet, 2013). Los jóvenes en la sociedad de rendimiento (Han, 2014a) deben moldearse constantemente para enfrentar los nuevos retos que la sociedad les exige cumplir (Deleuze, 2006). La educación entendida como mercancía, deviene de esa manera, en un *mecanismo de control juvenil* (Chomsky, 2013).

Al mismo tiempo, el valor del *egoísmo* se modificó. En las sociedades de control cada joven debe valer por sí mismo, la idea de colectividad comenzó a perderse, la producción se volvió individual (Bauman, 2007; Beck, 2000, 2002; Han, 2014a, 2014b). El egoísmo articulado con los procesos de *precarización, individualización y estigmatización*, permitirán comprender cómo la responsabilidad del fin moral de la concepción social del trabajo pasó a ser consecuencia de los individuos en solitario.

El valor de la *dignidad* también se alteró. En las sociedades de control, los individuos deben construirse a sí mismos, es decir, buscar su propia dignidad (Bauman, 2015c: 33). Ahora, es digno aquel que puede acceder a los bienes de consumo que se generan día con día. Una consecuencia de la pérdida de dignidad es la *amulación de los cuerpos*, puesto que los jóvenes, al no sentirse “útiles” pierden su calidad de sujeto, se

convierten en “nada”, en un “fracaso” que puede ser desechado (Bauman, 2015b), y gracias al mecanismo de estigmatización, la anulación del cuerpo, se convierte en la anulación del yo.

El valor de la *libertad* también se radicalizó. Las sociedades disciplinarias basadas en la vigilancia, buscaban corregir las acciones “anormales” que perjudicaban al aumento de la producción (Foucault, 2013; 2014b; 2014d). La *libertad* en ese sentido era restringida. El modelo *panóptico* se encargaba de imponer esta disciplina y vigilar que los individuos la interiorizaran de la mejor manera posible (Deleuze, 2006). Sin embargo, en las sociedades de control, dicha visión se transformó. La figura del “*deber ser del emprendedor*” cobra suma importancia cuando se articula con el valor de la *libertad de elección*. Actualmente se hace creer a los jóvenes que son libres de hacer lo que quieran, ya sea por medios tecnológicos, económicos o políticos. De esa manera, todos los jóvenes se convierten en “empresarios” de sí mismos, deviniendo en seres explotados por sí mismos. Ante la radicalización de la libertad, articulada con los mecanismos de individualización, las consecuencias de las decisiones recaen únicamente en ellos (Beck y Beck-Gernsheim, 2012).

El tercer capítulo busca mostrar que *los jóvenes se expresan y actúan de diversas maneras a pesar de la existencia de dispositivos de control que los oprimen*. El eje que articula este capítulo es el *poder* entendido como capacidad creadora ligada al valor de la *libertad*, asumida como capacidad de *acción política*, mediante la que los jóvenes recuperan su *dignidad*.

Gracias al embate de los dispositivos de control, en las sociedades contemporáneas se ha configurado el estigma de que los jóvenes son seres vacíos, egoístas, apáticos, desinteresados por la política y solamente preocupados por sobrevivir (Bauman, 2015d; Beck, 2006). Los dispositivos de control han buscado conseguir la normalización de dicha idea, como un medio de dominación hacia los jóvenes. Sin embargo, los dispositivos no pueden abarcar todos los espacios de acción, existen rupturas en las cuales pueden emerger acciones que propugnen la dignidad, contradiciendo de esa manera a lo establecido por los dispositivos de la concepción social del trabajo. Esto se debe a que los sujetos son

paradójicos, puesto que un sujeto no solo está “sujetado”, sino que también tiene la *potencia* para emerger como un sujeto actuante (Foucault, 1984).

La libertad en las sociedades de control debe comprenderse en términos de libertad de *elección del yo* y no de *acción colectiva* (Žižek, 2002: 542). Sin embargo, la libertad de elección no significa que los sujetos tengan la libertad para actuar en contra de lo establecido, implica que se deslinda a los jóvenes del *poder* para crear algo nuevo, con los otros (Delgado, 2015: 63). A pesar de ello, al igual que los sujetos, los valores de la libertad y de la dignidad pueden presentar otra cara ajena a la concepción social del trabajo, éstos pueden identificarse como *valores en “resistencia”* generados por los jóvenes frente a un mundo que los estigmatiza y anula. Ante los embates de los dispositivos de control, pueden escapar formas de articulación en donde emergen formas emancipadoras basadas en la dignidad. En ese sentido, el *poder* fue entendido como potencialidad, que ligado a la libertad de acción y a la *reflexión ética*, fomentadas por el uso de la *tecnopolítica* (Toret, 2015), permite el surgimiento de *acciones performativas* (Arditi, 2012). De esa manera, en el tercer capítulo se mostrará cómo la *libertad de acción* emana del poder creado en el *proceso de alteridad* (Delgado, 2015).

### ¿Por qué los jóvenes?

---

Hoy, los *jóvenes* atraviesan por un proceso de estigmatización y anulación por parte de las élites financieras, económicas y políticas. Se trata de un momento de mutación, en el que pareciera emerger una sola voz: la de aquellos que poseen el *poder de decir y hacer*. Del otro lado, se encuentra la vida de jóvenes que intentan descubrir su *dignidad* en un lugar adscrito a un discurso que fomenta los valores de la competencia, el egoísmo, la soledad y la supervivencia. Mediante la configuración de estos “nuevos valores del mercado”, el *capital impaciente* impulsa un modelo económico neoliberal en el que la exclusión juvenil es el signo de su “normalización”. En este contexto, la experiencia de los jóvenes merece ser discutida y analizada desde la mirada de las ciencias sociales. Si bien, en el discurso los jóvenes han devenido en sujetos pasivos, cuyo poder de acción es diluido por el embate de los dispositivos de control, su *poder* entendido como potencia, vinculado a la capacidad de *reflexión ética*, les abre caminos para reconstruir su dignidad, asumida como libertad para

actuar juntos y, de este modo crear nuevas vías para luchar por una *realidad diferente* transformando los mecanismos institucionales que los focalizan como seres inofensivos e intrascendentes.

Las investigaciones enfocadas a “la juventud” se han convertido en uno de los principales focos de interés de los estudios sociales. Ante las transformaciones que están ocurriendo contextualmente derivadas del avance tecnológico y la globalización, así como de las políticas neoliberales fomentadas por el capital impaciente, el sector juvenil se ha consolidado como uno de los más afectados en términos de exclusión laboral (Camarena, 2013; Chávez y Lemus, 2013; Navarrete, 2013; Peñaloza, 2012; Suárez, 2013).

Ya sea que se busque definir a la juventud en términos de “juventudes” (Pérez y Urteaga, 2004), “culturas juveniles” (Reguillo, 2003, 2013), como solo una “palabra” (Bourdieu, 2002), como “no solo una palabra” (Margulis, 2008), como una “construcción social” (Souto, 2007; Feixa, 1998) o en términos de “liminalidad” (Levi y Schmitt, 1996) – como se postula en la presente investigación–, una cosa es cierta, los jóvenes en el presente deben enfrentarse a una realidad cada vez más incierta y desoladora. En la cual, los dispositivos de la concepción social del trabajo, han generado una “idea imaginaria de ser joven” que debe seguirse en la sociedades contemporáneas.

En el siglo XXI, las sociedades disciplinarias comenzaron a transformarse en las de control y esto, transformó a la concepción social del trabajo. Al mismo tiempo, el capitalismo en las sociedades contemporáneas también se modificó. El *capital productivo* devino en *impaciente*. Las políticas neoliberales y el proceso de globalización, liberaron al capital impaciente de las ataduras del Estado y, de este modo, la tríada capital, trabajo y Estado entró en crisis. En este contexto, los dispositivos de control de la concepción social del trabajo se traslaparon con los disciplinarios. Productos de dicho traslape, los mecanismos de *individualización, precarización y estigmatización* imponen el *deber ser del emprendedor a los jóvenes*. Así, la idea del emprendedor se convirtió en la nueva figura de nuestro presente: un sujeto solitario, apático y egoísta, que se explota a sí mismo para lograr su supervivencia.

En una sociedad donde los valores que integran a la concepción social del trabajo plantean la existencia ilimitada de *libertades* (en términos de elección individual), en la que cada quien puede crear su propia vida y enfrentarla como se le antoje (Bauman, 2013), existe un alejamiento del discurso con la realidad. A pesar de que los jóvenes se encuentran más preparados para los embates de las sociedades contemporáneas, ellos devienen en figuras atravesadas por la exclusión educativa y laboral. Paradójicamente, su dignidad se ha vinculado a los ámbitos educativos, laborales y de consumo. Entonces, ¿qué pasa cuando su realidad no da respuesta a lo que se le exige socialmente? ¿Se sienten fracasados? ¿Su dignidad queda borrada?

En este contexto, ha surgido un discurso basado en la estigmatización juvenil. Ellos han sido tachados como “apolíticos”, “apáticos”, “desinteresados” y “egoístas”. De esa manera, los jóvenes suelen ser tratados como sujetos pasivos, que deben ser “educados” para reproducir lo que la sociedad espera de ellos. Paradójicamente, han sido los jóvenes los principales críticos de las condiciones sociales y económicas marcadas por la desigualdad, como se pudo observar en los movimientos que surgieron a partir del año 2011. En el presente lo mismo ocurre, son los jóvenes los que se están manifestando en contra de los recortes presupuestales a la educación, en contra del aumento del desempleo, en contra de las políticas racistas y excluyentes, en contra de la desigualdad social. ¿De verdad son apolíticos los jóvenes? O ¿Tal vez están encontrando prácticas políticas diferentes a las tradicionales? ¿Qué sucede cuándo los jóvenes han sido educados para creer que su dignidad y su autonomía dependen del ámbito laboral, sin embargo, ellos se ven excluidos de dicho ámbito? ¿Los jóvenes se encuentran solos? O por el contrario ¿pueden actuar juntos cuando identifican que comparten problemas similares?

Para dar respuesta a las preguntas anteriores, la presente investigación ha pretendido realizar un “ensayo” en el cual se interpretan las prácticas juveniles de otra manera. Lo aquí expuesto debe entenderse como un esbozo que busca romper la idea de que los jóvenes son sujetos pasivos que no pueden hacer nada para cambiar su realidad presente. Los jóvenes son seres ambivalentes, se encuentran atravesados por discursos de “verdad” que guían sus acciones, pero, también tienen la capacidad de reflexionar y ejercer

su potencialidad de acción. La juventud es heterogénea, cambia contextualmente. A veces surgen prácticas de resistencia, otras de pasividad. Sin embargo, los jóvenes tienen la potencialidad para hacerse escuchar y cuando eso sucede las dinámicas de poder se transforman y emergen nuevos mecanismos tanto de dominación, como de resistencia.

## Capítulo I

### ATISBOS DE LA CONCEPCIÓN SOCIAL DEL TRABAJO: DEL DISPOSITIVO DISCIPLINARIO A LA ESTIGMATIZACIÓN DE LOS JÓVENES

---

En las *sociedades contemporáneas*, los *mecanismos de estigmatización* dirigidos a minimizar las oportunidades laborales de los *jóvenes* adquieren formas múltiples y complejas. Nuevos procedimientos vinculados a la *articulación entre educación y mercado de empleo* operan en el uso y valorización de la fuerza de trabajo en el sistema productivo. La transformación de la *concepción social del trabajo* referido a la autonomía, identidad e integración social hacia la flexibilidad y la competencia, constituye un punto de ruptura en la incorporación de las nuevas generaciones al ámbito laboral. Comprender en qué radica esta transformación implica rastrear los *dispositivos* mediante los que se estigmatiza a los jóvenes con el propósito de excluirlos del ámbito laboral de manera “legítima”.

Para ello, el eje que guiará al presente capítulo será la *concepción social del trabajo* y su aplicación como *dispositivo disciplinario*. De ese modo, se buscará describir los momentos que permiten visibilizar el proceso de su transformación en un *discurso moral* y cómo fue *normalizado* por los individuos; al mismo tiempo, se buscará esclarecer cuáles fueron los *valores* que la conformaron, las variaciones que éstos han sufrido históricamente y la manera en que son percibidos en las sociedades contemporáneas. Lo anterior, permitirá comprender de qué manera los *dispositivos* de la *concepción social del trabajo* se han consolidado como un *discurso moral* y de qué manera repercute en la actualidad de la *juventud*.

Definir el significado de la *juventud* resulta complicado toda vez que existe un fuerte debate en torno a esta cuestión (Feixa, 1998; Bourdieu, 2002; Reguillo, 2003, 2013; Pérez y Urteaga, 2004; Peñaloza, 2012). Sin embargo, y para efectos de esta investigación se entenderá a la juventud como una construcción social y cultural “que difiere según las sociedades humanas y las épocas” (Levi y Schmitt, 1996: 8). Siguiendo a Levi y Schmitt, asumiremos el término a partir de la *liminalidad*. Esto es, como una condición que “se sitúa entre los márgenes movедizos de la dependencia infantil y la autonomía de los

adultos” (Levi y Schmitt, 1996: 8). En este sentido, la juventud está ubicada en el umbral colocado entre el niño y el adulto. Lo anterior no significa que la juventud debe ser entendida únicamente como etapa de transición; por el contrario, existe por sí misma, pero adopta características de ambos lados del umbral, dependiendo de la posición del sujeto. A su vez, existe siempre la posibilidad de que las prácticas juveniles cristalicen formando su propio espacio de acción. Por ello, la aproximación a la noción de juventud propuesta en este trabajo de investigación refiere a una palanca metodológica, más que a una definición, mediante la que se expresan prácticas instrumentadas a través de la *concepción social del trabajo*, que configuran la idea imaginaria de ser “joven” en las sociedades contemporáneas.

La *concepción social del trabajo* se refiere al *discurso* elaborado por la incipiente burguesía del siglo XIX, cuyo objetivo era conseguir que los individuos se anexaran al proceso de producción capitalista como mano de obra “libre” (Marx, 1976; 2012b; Coriat, 2011; Hobsbawm, 2015). Para conseguirlo, dicho *discurso* tuvo que adoptar una forma *moral*, estableciendo de esa manera lo que estaba permitido y prohibido hacer en términos del trabajo (Foucault, 2014a, 2014b, 2014c, 2014d; Durkheim, 2011). El medio por el cual se consiguió que los individuos interiorizaran dicho *discurso* fue la *disciplina*, puesto que “el mecanismo disciplinario codifica en forma permanente lo permitido y lo prohibido o, mejor dicho, lo obligatorio y lo prohibido; [...]. Una buena disciplina es la que nos dice en todo momento lo que debemos hacer” (Foucault, 2014c: 68). Por su parte, los *valores* que se integraron al *discurso moral* fueron retomados de ideas de la Ilustración, la economía clásica, el liberalismo y el positivismo. Así el *discurso moral* se compuso del valor de la *razón* (Kant, 2015), del valor del *esfuerzo* para conseguir *riqueza* (Smith, 2012), de la *propiedad* (Locke, 2012) y la *transformación* de la naturaleza (Marx, 1976; 2012b), del valor del individualismo basado en el *egoísmo* (Smith; 2012), del valor de la *competencia* (Kant, 2015; Smith, 2012) y del valor de la *dignidad* (Marx, 2012b; Smith, 2012; Durkheim, 2002). Debe aclararse, que la *concepción social del trabajo*, al ser una construcción social sufrió modificaciones con el paso del tiempo, al igual que la mayoría de sus *valores* e incluso algunos más se agregaron posteriormente.

Las prácticas generadas a partir de la *concepción social del trabajo* adquieren sentido cuando se explican en términos de un *dispositivo*, entendido como el “producto del cruzamiento de relaciones de poder y de saber” (Agamben, 2011: 253) que se establece entre: “un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas” (García, 2011: 1) y que a su vez cumplen una función estratégica concreta, que siempre está inscrita en una relación de poder (Agamben, 2011: 253). El saber, es decir lo que se toma como verdadero en una sociedad determinada tiene una relación fundamental con el poder, ambas se interrelacionan puesto que, “somos juzgados, condenados, clasificados, obligados a cumplir tareas, destinados a cierta manera de vivir o a cierta manera de morir, en función de discursos verdaderos que llevan consigo efectos específicos de poder” (Foucault, 2014c: 34). En ese sentido, el objetivo del dispositivo es inscribir en los sujetos un conjunto de saberes que haga de ellos “cuerpos dóciles” que interioricen y reproduzcan la forma en que se ejerce el poder en un momento determinado (Foucault, 2013).

Los *dispositivos disciplinarios* vinculados a la *concepción social del trabajo* en los que se utiliza a la *educación* como una vía de ordenamiento y distribución en el mercado laboral de los jóvenes se han articulado de diversas maneras a lo largo de la historia.<sup>2</sup> Aunque el objetivo de este capítulo no consiste en elaborar una historiografía, resulta fundamental analizar el modo en que actúan los *dispositivos disciplinarios* a partir de una genealogía que visibilice los momentos en los que estos se manifiestan como elementos constitutivos de la *estigmatización de los jóvenes*. El primer momento, se encuentra en el siglo XIX, marcado por acontecimientos tales como la industrialización, el crecimiento demográfico, la urbanización y la revolución de 1848, éste permitirá identificar prácticas

---

<sup>2</sup> Por ejemplo en la Antigua Grecia, se puede observar al servicio militar obligatorio en Creta, Esparta y Atenas articulado con la educación, como un elemento de control juvenil. En ese sentido, se tenía como propósito preparar a los jóvenes para la guerra, y por ello, debían interiorizar una serie de normas y ritos cuya finalidad era prepararse para proteger a su ciudad. De esa manera, un *saber* se inscribía en el cuerpo de los jóvenes, creando individuos con ciertas características, en este caso, para cumplir su función social. Al respecto Alain Schnapp comenta que: “la ciudad vigilaba al mundo juvenil como si de su propio corazón se tratase” (Schnapp, 1996: 40). Por su parte, en Roma además del servicio militar y la educación, la reglamentación de *patria potestas* tenía un lugar preponderante. Para Frascetti debido a esta norma Roma se convirtió en: “una ciudad donde los padres no sólo tenían hacia sus hijos el derecho sobre su vida y su muerte, sino que también podían organizar [...] todas las fases de la vida de los hijos” (Frascetti, 1996: 88).

emanadas de la explotación a la que se vieron sometidos los trabajadores agrícolas e industriales, derivada del significado que la burguesía dio a los *valores* que integraron a la *concepción social del trabajo* y su transformación en un *discurso moral*, experiencia que constituyó a la *juventud como un elemento de preocupación social* resultado de su participación en la configuración de las nuevas relaciones productivas (Souto, 2007; Hobsbawm, 2015), de esa manera, los mecanismos *disciplinarios* tomaron un papel central en la *normalización del discurso moral* por parte de la juventud (Durkheim, 2011; Foucault, 2014d). El segundo momento, está situado al finalizar la Segunda guerra mundial en el que coincidieron la caída de las instituciones liberales y la mutación de los *valores* de la *concepción social del trabajo*, que devinieron en la aplicación de un *modelo "keynesiano"*, que propuso la idea de que el Estado debía invertir en la creación de empleos, en la construcción de instituciones de seguridad social y en el ámbito educativo (Coriat, 2011; Hobsbawm, 2014). Este discurso estaba dirigido a recrear nuevas formas de comprensión de la *concepción social del trabajo*: el libre mercado fue reemplazado por una economía planificada enfocada a estimular la demanda de productos y la universalización de la *educación destinada a impulsar la movilidad social* de las clases bajas y medias. Así, la educación se convirtió en una vía fundamental de los jóvenes para lograr el ascenso social. A su vez, las técnicas disciplinarias cristalizaron en instituciones, dando paso a la consolidación de una *sociedad disciplinaria*. Y, finalmente, el tercer momento, asentado a inicios de la década de los setenta, con el declive del modelo keynesiano, una nueva transformación de los *valores* de la *concepción social del trabajo* y el ascenso de la *ideología neoliberal* mostró la forma en que las sociedades capitalistas contemporáneas configuraron la *relación radical entre mercado laboral y educación*. Sucedió también un rompimiento de las instituciones sociales tradicionales como la familia y la emergencia del proceso de *individualización*, que entendió lo social a partir de un conjunto de átomos separados. El análisis de estos tres momentos, permitirá identificar los mecanismos de transición y la configuración de los *dispositivos* utilizados para "legitimar" la modificación de la concepción social del trabajo, dirigida a responder a las nuevas necesidades productivas, a partir de la *estigmatización de los jóvenes*.

## **La industrialización del XIX: Del trabajo como motor del progreso y dignificación del ser humano, al individualismo disciplinario de los jóvenes**

A finales del siglo XVIII e inicios del XIX dio inicio un enfrentamiento entre dos formas de comprender al mundo, la visión burguesa y la “tradicional” eminentemente agrícola (Marx, 1981; Berman, 2008; Coriat, 2011; Hobsbawm, 2015). Al finalizar el siglo XIX, la primera destruyó en casi todos los aspectos a la segunda. Para lograrlo, la burguesía tuvo que crear e implementar una “*moral del trabajo*”, transformando a su *concepción social del trabajo* en un *discurso moral* (Bauman, 2011b; Durkheim, 2011; Foucault, 2013; 2014a; 2014b; 2014c; 2014d). El proceso de industrialización, el crecimiento demográfico y la urbanización permitieron su ejecución. Al mismo tiempo, derivado de la transformación de la sociedad, surgió una explotación al sector obrero y campesino, en la cual los *valores* de la *concepción social del trabajo* fueron puestos a prueba (Marx, 1976; 2012a; 2012b; Coriat, 2011). Producto de lo anterior, emergió un descontento social cuyo punto de ebullición se mostró en la Revolución de 1848, en la que el incipiente sector juvenil también participó (Souto, 2007). Después de la Revolución, la sociedad burguesa comprendió que el “orden” obtenido podía verse amenazado frente a la cohesión de los sectores más pobres e incluso de los jóvenes (Souto, 2007; Hobsbawm, 2011). Fue por ello que a la par surgieron una serie de mecanismos disciplinarios expresados a través de la construcción de edificios arquitectónicos, reglamentaciones, discursos, saberes y prácticas cuyo objetivo era mantener al nuevo orden sólido y sin fisuras, además de conseguir la *normalización* del *discurso moral* hacia los jóvenes (Foucault, 2013; 2014b; 2014c; 2014d). En ese sentido, el siglo XIX marcó el cruce entre la racionalización económica, y la racionalización de las técnicas de poder y dominación (Foucault, 2014b: 57).

La burguesía emergente formuló su *concepción social del trabajo* a partir de una serie de *valores* retomados de la Ilustración, el liberalismo, la economía clásica y el positivismo. Del pensamiento ilustrado, retomó la idea de que los seres humanos al “servirse” de su propia *razón* podían conseguir su autonomía, y convertirse de ese modo en los constructores de su propia vida (Berman, 2008; Kant, 2015). Así, guiada por el valor de la razón, la burguesía creyó que “la sociedad humana y el individuo podían perfeccionarse

por la misma aplicación de la razón, y que estaban destinados a su perfeccionamiento en la historia” (Hobsbawm, 2015: 239). Lo anterior provocó un cambio de mentalidad, se generó una inversión de las capacidades humanas, los individuos dejaron de ser pasivos, y activamente buscaron transformar su realidad, ocasionando que los hombres comenzaran a “ser estimados por los esfuerzos realizados para transformar la naturaleza en su propio beneficio y el del conjunto de la sociedad” (Durán, 2006: 2). El trabajo fue concebido a partir de ese momento como fundamental en la búsqueda de un orden social guiado por la razón y, de esa manera, como el motor del progreso (Bauman, 2015; Durkheim, 2002), que a su vez, *dignificaría* a los seres humanos (Durán, 2006).

Al igual que el pensamiento ilustrado, para el liberalismo el trabajo era considerado como el motor del progreso. Sin embargo, agregó un *valor* fundamental a la *concepción social del trabajo*, la idea de que el *esfuerzo* efectuado durante el trabajo constituía la actividad que confería valor a los objetos de la naturaleza (Marx, 1976; 2012b; Smith, 2012; Bauman 2007). Debido a que, “siempre que alguien saca alguna cosa del estado en que la Naturaleza la produjo y la dejó, ha puesto en esa cosa algo de su esfuerzo, le ha agregado algo que es propio suyo; y por ello, la ha convertido en propiedad suya” (Locke, 2012: 35). De esa manera, se pusieron en relación el trabajo, que a su vez genera *riqueza y propiedad*. Al mismo tiempo, la corriente liberal destacó el *individualismo* puesto que, “el mundo humano estaba formado por átomos individuales con ciertas pasiones y necesidades, cada uno de los cuales buscaba por encima de todo las máximas satisfacciones y las mínimas contrariedades, igual en esto a todos los demás y no reconociendo ‘naturalmente’ límites o derechos de interferencia de sus pretensiones” (Hobsbawm, 2015: 239).

La economía clásica de Adam Smith dio un papel central al *egoísmo* emanado del individualismo como medio para la obtención de riqueza. “Dame lo que necesito y tendrás lo que deseas, es el sentido de cualquier clase de oferta; y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos” (Smith, 2012: 17). Paradójicamente para Smith, del *egoísmo* se generó una especie de *solidaridad*, puesto que al depender los individuos unos de los otros se crea un equilibrio en el cual “el uno provee al otro lo que necesita” (Smith, 2012: 14). En este contexto, la *especialización* de los individuos por medio de la *división del trabajo* se convirtió en algo fundamental, puesto que a partir de

ella, los individuos mejoraban significativamente sus “aptitudes, destrezas y sensatez” (Smith, 2012). Además, era necesario el aumento de la productividad para mantener el equilibrio social, puesto que “el hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades cambiando el remanente del producto de su esfuerzo, en exceso de lo que consume, por otras porciones del producto ajeno, que él necesita” (Smith, 2012: 24). Es decir, para que exista el intercambio de bienes es necesario que haya un exceso de productos, sin ellos no hay intercambio y el equilibrio se destruye. Para permitir el aumento de la producción el mercado debía estar desregulado, es decir, nada ni nadie, debía interferir con las actividades fomentadas por la libre *competencia*. Ya que: “cuando se las dejaba producirse lo más incontrolablemente posible, daban lugar no solo a un orden social [...] sino también al más rápido aumento posible de la ‘riqueza de las naciones’” (Hobsbawm, 2015: 241). Además, para Smith el trabajo tomó un papel principal puesto que el valor se originaba únicamente en el esfuerzo laboral que realizaban los seres humanos para producir bienes así, “el trabajo sería la medida universal que permitiría apreciar y comparar el valor de las distintas mercancías” (Durán, 2006: 9; Smith, 2012). De esa manera, el trabajo individual se convirtió en la medida de cambio y a su vez en la fuente de valor que creaba la riqueza.

La incipiente burguesía retomó *valores* de diversas teorías para dar forma a su *concepción social del trabajo*. Por medio de la *razón*, el ser humano podía intervenir y transformar su realidad social. Mediante su *esfuerzo* individual, generaba riqueza y propiedad; a la vez que guiado por su *egoísmo*, producía un orden social basado en las necesidades y deseos humanos por los productos de los demás. Debido a lo desarrollado por Smith, la burguesía comprendió que la única manera de generar riqueza provenía de la explotación de los trabajadores y del trabajo no remunerado (Marx, 1976; 2012b). Lo anterior impactó en el desarrollo de la juventud. La burguesía al asumir que el ser humano era el único que podía generar mercancías y riqueza (Marx, 2012b) comenzó a explotar a todos los individuos de la sociedad, incluyendo a mujeres, niños y jóvenes. Por ello, a inicios del siglo XIX, la juventud se encontraba focalizada al ámbito laboral en las fábricas. No había distinción en las edades (Marx, 1976; Souto, 2007). Sin embargo, a partir de la década de los cuarenta del siglo XIX, las cosas comenzaron a cambiar. Producto de crisis económicas y sociales (como la Revolución de 1848), surgieron reglamentaciones jurídicas que buscaron disminuir la jornada laboral de la juventud, al mismo tiempo que ésta fue

encauzada al ámbito escolar para conseguir su *especialización y normalización* de la *disciplina moral* necesaria para obtener un mejor funcionamiento individual en las fábricas (Coriat, 2011).

En la década de 1780, producto de la Revolución industrial, en Gran Bretaña se dio el “despegue” del capitalismo que culminó en 1840. El hecho de que se iniciara ahí el proceso de industrialización trajo como consecuencia que “solo una economía estaba industrializada efectivamente en 1848, la británica, y, como consecuencia, dominaba el mundo” (Hobsbawm, 2015: 173). En este sentido, es posible observar en esta experiencia las manifestaciones de la concepción social del trabajo, así como sus consecuencias en el sector juvenil.

La primera cuestión que debía resolver la incipiente burguesía era el problema agrario, había que conseguir que su uso fuera más *racional* (Coriat, 2011; Hobsbawm, 2015). Sobre el asunto de la tenencia de la tierra la fisiocracia ya había dado una idea fundamental que la burguesía retomaría, “el eje del problema agrario era la relación entre quienes poseen la tierra y quienes la cultivan, entre los que producen su riqueza y los que la acumulan” (Hobsbawm, 2015: 21). En ese sentido, el primer objetivo era conseguir que la tierra se convirtiera en un objeto de comercio, “poseída por propietarios privados con plena libertad para comprarla y venderla”. Dichos propietarios, debían estar dispuestos “a desarrollar los productivos recursos de la tierra para el mercado guiados por la *razón*” (Hobsbawm, 2015: 21). De esa manera, la concepción social del trabajo mantenía que la burguesía debía hacerse cargo de las tierras y convertirlas en algo productivo, una de las consecuencias de esta idea fue el aumento de la migración.

La segunda cuestión fue la migración. En 1815 surgió una depresión agrícola, cuya consecuencia fue el aumento de la migración del campo a la ciudad (Hobsbawm, 2015). La industrialización, tuvo como resultado la disminución de la población agrícola. Las fábricas encontraron gracias a ello, una mayor mano de obra “libre” (Coriat, 2011). Pero los ciclos agrícolas no eran el único factor que ocasionaba la migración. También existía, “el afán de liberarse de la injusticia económica y social [...], al que se añadían los altos salarios en dinero y la mayor libertad de las ciudades” (Hobsbawm, 2015: 57). Sin embargo, la mano de obra campesina no tenía las calificaciones, ni la disciplina necesarias que requería el

aumento de la producción. La burguesía necesitaba trabajadores disciplinados para aumentar la productividad. Sin embargo, los trabajadores agrícolas mostraron reticencias a adoptar las medidas que el capitalismo necesitaba. Ante esta situación era fundamental para la burguesía acabar con la mentalidad “tradicional” que mantenían los individuos agrícolas y “convertirlos en obreros fabriles, obreros en cadena, conseguir su sumisión a la nueva disciplina de la fábrica, a la ley del cronómetro” (Coriat, 2011: 5).

Ante esta cuestión, la burguesía observó la docilidad de los trabajadores infantiles y juveniles que obedecían fácilmente las órdenes. Por ello, en la primera mitad del siglo XIX, la burguesía prefirió contratar a niños y jóvenes, puesto que su salario era menor, y su obediencia más significativa, generando competencia a las otras clases de trabajadores (Marx, 1976; Perrot, 1996; Coriat, 2011; Hobsbawm, 2011, 2015). Además, el sector juvenil al mostrar su docilidad dio una lección fundamental a la burguesía. Ésta debía educar y preparar a sus trabajadores desde pequeños, para garantizar su obediencia y productividad en el futuro (Coriat, 2011). Ejemplo de ello, fue la ley de 1841 (Souto, 2007; Coriat, 2011) aplicada en Francia, por medio de la cual se limitó el número de horas de trabajo infantil, además de hacer obligatoria la asistencia a la escuela. De esa manera se buscó crear a: “una generación nueva, cuerpos protegidos de un desgaste demasiado precoz, cabezas pacientemente sometidas a las cifras y a las letras en el recinto de los muros de la clase” (Coriat, 2011: 20).

Al mismo tiempo, la burguesía agregó un nuevo elemento a la *concepción social del trabajo*, puesto que encontró en la división del trabajo un método para aumentar la productividad, toda vez que, “el progreso en la destreza del obrero incrementa la cantidad de trabajo que puede efectuar, y la división del trabajo, al reducir la tarea del hombre a una operación sencilla, y hacer de ésta la única ocupación de su vida, aumenta considerablemente la pericia del operario” (Smith, 2012: 11). Además de aumentar la productividad, la división del trabajo podía constituirse como una fuente de *solidaridad*, debido a que los elementos que conforman a la sociedad se especializan por medio de ella, consiguen autonomía y eso ocasiona que dependan más las unas de las otras (Durkheim, 2002). Paradójicamente, el trabajo *especializado* e individual podía transformarse en una fuente de solidaridad. Así, para Durkheim, los trabajadores se encontraban solos pero a la

vez unidos para cumplir una finalidad, que para la incipiente burguesía era aumentar la productividad (Durkheim, 2002; 2011). En ese sentido era “menester que [la división del trabajo] tenga algo que hacer, realizar un bien, aportar una contribución original al patrimonio moral de la humanidad” (Durkheim, 2011: 21). Para alcanzar dicha finalidad fueron necesarias dos cosas.

Primero, constituir a la concepción social del trabajo como un *discurso moral*, es decir, como algo colectivo, que traspasó a los individuos y a su vez estableció los límites entre lo que está permitido y prohibido en una sociedad (Durkheim, 2011; Foucault, 2014b; 2014c; 2014d). Segundo, los individuos de la sociedad debieron interiorizar dicho *fin*. La disciplina fue el medio adecuado para cumplir ambas peticiones, puesto que,

Solo hay disciplina en la medida en que hay multiplicidad y un fin, o un objetivo, o un resultado por obtener a partir de esa multiplicidad. La disciplina escolar, la disciplina militar y también la disciplina penal, la disciplina en los talleres, la disciplina obrera, todo eso es una manera determinada de manejar la multiplicidad, de organizarla, de fijar sus puntos de implantación sus coordinaciones, sus trayectorias laterales u horizontales, sus trayectorias verticales y piramidales, su jerarquía, etc. (Foucault, 2014c: 28).

Es por ello que tanto la fábrica como la escuela se constituyeron como un espacio en el cual “la disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos de utilidad económica) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos de obediencia política)” (Foucault, 2013: 160), fabricando de esa manera cuerpos “dóciles”. De este modo, comenzó a constituirse una sociedad disciplinaria guiada por la *concepción social del trabajo*. En ella, los jóvenes fueron traspasados por las disciplinas tanto en la escuela como en el trabajo; en la primera, se les enseñó lo necesario para introducirse en el mercado laboral generando mano de obra dócil y especializada. En el segundo, aprendieron los ritmos de la producción (Coriat, 2011), ambos espacios fueron vigilados:

Si se aspiraba a tener una sociedad de tipo capitalista, es decir, con una producción que fuera lo más intensa posible, lo más eficaz posible; cuando, en la división del trabajo, fue necesario que hubiera personas capaces de hacer esto y otras de hacer aquello, cuando apareció también el miedo de que movimientos populares de resistencia, de

inercia o de rebelión derrocaran todo ese orden capitalista que estaba naciendo, fue menester entonces una vigilancia precisa y concreta sobre todos los individuos (Foucault, 2014b: 36).

De acuerdo a lo descrito por Smith, a partir del *egoísmo* y de la *especialización* que lo acompaña se crearía un equilibrio, en el cual aumentaría la productividad (Smith, 2012); por el contrario, la división del trabajo pareció afectar a los obreros puesto que “muchos millares de trabajadores se quedan en el arroyo porque la división del trabajo los encadena a una rama determinada de los negocios” (Marx, 2012a:111). Surgió así una contradicción en la especialización. En lugar de que emancipara a los individuos y disminuyera su jornada laboral, terminó generando mayor dependencia puesto que “el trabajador depende cada vez más solo del trabajo y de un trabajo preciso, muy desequilibrado y maquinal” (Marx, 2012b: 177). De esa manera, la división del trabajo, más que ser un medio de autonomía, se constituyó como una fuente de control y disciplina, cuya función fue convertir al ser humano en una mercancía, en “un hombre que no es nada más que trabajador y en cuanto tal no tiene cualidades humanas más que para servir a capitales ajenos” (Marx, 2012b: 233) y por ello, “en cuanto el capital se decide a prescindir del trabajador, éste deja de existir hasta para sí mismo, se queda sin trabajo, o sea sin salario, y puesto que no existe como hombre sino como trabajador, ya puede dejarse enterrar, morir de hambre, etc.” (Marx, 2012b: 234). Es por ello que, la concepción social del trabajo entendida como discurso moral propició la transformación del ser humano en una mercancía. Él dejó de valer, excepto en términos de producción, que en caso de no conseguir el objetivo planteado por el discurso moral podía ser desechado. Esto tuvo repercusiones en la manera en que se comprendía a la juventud. Tanto en la fábrica, como en la escuela, ellos fueron “preparados” para convertirse en cuerpos dóciles, cuyo único objetivo era pensar en el incremento de la producción (Coriat, 2011). Lo anterior se puede observar a partir de la crisis económica de la industria algodonera en la década de 1830, cuya consecuencia fue la reubicación de la juventud en el ámbito educativo.

El *discurso moral* encaminado al aumento de la productividad trajo beneficios para la incipiente burguesía que se pueden observar en el período de 1800 a 1860, concretamente en la industria del algodón, puesto que ésta se convirtió en el principal motor de la economía inglesa. La burguesía logró hacerse del control del campo y encontró

en el mercado del algodón, una industria sumamente productiva. Aunado a la expansión del capitalismo a una etapa imperialista, que implicaba la apertura de mercados, sobre todo coloniales (Hobsbawm, 2015). Ocasionando que la industria algodonera creciera, gracias al gran rendimiento que producía y sobre todo a la esclavitud que surgía del proceso de colonización. Por ello, “la expansión de la industria algodonera fue tan grande y su peso en el comercio exterior británico tan decisivo, que dominó los movimientos de la economía total del país” (Hobsbawm, 2015: 45).

Así, el negocio del algodón se convirtió en uno sumamente redituable para la burguesía. Sin embargo, las cosas cambiarían. En la década de 1830, surgió una crisis algodonera, la primera del incipiente capitalismo, que provocó un bajo rendimiento y un lento crecimiento económico, derivada del aumento de la competencia entre empresas algodoneras y la baja de los precios del algodón (Hobsbawm, 2015: 46). Al ser la primera crisis que no fue producto de un fenómeno natural, sino enteramente económico, la burguesía no supo cómo contrarrestarla. Por ello, esperaban que simplemente pasara, como si de un fenómeno de la naturaleza se tratará. De esa manera, para la burguesía, “todo lo que se necesitaba era continuar adelante hasta llegar a una expansión astronómica” (Hobsbawm, 2015: 49). Naturalmente, esa expansión no llegó.

En ese contexto, la burguesía debió ingeniárselas para evitar el retroceso de las ganancias, este debía “detenerse” o “atenuarse”. La manera por medio de la cual podían conseguir dicho objetivo era reduciendo los costos y “de todos los costos, el de los jornales era el que más se podía comprimir” (Hobsbawm, 2015: 49). De esa manera, la burguesía buscó reducir los salarios, ocasionando el despido de varios jóvenes. Ante el descontento de los obreros (incluidos los jóvenes) cuyas condiciones de vida eran miserables, y la reducción de la ganancia que enfrentaba la burguesía derivada de la crisis de 1830, surgieron las *Factory acts*, que eran una serie de reglamentaciones que buscaron disminuir la jornada laboral y redujeron el acceso al mercado laboral a los niños y jóvenes. Como consecuencia de ellas, el acceso al mercado laboral fue más complicado para los jóvenes (Perrot, 1996) Lo anterior se debe a que se hizo obligatoria la educación como medio de acceso a las fábricas (Perrot, 1996; Coriat, 2011). También, derivado de la avidez de la burguesía por la ganancia se redujeron los puestos de trabajo que antes eran ocupados por

los jóvenes. Además de que, como ya se ha mencionado, el papel de la escuela como institución disciplinaria, se convirtió en fundamental para conseguir la normalización de la concepción social del trabajo, para así lograr la inserción de los jóvenes al mercado laboral y ahí, ellos podían convertirse en adultos, de esa manera, la educación sustituyó a las fábricas aumentando el tiempo de dependencia juvenil (Perrot, 1996; Souto, 2007).

La aplicación de las *Factory acts* marcaron el punto de arranque de una serie de reglamentaciones que surgieron en Suecia, Francia e Inglaterra que culminaron en la década de 1890, en las cuales se manifestó que la educación primaria era obligatoria y gratuita. Antes de ello, es decir, en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XIX, los jóvenes que pudieron acceder sin problema alguno a la escuela, fueron los burgueses y algunos miembros de la clase media (Perrot, 1996). Mientras que los jóvenes de las clases más desprotegidas siguieron trabajando en las fábricas jornadas de hasta catorce horas sin importar que la reglamentación lo prohibiera (Marx, 1976). A pesar de ello, a finales del siglo XIX, derivado de las reglamentaciones antes mencionadas, de la necesidad de la burguesía de preparar a los futuros trabajadores, y de la búsqueda de la normalización de la concepción social del trabajo, la escuela comenzó a actuar como una institución disciplinaria, encargada de “enderezar conductas” y preparar a los jóvenes para una “correcta inserción” en la sociedad (Foucault, 2013).

En ese sentido, tanto la escuela como la fábrica se convirtieron en instituciones disciplinarias. En ambos espacios se buscó la *normalización* de la conducta. Que implicó el proceso por medio del cual los individuos interiorizaban las normas morales y actuaban acorde a ellas, de esa manera la función de la moral tuvo como propósito “regularizar a la conducta” acorde a una finalidad, (Durkheim, 2011: 34) para conseguir el aumento de la producción. En este contexto la moralidad creada involucraba al individuo como instrumento disciplinario, al mismo tiempo que impactaba a la colectividad (Durkheim, 2002; 2011). En ese sentido, la disciplina moral “trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar” (Foucault, 2014a: 220). Así, la moral entendida como técnica disciplinaria tuvo la función de individualizar a los elementos de la colectividad para vigilarlos, corregir sus conductas y en

dado caso castigarlos. Es por ello que “las disciplinas caracterizan, clasifican, especializan; distribuyen a lo largo de una escala, reparten en torno de una norma, jerarquizan a los individuos entre sí y, en el límite descalifican e invalidan” (Foucault, 2013: 256). Por otra parte, la disciplina fijó los procedimientos de “adiestramiento progresivo y control permanente” y a partir de ellos, distinguió entre quienes serían “calificados como ineptos e incapaces y los demás. Es decir, sobre esa base se produce una partición entre lo normal y lo anormal” (Foucault, 2014c: 75). En este proceso lo “normal” constituyó aquello que se adecuaba a la norma, lo “anormal”, la que la rompía. El fin moral de la concepción social del trabajo implicaba conseguir el aumento de la producción, lo “normal” en ese sentido, era trabajar para alcanzar dicho aumento, aquellos que no lo hacían eran vistos como un peligro para la colectividad y por ello, moralmente era válida su exclusión, represión y corrección (Foucault, 2014d).

A pesar de lo anterior. La búsqueda de la normalización del discurso moral de la concepción social del trabajo trajo consecuencias que detonaron en la revolución de 1848. De esa manera, en un mundo capitalista, guiado por la concepción social del trabajo, que mantenía que los jóvenes “eran iguales ante la ley y todas las carreras estaban abiertas por igual al talento” (Hobsbawm, 2015: 67), la desigualdad entre los diversos estratos de la sociedad era más notoria. Mientras que la juventud burguesa, y en menor medida, la de clase media iba accediendo al mundo educativo, los jóvenes pobres siguieron en las fábricas.

La división del trabajo, en lugar de traer “riqueza y autonomía”, terminó convirtiendo al ser humano en una mercancía cuya única función era producir y ser desechado como un objeto (Marx, 2012b). Por su parte, la carrera abierta al talento fue sumamente desigual, parecía que los jóvenes pobres jamás serían victoriosos en ella. Primero porque éstos debían seguir trabajando en las fábricas; a continuación, se enfrentaban con las dificultades para acceder a la educación ya que este derecho era aún limitado. Y, finalmente, cuando lograban ingresar al ámbito educativo, éste no necesariamente les garantizaba la movilidad social (Perrot, 1996; Souto, 2007; Coriat, 2011). Adicionalmente, ante la explotación a la que eran sometidos permanentemente, mediante un trabajo mecánico y aburrido, derivado de la *especialización* promovida por la

división del trabajo (Perrot, 1996; Coriat, 2011; Marx, 2012b), comenzaron a surgir prácticas de rebeldía en la juventud que atentaban a lo establecido como “normal”, estimuladas por el odio que comenzaba a surgir por parte de los jóvenes a las fábricas (Perrot, 1996: 136). En este contexto, los jóvenes de las clases pobres comenzaron a adoptar prácticas como el alcoholismo, la prostitución, y la criminalidad (Perrot, 1996; Hobsbawm, 2015: 208). La clase burguesa no se preocupó por tales “anormalidades”, sino hasta pasada la Revolución de 1848 donde se percataron del peligro que dichas conductas representaban para el “orden social” (Hobsbawm, 2015). Al mismo tiempo, este grupo de jóvenes pobres encontró en las fábricas a individuos de la misma condición y con los mismos malestares. Es así, como comenzó a surgir una cohesión generacional, en la cual los jóvenes también participaron y comenzaron a exigir algo más, de esa manera surgieron “muchas huelgas de jóvenes (que) expresaron de ese modo que estaban hartos y tenían ansias de nuevos horizontes” (Perrot, 1996: 139), siendo la Revolución de 1848 la más grande y representativa de ellas.

Debido a la desigualdad exacerbada que se manifestó en casi todos los sectores de la sociedad, por primera vez, los jóvenes trabajadores se unieron en contra de la burguesía (Souto, 2007). Sin embargo, el movimiento al no contar con una ideología colectiva estaba destinado a fracasar (Hobsbawm, 2011). A pesar de ello, el movimiento dejó una enseñanza significativa para la burguesía. Algo debía modificarse en la forma en que se daban las relaciones de producción. Así, después de 1848, las clases medias y las altas comenzaron a temer al pueblo organizado. Los viejos liberales revolucionarios se convirtieron en conservadores. “Desde el instante en que se levantaron las barricadas en París todos los liberales moderados fueron conservadores potenciales” (Hobsbawm, 2011: 29). La clase media, también dejó de luchar. La enseñanza que dejó la Revolución del 48 fue que “la Revolución era peligrosa y que algunas de sus demandas sustanciales podían satisfacerse sin ella” (Hobsbawm, 2011: 32). En caso de no hacerlo, las conductas “anómalas” podían resurgir y afectar al “orden” establecido, cuyo fin era conseguir el aumento de la producción.

Después de la Revolución de 1848, quedó claro que la unión de los jóvenes tenía consecuencias muy graves en contra del orden puesto que prácticas como el alcoholismo, la

drogadicción, el aumento de la prostitución y la violencia pusieron en cuestión el discurso moral de la concepción social del trabajo. Es decir, la consecución del aumento de la productividad. Es por ello que dichas conductas que rompieron con el “molde” social (Durkheim, 2011; Foucault, 2014d) debieron ser “encauzadas” y “corregidas”: la institución familiar, la escolar, y la laboral fueron las encargadas de cumplir esta función (Foucault, 2013: 199, 2014d: 235). Así, después de 1848, las instituciones comenzaron a tener un papel fundamental en la sociedad capitalista. La burguesía instauró los principios disciplinarios en ellas, el modelo panóptico se iría constituyendo (Bauman, 2015; Foucault, 2013; 2014d).

En el siglo XIX, la familia entendida como una institución disciplinar jugó un papel muy importante en la conformación de la conducta “normal” de los jóvenes que les permitió insertarse de manera “correcta” a la sociedad.<sup>3</sup> Esto cristalizó la idea de que el cuerpo de los hijos debería “ser vigilado, en una especie de cuerpo a cuerpo, por el de los padres” (Foucault, 2014d: 233). El cuerpo de los jóvenes era tratado como propiedad de los padres: “estos últimos tienen que ocuparse de los niños, tienen que amparar a sus hijos, ampararlos en los dos sentidos del término; impedir que mueran y, por su puesto, vigilarlos y al mismo tiempo encauzarlos. La vida futura de los hijos está en manos de los padres” (Foucault, 2014d: 241). Lo anterior tuvo gran repercusión, puesto que ahora los padres tenían la función de “normalizar” a los jóvenes, e introducir en ellos el discurso moral de la concepción social del trabajo guiada a encaminar el mejoramiento de la producción. En términos de *liminalidad*, esto repercutió en la vida de los jóvenes. Puesto que mientras que en el ámbito familiar eran tratados como niños que debían ser instruidos y guiados para introducirse de mejor manera en la sociedad, en las fábricas y en la escuela, eran tratados como adultos que debían competir entre ellos, especializarse y mejorar el ritmo de la producción. Para Foucault, es en ese momento en el que los jóvenes fueron traspasados por el poder de dos instituciones: la familiar y la estatal (encargada de la enseñanza básica a partir de las reglamentaciones de 1841). Es por ello que, “en el mismo momento, se pide a

---

<sup>3</sup> Para Foucault, es durante el siglo XIX que la familia “burguesa” se constituyó como un espacio disciplinario, cuyo objetivo era vigilar y corregir la conducta de los niños. Aunque él lo aborda desde una perspectiva guiada por la sexualidad del niño y el progresivo control de los padres sobre su cuerpo. Lo descrito por él sirve de igual manera para explicar las repercusiones “económicas” que el control familiar tendrá en el desarrollo de los jóvenes (Foucault, 2014d).

los padres no solo que encaucen a sus hijos para que puedan ser útiles al Estado; sino que se solicita a esas mismas familias que hagan la retrocesión efectiva de los niños al Estado, que confíen, si no su educación básica, sí al menos su instrucción, su formación técnica, a una enseñanza que será directa o indirectamente controlada por el Estado” (Foucault, 2014d: 242). De esa manera, los jóvenes fueron disciplinados por la familia, al igual que por la escuela y el trabajo.

Al igual que la familia, la educación comenzó a aplicar técnicas disciplinarias. En primer lugar, pasó a ser un lugar de competencia individualista (Hobsbawm, 2011), en la que el examen era la herramienta adecuada para observar qué jóvenes eran los mejores, puesto que, “iban seleccionando progresivamente de entre el cuerpo nacional de estudiantes victoriosos la minoría intelectual capaz de administrar e instruir al pueblo” (Hobsbawm, 2011: 196). La carrera abierta al talento se trasladó así al ámbito educativo. A su vez, comenzó a darse el proceso de individualización disciplinaria, es decir, la idea de que cada estudiante tenía un lugar asignado y, de esa manera, dentro de la colectividad cada joven era vigilado con el fin de mejorar su productividad, y en caso de no conseguirlo, éste podía ser catalogado como “anormal” (Foucault, 2013; 2014b, 2014d). Ejemplos de la importancia que le dio la burguesía a la educación se observó en las reformas políticas que se hicieron en el período que va de 1874 a 1892. Así, se hizo obligatoria la educación primaria y se amplió el acceso a la educación superior (Souto, 2007: 173). De tal manera que la educación “se hizo cada vez más importante para asegurar el acceso al trabajo” (Souto, 2007: 173). A su vez, comenzaron a surgir filtros que impidieron que los jóvenes entraran al mercado de trabajo a cierta edad, por ejemplo, la implementación de una cartilla al cumplir los 18 años era esencial para conseguir un empleo y permitir la libertad de movilidad (Perrot, 1996). Es así como, ya no pudo ingresar al trabajo cualquier individuo ya que debía tener una cierta edad, una cartilla e incluso un certificado de estudios primarios puesto que “a finales del citado siglo, el certificado de estudios primarios vino a añadirse o a sustituir a la primera comunión, en virtud de las disposiciones legales que, en 1882, le hicieron obligatoria” (Perrot, 1996: 113). Para finales del siglo XIX, la educación se convirtió en una obligación para los jóvenes, que debían especializarse para después ingresar al trabajo, lo que se convirtió en un límite para incorporarse al mercado laboral de manera justificada.

Lo mismo ocurrió en la fábrica. El tiempo de producción estaba controlado por la burguesía de cierta manera que se pudiera garantizar la máxima producción individual y colectiva. En este sentido, el cronómetro jugó un papel esencial puesto que “el cronómetro es ante todo, un instrumento político de dominación sobre el trabajo. Tecnología y táctica pormenorizada del control de los cuerpos en el trabajo” (Coriat, 2011: 2). Allí, las técnicas individualizadoras también se aplicaron a los jóvenes que tenían un lugar asignado, en el que eran vigilados y castigados si no alcanzaban la máxima producción. De esa manera, “recorriendo el pasillo central del taller es posible ejercer una vigilancia general e individual al mismo tiempo: comprobar la presencia y la aplicación del obrero, así como la calidad de su trabajo; comparar a los obreros entre sí, clasificarlos según su habilidad y su rapidez, y seguir los estadios sucesivos de la fabricación” (Foucault, 2013: 168). El tiempo como medio de control de la producción quedaba fuera de las manos de los jóvenes, y a partir de la aplicación de la ciencia en las fábricas guiadas por el *fordismo* y el *taylorismo*, esto se haría más radical. Los jóvenes fueron disciplinados para evitar el tiempo muerto y aumentar a la producción. Además, como el discurso moral de la concepción social del trabajo había instituido, el “fin” al que todos debían aspirar, era al mejoramiento colectivo guiado por el aumento de la “riqueza”. Aquello que escapará al “molde” debía ser corregido, o en su debido caso, excluido.

A pesar de existir diferencias en la familia, la escuela y el trabajo, éstas compartían algunas características. Los jóvenes se encontraban inmovilizados, vigilados y controlados en todas ellas (Bauman, 2015a). En la familia y en la escuela, éstos debían interiorizar y normalizar al discurso moral del trabajo. Mientras que en la fábrica, debían trabajar de la mejor manera posible para aumentar la producción. En caso contrario, los jóvenes podían ser castigados. A su vez, la concepción social del trabajo agregó un nuevo valor, el *control del tiempo* que se convirtió en algo esencial para aumentar la vigilancia. Es así que, éste se dividió en segmentos “sucesivos o paralelos”, los cuales debían llegar a un término especificado (Foucault, 2011: 183). Para la juventud, esto representó que ahora tendría que superar una serie de etapas para transitar al mundo adulto. De esa manera se fue constituyendo el “tiempo juvenil”, que implicó la identificación de los jóvenes con la escuela donde deberían superar pruebas para mostrar sus méritos y valía ante la sociedad (Foucault, 2013). Los jóvenes comenzaron a ser calificados a partir de su calidad educativa.

Para acceder al mundo laboral debían superar una serie de tramos de una manera adecuada. Así, la concepción de la juventud comenzó a marcarse como un período de tránsito ligado a la educación (Souto, 2007). Paradójicamente, al surgir mayores oportunidades para los jóvenes de las clases pobres, también surgió una forma de dominación que atravesó su cuerpo e inscribió diversas formas de saber y poder. En ese sentido, “el papel del poder político sería reinscribir perpetuamente esa relación de fuerza, por medio de una especie de guerra silenciosa, y reinscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros” (Foucault, 2014a: 29).

Otra técnica disciplinaria del valor del control del tiempo se basó en la *gratificación diferida*. La concepción social del trabajo mantuvo bajo este principio la idea de que los jóvenes al realizar el tránsito establecido de manera “normal” y correcta recibirían recompensas en el futuro. Por ello, “la gente se encerraba en instituciones fijas porque esperaba poder permitirse al final una recompensa futura. La gratificación diferida hace posible la autodisciplina; te armas de valor en el trabajo, con o sin sufrimiento, porque te centras en esa futura recompensa” (Sennett, 2013: 70). Además, para los jóvenes las recompensas implicaban convertirse en adultos por medio del trabajo, y gracias a ello, acceder a un mejor empleo, integrarse a la sociedad de manera “correcta”, movilidad social, ser alguien “útil” para el resto de la sociedad, autonomía económica y social.

A finales del siglo XIX, gracias a la normalización del discurso moral de la concepción social del trabajo, el capitalismo se transformó radicalmente. La mejora tecnológica, la urbanización, la universalización de la educación y del sufragio universal, constituyeron a una sociedad que comenzaba a crecer económicamente más rápido. Socialmente también hubo modificaciones, la seguridad social, la intervención del Estado contra el desempleo y la lucha de los jóvenes pobres por salarios justos y acceso a la educación “llegaron a ser oral y políticamente efectivas” (Hobsbawm, 2011: 314). Así, la sociedad al ver sus necesidades básicas satisfechas comenzó a dar prioridad al mantenimiento del “orden”. Los jóvenes fueron reconocidos como mano de obra útil y disciplinada que podía ser especializada en la escuela, y de esa manera ser de gran provecho para el aumento de la producción que el capitalismo requería. A su vez, la burguesía observó que el avance científico ligado al aumento de la educación superior

ocasionaba un bienestar tecnológico mayor que gracias a la especialización de los jóvenes y al mejoramiento de la tecnología repercutía en el crecimiento. Comenzaron a aplicarse técnicas científicas al trabajo encabezadas por el *fordismo* y el *taylorismo*. Así, “a partir de ahora, al país que le faltara educación general y adecuadas instituciones educativas superiores le sería imposible convertirse en una economía “moderna”; y, al contrario, a los países pobres atrasados que dispusieran de un buen sistema educativo les sería más fácil desarrollarse” (Hobsbawm, 2011: 55). El crecimiento económico derivado del “fin” del discurso moral de la concepción social del trabajo, era considerado como producto del trabajo colectivo. Es así que los jóvenes debieron normalizar dicho “fin” y trabajar por el resto de la sociedad. Al mismo tiempo, Gran Bretaña perdió su papel como la potencia mundial, y una migración acelerada ocurrió a un incipiente país: Estados Unidos. El mercado cada vez se convirtió en algo mundial que involucraba tanto a colonias como a potencias. El capitalismo encontró estabilidad y crecimiento económico. La articulación entre educación y trabajo estaba fundada y se mantenía mediante el uso de técnicas disciplinares. Esto no se modificó hasta finalizar la Segunda guerra mundial, cuando el discurso moral de la concepción social del trabajo se transformó y en algunos casos radicalizó los valores que la conformaban. En ese sentido, la razón fue vinculada a la consecución del orden, al mismo tiempo que al progreso tecnológico derivado de la especialización; el valor del egoísmo comenzó a desvanecerse dando paso al apoyo del Estado y a la regulación del mercado; el valor del esfuerzo implicó a la colectividad y a su esperanza de crecimiento.

**Fin de la Segunda guerra mundial:  
Transformación de los valores de la concepción social del trabajo  
y el surgimiento del trayecto “normal” juvenil en la sociedad disciplinaria**

Tres acontecimientos históricos revolucionaron a la sociedad modificando tanto los valores de la *concepción social del trabajo*, como la forma en que la sociedad comprendió a la *juventud*: las dos guerras mundiales y la Gran Depresión de 1929-1933. Derivado de ello, el capitalismo transformó su mentalidad, comenzando por el paso del *egoísmo* que regía a una economía de libre mercado a una fomentada por el *intervencionismo estatal*, guiado por el

valor de la *colectividad*, generando un nuevo período económico que culminó con la edad de “oro” del capitalismo. Gran Bretaña dejó de ser la potencia mundial, cediendo su lugar al gran vencedor de ambas guerras mundiales: Estados Unidos, país en el que los jóvenes fueron plenamente identificados con el ámbito educativo, en el cual desarrollaron prácticas propias, ajenas a los adultos (Hobsbawm, 2014). Al mismo tiempo, mientras las relaciones económicas se transformaban, y mejoraban la producción gracias a la aplicación de la ciencia en la industria incentivada por el *taylorismo* y el *fordismo*, el sector juvenil consiguió mayor autonomía, y seguridad social, apoyado por el surgimiento de un Estado *keynesiano*, el ascenso de la *burocracia* y la creciente articulación entre educación y mercado laboral. Resultado de la normalización de la concepción social del trabajo, se constituyó un saber social que manifestaba el trayecto “normal” de los jóvenes, éstos debían estudiar y prepararse lo mejor posible para insertarse de la mejor manera a la sociedad, y servir al “fin” colectivo del aumento de la productividad, aquellos que no siguieron la “norma” fueron estigmatizados y excluidos como amenazas. Las instituciones disciplinarias, como la familia, la escuela y el trabajo tomaron un papel central para mantener dicha trayectoria “normal” y consiguieron la mejor inserción de los jóvenes en la sociedad. Estos procesos tuvieron lugar en el período de 1914 a 1970.

Desde finales del XIX, la familia, la escuela y el trabajo se cristalizaron como instituciones disciplinarias, cuya función era conseguir que los jóvenes normalizaran al discurso moral de la concepción social del trabajo con el objetivo de alcanzar el “fin” moral que la incipiente burguesía pretendía imponer, es decir, el aumento de la productividad. Para su mejor funcionamiento, el discurso moral buscó convertirse en algo que trascendía a los individuos. El trabajo era entendido como algo colectivo de tal manera que el trabajo individual podía devenir en riquezas sociales (Durkheim, 2002; Smith, 2012). Con la llegada de la Primera guerra mundial, la economía sufrió la disminución de la mano de obra adulta que necesitaba para su funcionamiento, lo que motivó la incorporación de los jóvenes al mercado laboral (Hobsbawm, 2014: 52). En el período de entreguerras el mercado laboral atrajo a los jóvenes nuevamente estableciendo un trayecto “normal” que vinculó a la juventud con la escuela. Ante las necesidades económicas derivadas de la Primera Guerra mundial los jóvenes se ubicaron en ambos terrenos: la escuela y el trabajo.

Por otra parte, la economía clásica del libre mercado comenzó a manifestar que no podía mantenerse en el período de guerra (Hobsbawm, 2014). En ese sentido, la aplicación de una economía de guerra manifestó que la intervención estatal era necesaria pero, “en la guerra moderna no solo había que tener en cuenta los costos sino que era necesario dirigir y planificar la producción de guerra, y en definitiva toda la economía” (Hobsbawm, 2014: 54). En ese sentido, la burocracia tomó un papel central, fue la elegida para guiar de la mejor manera a la nación hacia el progreso económico. Weber ya había previsto esto, desde su perspectiva,

El “progreso” hacia lo burocrático, hacia el Estado que juzga y administra asimismo conforme a un derecho estatuido y a reglamentos concebidos racionalmente, está en la conexión más íntima con el desarrollo capitalista moderno. La empresa capitalista moderna descansa internamente ante todo en el cálculo (Weber, 2012: 1061).

La disciplina jugó un papel central en la consolidación de la nueva burocracia. Por ello, el proceso educativo fue fundamental como medio de selección, instrucción e inserción al mercado laboral. Por medio de él, se eligieron a los jóvenes aptos para dirigir a la nación de una manera racional y calculadora. De esta manera, el Estado moderno deviene en “una empresa como la fábrica, (toda vez que) la burocracia que la dirige descansa en la disciplina” (Weber, 2012: 1061). Mediante este proceso comenzó a tener sentido el valor de la gratificación diferida. Los jóvenes que se preparaban en el ámbito escolar, interiorizaban y normalizaban el discurso moral de la concepción social del trabajo podían obtener recompensas en su futuro tales como la movilidad social, la autonomía económica y el reconocimiento social (Sennett, 2000). Comenzó a crearse una “esperanza” en los jóvenes de que por medio de su educación, podían escalar posiciones hasta convertirse en sus propios jefes (Sennett, 2000).

Mientras tanto, la economía clásica recibió otro golpe producto de una serie de circunstancias. Las decisiones que tomaron los vencedores de la Primera guerra mundial al aplicar los Tratados de Versalles que responsabilizaron a Alemania como la única culpable de la guerra, lo que implicaba la obligación de restituir los gastos derivados de dicha conflagración (Hobsbawm, 2014: 41). Esta medida, aunada a las condiciones en que quedaron los demás países europeos significó que la economía mundial era incapaz de

reconstruirse y por lo tanto, el sistema entró en quiebra (Hobsbawm, 2014). El capitalismo desde el siglo XIX se había convertido en una economía mundial, las empresas burguesas dependían en gran medida de las importaciones y las exportaciones. Ya había sucedido en 1870 una crisis producto de la sobreproducción de mercancías. Pero, la burguesía, al mejorar las condiciones de vida de los otros sectores de la población, al incrementar la producción a partir de técnicas científicas en el trabajo, derivando en la producción en masa (Coriat, 2011) y, sobre todo, al expandir sus mercados desde un punto de vista colonial, consiguió un lugar en el cual vender sus mercancías (Hobsbawm, 2011). Sin embargo, con la destrucción del mercado europeo y al convertirse Estados Unidos en el país líder económicamente hablando, el segundo no encontró mercados en los cuales expandirse, lo que derivó en una de las peores crisis capitalistas de la historia, la Gran Depresión de 1929.

Al sobrevenir el crac de la Bolsa de Nueva York el 29 de octubre de 1929, dio inicio una de las peores crisis de la economía capitalista mundial. La moneda perdió su valor, desapareció el ahorro privado “lo cual provocó una falta casi total de capital circulante para las empresas” (Hobsbawm, 2014: 97). La producción de artículos de primera necesidad, tanto en alimentos como en materias primas, entró en una crisis al provocar en los precios, “una caída libre”, generando un desempleo masivo en el campo y la ciudad agravado por la inexistencia de “sistemas públicos de seguridad social” (Hobsbawm, 2014: 100). Ante la disminución del comercio mundial los Estados comenzaron a aplicar políticas proteccionistas como levantar aranceles. Pero sobre todo, “la Gran Depresión obligó a los gobiernos occidentales a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas” (Hobsbawm, 2014: 102). Lección que fue aprendida después de observar lo que sucedió en Italia y Alemania.

Frente a la crisis, como era de esperarse, muchos jóvenes no encontraron un trabajo adecuado a su calificación, cabe recordar que a finales del siglo XIX, se expandió el acceso a la educación a grandes sectores de la población. El *tiempo “disciplinario”* estableció una serie de etapas que debían superarse calificando a los individuos dependiendo del recorrido de las series (Foucault, 2013: 185). Lo “normal” era que la etapa que seguía a la educación era el ingreso al mercado laboral. Sin embargo, ésta se rompió durante la crisis. La consecuencia fue que los jóvenes adoptaron prácticas que iban en contra de lo “normal”,

como la creación de pandillas, la delincuencia, el alcoholismo y la drogadicción (Caron, 1996), afectando de esa manera al “fin” moral de la concepción social del trabajo. Es decir, al aumento de la producción. Las técnicas de poder tuvieron que adaptarse para integrar nuevamente al sector juvenil a la consecución del fin colectivo. El fascismo y el nazismo fueron los primeros en adaptar dichas técnicas y de esa manera “encauzar” a la juventud en un procedimiento que les permitió legitimar el poder de sus gobiernos.

El fascismo entendió a la juventud como el “positivo absoluto”, vio cualidades en los jóvenes como la virilidad, la fortaleza, la ambición y la vitalidad, que debían ser retomadas por la sociedad para superar la crisis. Ante la crisis económica y política en Italia, el fascismo vio a los jóvenes como un sector que podía ser un instrumento sumamente útil para el régimen. Con este propósito se creó un discurso en el que los jóvenes asumieron un papel central, la juventud como vitalidad se convirtió en la metáfora del fascismo (Malvano, 1996). La juventud devino en la fuente de esperanza de un régimen que buscaba salir adelante. Manifestándose en dos aspectos: el económico y el político. La juventud, por medio de su educación y esfuerzo, al haber interiorizado el discurso moral de la concepción social del trabajo estaba en condiciones de conseguir el aumento de la producción necesaria para superar la crisis económica. Y, por otra parte, otorgaba legitimidad al régimen de gobierno. Mussolini se percataría de eso, resaltando la idea de que el “fascismo era juventud” (Malvano, 1996: 313).

Algo similar ocurrió en Alemania. Ante la crisis económica y el desempleo generados sobre todo por la aplicación de los tratados de Versalles, los jóvenes alemanes no tenían a quién recurrir. El nazismo aprovechó el contexto para encausar de una manera adecuada los ideales de la juventud y dar legitimidad y sustento a su régimen político. En 1927 George Strasser, jefe de organización del partido Nazi, declaró que, “solo lo que es eternamente joven tiene un lugar en nuestra Alemania” (Michaud, 1996: 349). La juventud como metáfora de una nueva forma de pensar, constituyó para el nazismo su fuente de legitimidad. La nueva Alemania debía ser joven porque esto “significaba ante todo que se pertenecía a una idea nueva” (Michaud, 1996: 349). Pero no a cualquier idea, sino la de Hitler. Para conseguir que la ideología nazi se impusiera en los jóvenes fueron necesarias dos instituciones, el servicio militar y la escuela. Ambas se constituyeron como espacios

disciplinarios cuya función fue crear cuerpos dóciles (Foucault, 2013; 2014b, 2014d), ya que, “el poder disciplinario es un poder normativo. Somete al sujeto a un código de normas, preceptos y prohibiciones, así como elimina desviaciones y anomalías” (Han, 2014a: 36). De esa manera, el nazismo buscó la normalización de su discurso por parte de los jóvenes. Además, enseñó que lo colectivo importaba más que lo individual ya no solo en términos económicos sino también políticos. Así, los jóvenes debieron servir únicamente a su pueblo y sobre todo a su emperador.

El discurso fomentado por el nazismo y el fascismo estableció que la juventud debía responder a los intereses económicos y políticos de la sociedad. Se les exigía que representaran todas las cualidades positivas para sacarla adelante. Las instituciones disciplinarias atendieron de manera específica el “encauzamiento” de las conductas de los jóvenes. La familia, la escuela y el ámbito laboral, tuvieron como función vigilar a los jóvenes (Foucault, 2013; 2014d), de modo que a la primera señal “anómala”, es decir, aquellas conductas que estuvieran en contra del “fin” de la concepción social del trabajo, fueron castigadas y sancionadas. La normalización del discurso moral de la concepción social del trabajo constituyó uno de los principios fundamentales dirigido a los jóvenes puesto que ellos eran el medio para conseguir el “progreso” económico y la legitimidad política. Sin embargo, esta visión no se dio únicamente en Alemania e Italia. Al finalizar la Segunda guerra mundial, países como Estados Unidos la retomaron. De esa manera se estableció que lo “normal” era que la juventud constituía la base de la sociedad, y su trabajo servía para el progreso económico de la misma.

Bajo esta misma lógica, al final de la Segunda guerra mundial los países capitalistas aprendieron una serie de lecciones que influyeron en los valores de la *concepción social del trabajo*. Ante la crisis económica de 1929 y la aplicación de una economía de guerra basada en la producción en masa, los valores del *egoísmo* y la libre *competencia* fueron modificados. Era evidente que la “mano invisible del mercado” no era perfecta. El equilibrio pregonado por Adam Smith había fracasado (Hobsbawm, 2014). Así, se estableció que el Estado debía intervenir en los asuntos económicos y manejarlos de una manera racional, “se tomó conciencia de que el Estado tenía que controlar totalmente la economía y que la planificación material y la asignación de recursos eran cruciales”

(Hobsbawm, 2014: 54). En este proceso la burocracia tomó el papel de directriz de la economía y la política:

La administración burocrática pura, o sea, la administración burocrático-monocrática, atendida al expediente, es a tenor de toda la experiencia la forma más racional de ejercerse una dominación; y lo es en los sentidos siguientes: en precisión, continuidad, disciplina, rigor y confianza; calculabilidad, por tanto, para el soberano y los interesados; intensidad y extensión en el servicio; aplicabilidad formalmente universal a toda suerte de tareas; y susceptibilidad técnica de perfección para alcanzar el óptimo en sus resultados (Weber, 2012:178).

Esta idea se reforzó al observar que la Gran Depresión parecía no afectar a la economía planificada de la URSS. La burguesía se dio cuenta del papel que tenían los jóvenes en una sociedad y del daño que podían producir si eran “mal” encauzados –como sucedió en el fascismo y el nazismo. Por ello, “no puede sorprender que el desempleo fuera considerado como una herida profunda, que podía llegar a ser mortal, en el cuerpo político” (Hobsbawm, 2014: 101). De esa manera, el desempleo fue considerado una “anomalía” que debía ser corregida por parte del Estado, a lo que respondió con la incorporación de los jóvenes al mercado laboral. De esa manera, se cristalizó el tránsito de la educación al trabajo.

La Gran Depresión demostró que el mercado libre sin restricciones, carecía de sentido. Fue necesario “complementar el mercado con la planificación y la gestión pública de la economía” (Hobsbawm, 2014: 274). Ello implicaba que el Estado adquiriría un gran poder, puesto que de él dependía el crecimiento económico. Las ideas de Keynes reforzaron esa idea. El *keynesianismo* buscó la eliminación del desempleo para estimular la demanda y el aumento del consumo. Simultáneamente, el estado equilibró la oferta y la demanda de productos. En ese sentido, consiguió la supuesta armonía entre “fuerzas de trabajo y acumulación de capital” (Coriat, 2011: 95). Y, gracias al desarrollo derivado de las guerras, y al aumento de la producción en masa, se renovaron completamente las formas de producir, la ciencia tomó un papel fundamental en el trabajo gracias al *fordismo* y al *taylorismo*, cuya misión consistió en transformar los tiempos “muertos” en tiempos productivos (Coriat, 2011).

Al concluir la Segunda guerra mundial, los Estados se enfocaron en conseguir el pleno empleo (Hobsbawm, 2014). Simultáneamente, se implementaron sistemas modernos de seguridad social, como la fomentada por el *new deal* de 1935 en Estados Unidos. La burocracia se encargó de guiar a la economía en términos “razonables”. Sin embargo, “el progreso hacia el funcionario burocrático, basado en el empleo, en sueldo, pensión y ascenso, en la preparación profesional y la división del trabajo, en competencias fijas, en el formalismo documental y en la subordinación y la superioridad jerárquica” (Weber, 2012: 1060) estuvo atado a la modernización del Estado. De esta manera se fue forjando la “jaula de hierro” de la burocracia que implicó que “en la pirámide de la cadena de mando, uno hace lo que debe y cumple con su función y finalmente es recompensado, como titular de un cargo, por el rendimiento o la antigüedad; o bien es ignorado y degradado” (Sennett, 2013: 48). En este proceso la concepción social del trabajo se modificó. Los empleos comenzaron a pensarse en términos de carrera, es decir, en trayectos largos y definidos, cuya gratificación se llevaría a largo plazo (Sennett, 2000).

Por su parte, el gran avance tecnológico producto de las guerras mundiales también tuvo repercusiones en las sociedades capitalistas puesto que la economía industrial comenzó a sustentarse en la innovación tecnológica. La guerra, con su “demanda de alta tecnología, preparó una serie de procesos luego adaptados al uso civil” (Hobsbawm, 2014: 267). Un ejemplo de esto, es el modelo de producción en masa de Ford, aplicado a la producción de alimentos y servicios, creando así, un mercado de consumo para las masas. De esa manera, “lo que en otro tiempo había sido un lujo se convirtió en un indicador de bienestar individual” (Hobsbawm, 2014: 267). A su vez, una gran cantidad de productos nuevos abarataron el proceso de producción, quedando al alcance de todas las clases como el nylon, el plástico, el poliéster, la radio y, en menor medida, la televisión.

Así, la educación se hizo fundamental para el crecimiento económico. La especialización de los jóvenes se volvió esencial para garantizar el aumento de la producción en masa. Ford al vislumbrar el papel de la educación en la mejora del rendimiento económico, optó por una política de salarios,

Pagando mal a los hombres, preparamos una generación de niños subalimentados y subdesarrollados tanto física como moralmente; tendremos una generación de obreros

débiles de cuerpo y de espíritu, que por esa razón se mostrarán ineficaces cuando entren en la industria. En definitiva, la industria pagará esa cuenta (Coriat, 2011: 61).

Gracias al aumento de los salarios, los padres de familia de las clases bajas y medias pudieron mandar a sus hijos a las universidades que antes habían quedado en manos de los ricos. La educación se convirtió en un derecho universal gracias a las políticas asistenciales. La promesa de que por medio de la educación era posible conseguir movilidad social en el siglo XIX, fue plasmada a mediados del siglo XX a partir de la disminución del desempleo y el ascenso laboral, sobre todo en el ámbito burocrático: “allí donde las familias podían escoger, corrían a meter a sus hijos en la enseñanza superior, porque era la mejor forma, con mucho, de conseguirles unos ingresos más elevados, pero, sobre todo, un nivel social más alto” (Hobsbawm, 2014: 299). Los jóvenes que ingresaban a la escuela, tenían la esperanza de ascender de nivel social. Los adolescentes ingresaron al mercado laboral al terminar el período “mínimo de educación” con un poder “adquisitivo mucho mayor que el de sus predecesores, gracias a la prosperidad y al pleno empleo de la edad de oro” (Hobsbawm, 2014: 329).

La economía keynesiana basada en el consumo masivo, por parte “de una población activa plenamente empleada y cada vez mejor pagada y protegida” (Hobsbawm, 2014: 284), generó una sociedad en la cual la desigualdad social iba disminuyendo, el pleno empleo era posible, al igual que la movilidad social. “En resumen, ahora el ciudadano medio de esos países le era posible vivir como solo los muy ricos habían vivido en tiempos de sus padres” (Hobsbawm, 2014: 267). Gracias al pleno empleo, a la masificación de la producción en masa y a la mejora salarial, los jóvenes se constituyeron en un grupo con una conciencia propia ligada al mercado de consumo en la década de los cincuenta, el *rock and roll* fue el mejor ejemplo de ello (Hobsbawm, 2014: 326).

La época de oro del capitalismo fue acompañada de la emergencia de un proyecto que incorporó a los jóvenes, surgido a finales del siglo XIX. La juventud fue ligada a la escuela, en donde debía prepararse para después insertarse en el mundo laboral (Camarena, 2013; Navarrete, 2013), donde conseguirían su autonomía y se convertirían en adultos (Chávez, 2013; Peñaloza, 2012; Souto, 2007; Pérez, 2004). El pleno empleo y el aumento de la movilidad social, permitió que esa idea se cumpliera. De esa manera, la juventud fue

construida como un período de tránsito “inestable” que podía engendrar conductas “anormales”, pero, al mismo tiempo, susceptibles de “corregirse”, con el fin de alcanzar la “madurez” al ingresar al mundo laboral. Así, se “esperaba de sus muchachos que pasasen por una época turbulenta e “hicieran locuras” antes de “sentar cabeza”. El discurso moral de la concepción social del trabajo, planteó de esa manera que trabajar era lo “normal” y, por ende, algo “bueno”. No hacerlo era “malo” y “anormal”. Los jóvenes “buenos” trabajaban por su bien y por el de la sociedad, por lo que eran integrados a ella. Quienes no trabajaban eran considerados “inmorales” y representaban un peligro social, por eso eran excluidos. Los jóvenes que seguían el tránsito “normal” e interiorizaban el discurso moral, veían por el bien de la sociedad y actuaban con base en la conducta “normal”. Adicionalmente, con su trabajo conseguían el aumento de la producción. Aquellos que no lo hacían eran observados como amenazas, puesto que el tiempo libre y el ocio, se percibían con cautela (Beck, 2000).<sup>4</sup> De este modo, los jóvenes que no trabajaban fueron estigmatizados como peligros que podían afectar el orden existente y, por esta razón, podían (y debían) ser excluidos (Bauman, 2011b). A partir del trabajo, los jóvenes consiguieron el honor y se convirtieron en personas “decentes”. Al mismo tiempo, podían conseguir derechos políticos, acceder a un círculo de sociabilidad distinto y obtener su autonomía económica: “el individuo trabajador empezó a demonizar al individuo ocioso y a defender la ideología del crecimiento” (Beck, 2000: 20). El trabajo comenzó a formar parte del carácter y la esencia de los individuos (Beck, 2000; Sennett, 2000). En este sentido, como afirma Bauman, el discurso moral de la concepción social del trabajo se convirtió en el eje sobre el que se sostuvieron los tres momentos en la vida de los jóvenes: la vida individual, el orden social y la reproducción sistémica.

Primero, la vida individual, porque el trabajo brindó el sustento necesario para vivir. Al existir la movilidad social, el tipo de trabajo decidía la ubicación social, los estándares de vida, la capacidad de consumo, los círculos de interacción, el esquema familiar, los entretenimientos, las rutinas y el grado de autonomía que tendría el individuo. De este modo, “La carrera laboral marcaba el itinerario de la vida y, retrospectivamente, ofrecía el testimonio más importante del éxito o del fracaso de una persona” (Bauman, 2011b: 34).

---

<sup>4</sup> Por ejemplo, en la década de los sesenta y los setenta, los grupos “hippies” fueron estigmatizados y tachados como grupos “anormales” que podían representar un peligro para la sociedad.

Segundo, articuló el orden puesto que era considerado el lugar de integración social. En la fábrica se enseñó a obedecer y a reproducir los valores disciplinarios de la sociedad (Foucault, 2013). Tercero, la supervivencia y la prosperidad de la sociedad dependieron del trabajo ya que, por medio de él se dio una “reproducción sistémica”. Los jóvenes debieron interiorizar al discurso moral de la concepción social del trabajo en la familia y la escuela y asumir su papel en la producción, pues cuando se cumplía era posible generar riqueza tanto individual como social. Dicha idea está representada en lo que se llamó el “sueño americano” que consistió en que el sufrimiento del presente por medio del trabajo, traería un futuro mejor. Por último, la esperanza permitió que el orden social se reprodujera, y sobre todo que no se buscara cambiar la estructura desigual. Por el contrario, por medio del trabajo se esperaba alcanzar una instancia superior en la jerarquía social.

Resultado del desarrollo tecnológico, del pleno empleo, de la reducción de la desigualdad y del aumento de la inversión hacia la educación, se modificaron los valores de la razón, el esfuerzo, el egoísmo, la dignidad y la riqueza de la concepción social del trabajo. Mediante la racionalización, el trabajo de los jóvenes podía perfeccionarse a partir de la especialización que tenía lugar en la escuela, y a su vez, esto hacía posible la movilidad social. Bajo esta misma lógica, la razón fue la responsable de guiar la economía dejando de lado el libre mercado, toda vez que ahora se buscaría el apoyo racional del Estado, quien tenía la obligación de combatir el desempleo, la pobreza y crear instituciones de asistencia social adecuadas para los miembros de la sociedad. La burocracia fue la encargada de guiar racionalmente a dicho Estado. El modelo burocrático implicó pensar en el empleo como una carrera, es decir, un trayecto establecido de por vida que tenía un fin social (Sennett, 2013). Las instituciones se modelaron en un sentido piramidal “racionalizada, es decir, cada cargo, cada parte, tiene su función definida” (Sennett, 2013: 30). A su vez, el “fin” del discurso moral del trabajo planteó que el esfuerzo colectivo y ya no individual era la fuente de riqueza, el egoísmo fue reemplazado así, por la idea de una finalidad colectiva, todos debieron trabajar para alcanzar la mejora social y de esta manera fomentar la integración de los jóvenes al mercado laboral. La dignidad generada en el trabajo se ligó a la identidad individual, “esto quiere decir que su identidad laboral descansaba en las consecuencias sociales de su trabajo” (Sennett, 2013: 66). Los jóvenes cuyo trabajo era “útil”, fueron catalogados como un “bien” para la sociedad y, en ese

sentido, eran respetados. Mientras que las conductas “anormales” guiadas por el ocio se convirtieron en algo mal visto por la sociedad, por lo que debían corregirse o eliminarse. La racionalización económica estuvo ligada a la política. La sociedad disciplinaria se consolidó gracias a la interiorización del discurso moral de la concepción social del trabajo en el ámbito de la familia, la escuela y el trabajo, donde se creó una idea de lo que era “normal” en los jóvenes. Su trayecto quedó establecido: la juventud se ancló a la escuela y su madurez se vinculó al mercado laboral. La época dorada del capitalismo comenzó a perder fuerza y el capitalismo para garantizar su supervivencia dio lugar al regreso de una ideología liberal radicalizada, que a su vez, modificó las técnicas de dominación. La sociedad disciplinaria dejó de corresponderse con los individuos de “rendimiento” que el capital “impaciente”, guía del neoliberalismo, necesitaba para aumentar la productividad (Han, 2014a). Es por ello, que los valores de la concepción social del trabajo fueron modificados nuevamente. El tránsito “normal” de la juventud se rompió y, tanto la educación como el ingreso al mercado laboral devinieron en espacios de exclusión juvenil.

**Crisis del Estado benefactor:  
La transformación de la sociedad disciplinar y el advenimiento  
de la sociedad de control, el inicio de la exclusión juvenil contemporánea**

La época dorada del capitalismo comenzó a decaer en la década de los setenta y para la de los ochenta sería su fin (Hobsbawm, 2014). Las instituciones que se habían consolidado entrarían en crisis. El modelo *keynesiano*, la *burocracia*, las *instituciones disciplinarias*, y el mismo *fin* colectivo del discurso moral de la concepción social del trabajo se adaptaron al nuevo desarrollo de la sociedad (Beck, 2000; Sennett, 2000, 2013; Deleuze, 2006; Bauman, 2015a). La obediencia conseguida gracias a las técnicas disciplinarias perdió su eficacia, transformándose con el propósito de correlacionarse con la sociedad del “rendimiento” en proceso (Han; 2014a; 2014b). Lo anterior, afectó los valores de la *concepción social del trabajo*, siendo los jóvenes uno de los sectores más afectados (Peñaloza, 2012; Camarena, 2013; Chávez, 2013; Suárez, 2013; Bauman, 2015b), al fracturarse el discurso moral que sostenía la idea de “normalidad”. Gracias al avance del *capital “impaciente”* (Sennett, 2000), la *globalización* (Beck, 2008; Posadas, 2015) y, la

instauración de la sociedad y los sujetos de “rendimiento” (Han, 2014a), la burguesía entendió que la producción podía aumentar de manera más rápida. El empleo dejó de ser esencial para la generación de riqueza y el pleno empleo perdió su centralidad en el terreno de la necesidad social (Bauman, 2011a; 2011b; Beck, 2000; 2008; Han, 2014a). Al mismo tiempo, el Estado perdió el protagonismo como guía racional de la economía, ocasionando la progresiva desaparición de las prestaciones sociales que surgieron en la época de oro del capitalismo. El Estado abandonó la responsabilidad sobre los problemas estructurales tales como el desempleo, la pobreza y la desigualdad.

A inicios de la década de los setenta, producto de la quiebra de los acuerdos de *Bretton Woods* y la crisis del petróleo se modificó el discurso moral de la concepción social del trabajo transformando la forma en que el capital se desenvolvía. El poder fue transferido a las grandes compañías, ya que éste “pasó de la dirección a los accionistas” (Sennett, 2013: 37). Dicho paso fue trascendental para comprender el funcionamiento del nuevo poder económico, no estará más en manos del capital productivo como sucedía en el siglo XIX, por el contrario, el pensamiento a largo plazo, la gratificación diferida, la carrera y el modo en que se concebía a las empresas entró en crisis. El *capital impaciente* tomó el control buscando beneficios a corto plazo ya que, “comprar y vender acciones en un mercado abierto y fluido redituaba más rápidamente que el mantener los valores accionarios durante un tiempo prolongado” (Sennett, 2013: 39). De esa manera, “las grandes empresas se rediseñaron para satisfacer a una nueva clientela internacional de inversores que aspiraban más a la ganancia en la bolsa a corto plazo que al beneficio de dividendos a largo plazo” (Sennett, 2013: 13).

Al mismo tiempo, el discurso moral que planteaba que el fin del trabajo era colectivo ya no respondió a las necesidades económicas del capital impaciente. Por ello, “con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el de rendimiento” (Han, 2012: 27), surgiendo un cambio en las técnicas de poder y dominación modificadas para corresponder con los fines económicos. Los sujetos “dóciles” generados por las instituciones disciplinarias dejaron de ser esenciales (Han, 2012; 2014a; 2014b), ahora había que generar sujetos de “rendimiento emprendedores de sí mismos” (Han, 2012: 25). Resultado del proceso de individualización (Beck, 2012)

cada quien debía convertirse en su propio jefe, en “empresario” y de esa manera, todas las decisiones y consecuencias tomadas en su vida, serían responsabilidad de ellos y los problemas estructurales comenzarían a entenderse como algo individual y no social (Bauman, 2015, Beck 2012). Para conseguir que los jóvenes interiorizaran el nuevo discurso moral, fue necesario transformar las relaciones de poder y controlar el cuerpo con la mente, puesto que el dominio del cuerpo ya no era tan efectivo. Es por ello que para Han, el disciplinamiento corporal comenzó a ceder ante la “optimización mental”. Esto se debe a que “para incrementar la productividad, no se superan resistencias corporales, sino que se optimizan procesos psíquicos y mentales” (Han, 2014a: 42). El nuevo objetivo del discurso moral de la concepción social del trabajo basado en un valor de la *libertad* radicalizada, comenzó a buscar que los jóvenes controlados tanto corporal como mentalmente, buscaran explotarse a sí mismos (Han; 2012; 2013; 2014a; 2014b). Ya que, “la propia explotación es más eficaz que la explotación extraña, pues va acompañada del sentimiento de libertad” (Han, 2013: 92).

Derivado de lo anterior, el modelo keynesiano que había apoyado el papel del Estado en la economía se encontraba en crisis. En gran parte debido a que el Estado solía gastar más dinero del que tenía. El aumento de la inflación contribuiría a dicha crisis. Además, el modelo keynesiano no supo cómo controlar los problemas, por el contrario, éstos empeoraban. Es por ello que surgió un debate entre los economistas keynesianos quienes seguían manifestando su apoyo al pleno empleo y al Estado de bienestar para de esa manera aumentar la demanda del consumidor e incentivar a la economía. Y por otra parte, entre los economistas neoliberales, que proponían el regreso al libre mercado, al adelgazamiento del Estado y a la desregulación del mercado. Al finalizar la década de los sesenta, los segundos vencerían (Hobsbawm, 2014).

El cambio de un modelo keynesiano a uno neoliberal, seguido del proceso de globalización, afectó la idea de colectividad regulada por el Estado de la concepción social del trabajo (Bauman, 2011a; 2011b; Beck, 2000; 2008).<sup>5</sup> La idea de la consecución del

---

<sup>5</sup> Ulrich Beck propone hacer una diferencia entre *globalismo* y *globalización*. Con la primera, se refiere a los instrumentos ideológicos del liberalismo, es decir del libre mercado global. En cambio la segunda es eminentemente política ya que va ligada con la transformación que sufrió el Estado-nación a partir de la misma (Beck, 2008; Posada, 2015).

pleno empleo comenzó a desaparecer debido a que el crecimiento económico ya no dependía ni del trabajo, ni del Estado (Bauman, 2011b). En ese sentido, al desaparecer la necesidad de generación de empleos para aumentar la productividad, éstos dejaron de crearse. Con lo anterior, se afectó directamente a los jóvenes que seguían el trayecto “normal” establecido en el siglo XIX. Así, tener mayor educación dejó de garantizar la incorporación al mercado laboral. Puesto que el Estado dejó de buscar empleos, ahora los jóvenes debían crear sus propias empresas, convertirse en “emprendedores” y acatar todas las responsabilidades estructurales que eso conlleva. Así, “hoy cada trabajador se explota a sí mismo en su propia empresa” (Han, 2014a: 17).

En los ochenta, gracias al avance tecnológico, el crecimiento económico comenzó a basarse en el *saber*, que a su vez, reemplazó al trabajo como la principal fuente de riqueza y de progreso (Beck, 2000: 48). Esto se debe a que el avance tecnológico ayudó a bajar los costes laborales incrementando las ganancias con menor necesidad de mano de obra (Beck, 2000: 61). La tecnología consiguió mejorar la comunicación y el libre movimiento del capital impaciente. Por una parte, las tecnologías de la comunicación permitieron una libertad de navegación absoluta. Pero para los jóvenes, el avance tecnológico no trajo libertad, puesto que la tecnología también se constituyó en un medio de vigilancia y control (Han, 2014a: 21). “[...] hoy, en efecto, estamos libres de las máquinas de la era industrial, que nos esclavizaban y explotaban, pero los aparatos digitales traen una nueva coacción, una nueva esclavitud. Nos explotan de manera más eficiente por cuanto, en virtud de su movilidad, transforman todo lugar en un puesto de trabajo y todo tiempo en un tiempo de trabajo” (Han, 2014b: 59). Lo anterior cristalizará hasta entrado el siglo XXI, con la transformación de la sociedad disciplinaria en una de rendimiento y control (Han, 2014a; 2014b; Deleuze, 2006).

Por otra parte, las políticas neoliberales buscaron reducir las funciones del Estado para disminuir las restricciones que pudieran llegar a imponerse a la economía (Bauman, 2009; 2011a).<sup>6</sup> “El discurso neoliberal se hace más ‘fuerte’ a medida que avanza la

---

<sup>6</sup> En México las políticas neoliberales se aplicaron a inicios de la década de los ochenta a partir del Consenso de Washington. Entre sus características más importantes se encuentran: la apertura comercial unilateral; reducción de “políticas públicas de fomento económico general y sectorial”; liberalización de los mercados financieros; privatización de empresas; reducción del papel del Estado en la economía; y, desregulación encaminada a hacer más flexibles las leyes que regulan al capital financiero (Calva, 2013).

desregulación, quitando poder a las instituciones políticas que, en principio, podrían hacer frente a la proliferación del libre juego del capital y las finanzas” (Bauman, 2009: 37). Así, la aplicación de las políticas neoliberales ocasionó que los ingresos individuales decayeran, mientras que las ganancias aumentaron rápidamente para el capital impaciente, que libre de ataduras nacionales, podía hacer negocios en cualquier parte del mundo (Beck, 2008; Bauman, 2011a; Sennett, 2013). El adelgazamiento del Estado fue acompañado de la disminución de la *burocracia* que para la década de los ochenta comenzó a contraerse. La “jaula de hierro” que había cristalizado en la época de oro del capitalismo, comenzó a destruirse. Para ello, se llevaron a cabo diferentes reformas. El empleo basado en la carrera y gratificación diferida se modificó. Los individuos dejaron de desempeñar una función durante toda su vida laboral, perdieron poco a poco sus prestaciones sociales y la oportunidad de ascender en la pirámide empresarial (Weber, 2012: 1060). Los anteriores procesos laborales debían transformarse para garantizar el crecimiento económico que el capital impaciente necesitaba. Tanto la empresa como el trabajo mutaron pasando de la rigidez a la flexibilidad (Sennett, 2000, 2013; Beck 2000).

De esa manera, las empresas dejaron de ser piramidales para convertirse en organizaciones en red (Sennett, 2013: 22). Las jerarquías comenzaron a difuminarse, al igual que las funciones que los individuos desempeñaban. Ahora éstos debían ser pluri-funcionales y saber que todo los logros obtenidos hasta el momento se borraban en el presente, cada día tendrían nuevos desafíos, propiciando un sentimiento de incertidumbre en ellos (Sennett, 2013). Lo mismo sucedió con las empresas, fueron obligadas a reinventarse, “innovar” y buscar nuevos mercados día a día. Por su parte, el tiempo disciplinario fue también afectado. Anteriormente, se creyó que el trabajo del presente traería recompensas en el futuro. Y, en este sentido, los individuos desempeñaban un trabajo de por vida del que obtenían prestaciones sociales para su vejez (Sennett, 2000). Sin embargo, esa lógica quedó rota con la llegada del capital impaciente al poder, el cual instituyó un discurso sostenido sobre la base del pensamiento a corto plazo. De esa manera, ningún “trabajo es para siempre” y nadie “tiene nada garantizado” (Beck, 2000, 2012; Sennett, 2000, 2013; Bauman, 2015a). Tanto para las instituciones como para los individuos el tiempo fue liberado de la jaula de hierro del pasado. No obstante, el sujeto quedó anclado a nuevos controles supervisado y sujeto a una nueva vigilancia vertical. El

tiempo de la flexibilidad devino en el tiempo del nuevo poder, “La flexibilidad engendra desorden, pero no libera de las restricciones” (Sennett, 2013: 61).

El discurso que propugnó la flexibilidad laboral y la apertura de las fronteras tuvieron una fuerte repercusión en la concepción social del trabajo: puesto que el empleo dejó de ser el espacio mediante el que los jóvenes se integraban a la sociedad, arrojándolos, cada vez más, a un espacio de exclusión debido a la dificultad que suponía conseguir un empleo. Bajo la idea de “que no somos un sujeto sometido, sino un proyecto libre que constantemente se replantea y se reinventa” (Han, 2014a:11), el discurso moral de la concepción social del trabajo comenzó a plantear que los jóvenes eran los “constructores” de su vida radicalizando la idea del valor de la *libertad*. Ahora, cualquier persona tenía la libertad de construirse y mejorar constantemente “este tránsito del sujeto al proyecto va acompañado de la sensación de libertad” (Han, 2014a:11). Acompañada de la libertad, llegó la responsabilidad, y bajo la lógica de que las consecuencias de las decisiones tomadas eran personales, comenzaron a recaer en los individuos aislados. De manera que, “quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema” (Han, 2014a: 18). Los “fracasados”, podían ser excluidos en la sociedad neoliberal y la culpa sería de ellos mismos por no tomar las decisiones de vida adecuadas.

El mercado de trabajo también se volvió incierto y los empleos de por vida comenzaron a desaparecer (Bauman, 2011b; Sennett, 2013). Se dio paso del pleno empleo a la flexibilización laboral que consistió en generar empleos mal remunerados, sin contrato, sin prestaciones, e impredecibles, además de ser riesgosos y temporales (Beck, 2000; Sennett, 2013; Camarena, 2013). Al mismo tiempo, el discurso basado en la flexibilidad laboral tuvo su apoyo en el valor de la *libertad*. Discursivamente, los jóvenes tuvieron la libertad para construir su propia vida, cambiar de trabajo cuando les conviniera y consumir cualquier producto requerido (Bauman, 2013b). Pero, “se afirma que la flexibilidad da a la gente más libertad para moldear su vida. De hecho, más que abolir las reglas del pasado, el nuevo orden implanta nuevos controles, pero éstos tampoco son fáciles de comprender” (Sennett, 2000: 10). En efecto, derivado de la nueva mentalidad del capital impaciente que propugnó la flexibilidad, y de la crisis de las instituciones disciplinarias (Deleuze, 2006),

los mecanismos de poder y dominación se transformaron. Dos técnicas de dominación “imaginaria” tomaron un lugar protagónico: la *individualización* y la *estigmatización*.

Ser flexible implicó la capacidad de adaptarse a diversas circunstancias y de no mantener una forma estable por mucho tiempo. Dicha concepción va de la mano con la idea de libertad para elegir una nueva forma de acuerdo al presente en cuestión. Pero implícitamente hay algo más, el individuo es responsable de cada una de sus decisiones. Es así como funciona el mecanismo de *individualización* (Beck, 2000; 2012; Bauman, 2007; 2015; Han, 2014a) Derivado del adelgazamiento del Estado y la flexibilización de las empresas propugnadas por el capital impaciente, los jóvenes perdieron el respaldo de ambas instituciones en términos de seguridad social. Ahora ellos se encuentran solos, toda vez que la flexibilidad laboral “significa también que el Estado y la economía traspasan los riesgos a los individuos” (Beck, 2000: 11). La libertad de elegir, conlleva el riesgo de equivocarse y ante el error no hay nadie que ayude a los jóvenes. La soledad se inscribe en el discurso de la flexibilidad. El valor de la libertad se radicalizó a tal grado que ahora existe una gran cantidad de oportunidades, la elección es lo que priva, pero el único responsable de las acciones y sus consecuencias son los individuos, el fracaso se convirtió en algo personal.

Sin embargo, el hecho de que los individuos tengan mayores libertades no significa que las ataduras inscritas por las instituciones disciplinarias hayan desaparecido. Por el contrario, los mecanismos de dominación se complejizaron (Deleuze, 2006), ya no basta con controlar los cuerpos, para el capital impaciente es necesario influir en las mentes, puesto que, “el *psicopoder* es más eficiente que el *biopoder*, por cuanto vigila, controla y mueve a los hombres no desde fuera, sino desde adentro” (Han, 2014b: 109). El paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de rendimiento implica nuevos mecanismos de dominación mentales, la libertad para construir la propia vida se vuelve fundamental para conseguir el control de los jóvenes. El sujeto de rendimiento que comenzó a constituirse, ahora “es dueño y soberano de sí mismo. De esta manera, no está sometido a nadie, mejor dicho, solo a sí mismo” (Han, 2012: 31). En ese sentido, el capital impaciente modifica las técnicas de dominación, pero el “fin” moral de la concepción social del trabajo continúa siendo el mismo: aumentar la producción al menor costo posible. El control mental

comenzó a cumplir su función puesto que, “la propia explotación es más eficaz que la explotación extraña, pues va acompañada del sentimiento de libertad” (Han, 2013: 92). En la sociedad disciplinaria, aquellos que manifestaron actitudes “anormales” o contradijeron el “fin” de la concepción social del trabajo fueron excluidos. Con la reforma de las técnicas de poder, ahora son los mismos jóvenes los que se culpabilizan por su exclusión, creyendo que ésta se genera por “falta de preparación”, o por tomar las decisiones equivocadas en su vida (Guzmán, 2013).

El discurso moral de la concepción social del trabajo, proceso construido desde el siglo XIX, propugnó que el trabajo constituía el medio por el cual se podía alcanzar el *progreso*, la *riqueza* y la *solidaridad*. Y, simultáneamente, permitiría a los jóvenes alcanzar la dignidad e identidad social, debido a la “utilidad” que su trabajo brindaba a la sociedad (Bauman, 2011b). Este discurso fue de la mano con las instituciones disciplinarias encargadas de inscribir dicho saber en los cuerpos individuales y de corregir aquellas conductas opuestas al “fin” del discurso moral (Foucault, 2013; 2014b; 2014d). Por su parte, la racionalización económica y política en manos de la burocracia permitió guiar a las naciones occidentales a una época de oro en la que, bajo la dirigencia estatal, lograron la consolidación de un incalculable número de instituciones sociales. Los individuos aceptaron cumplir el “fin” del discurso moral del trabajo. Esto es, trabajar e influir en el aumento en la producción beneficiando a la colectividad a cambio de prestaciones sociales y protección del Estado (Bauman, 2011a; 2015). En este marco se articuló la trayectoria “normal” de la juventud que “prometió” que al concluir la formación en el ámbito educativo tendría amplias posibilidades de integrarse al mercado laboral y, de esta manera convertirse en adulto y beneficiar por medio del trabajo a la colectividad (Durkheim, 2002). Al mismo tiempo, el discurso moral categorizó negativamente a aquellos jóvenes que no siguieron el trayecto “normal” (Goffman, 2012), identificándolos como una amenaza para el sistema social. Aquellos que no cumplen con las expectativas sociales son excluidos del ámbito laboral y educativo, siendo los únicos responsables de ello. Desde esta perspectiva,

[...] los que carecen de talento se vuelven invisibles, simplemente desaparecen de la vista de instituciones que encubiertamente juzgan la capacidad más que el resultado real [...] Los jóvenes a los que se considera desprovistos de talento no sobresalen como individuos con

características propias, sino que se convierten en cuerpo colectivo, en masa (Sennett, 2013: 109).

En ese sentido, se afirmará que los jóvenes son marginados del empleo por sus propias elecciones y errores, haciéndolos responsables de los problemas estructurales (Bauman, 2009; Beck, 2012). Esta categorización radical, busca acabar con los lazos sociales, culpando únicamente a los individuos de su condición de vida, toda vez que “la clase marginada es la suma de muchas elecciones individuales erróneas: su existencia demuestra la ‘falta de capacidad de elegir’ de las personas que la integran” (Bauman, 2011b:111). De ese modo: “caer en la marginalidad y permanecer en ella es una elección, (como) también lo es el salir de la pobreza” (Bauman, 2011b: 111). Algo similar ocurre con la educación. Debido a la implementación de las políticas neoliberales, deja de ser un derecho garantizado por el Estado, para convertirse en una mercancía. A inicios del siglo XXI, la escuela se transformó en un negocio y los estudiantes en consumidores (Zozaya, 2013). El discurso que pretendía legitimar lo anterior, se fundó en la idea de que la educación pública carecía de “calidad”. Ante un nuevo modelo económico que exigía a los jóvenes una mayor cantidad de destrezas para “sobresalir” y ser “competitivos”, la privatización de la educación se vislumbró como la única respuesta. A la par de la interiorización del nuevo discurso moral de la sociedad de rendimiento en los jóvenes comenzó a aparecer lo que Sennett denomina *el nuevo yo idealizado*, que es “un individuo que está constantemente adquiriendo nuevas habilidades, cambiando su ‘base de conocimiento’” (Sennett, 2013: 43). Lo aprehendido en el pasado deja de importar, el avance tecnológico desmedido implica que los jóvenes no deben dejar de estudiar. Pero a su vez, aumentar el período educativo no garantiza necesariamente conseguir un empleo. La flexibilidad se introduce en la articulación entre educación y mercado laboral, afectando el trayecto “normal” que se había establecido entre ambos.

En síntesis, podríamos afirmar que a inicios del siglo XIX comenzó a constituirse una sociedad capitalista basada en un discurso moral de la concepción social del trabajo, cuya finalidad era aumentar la producción, bajo la base de una sociedad disciplinaria encargada de manipular los cuerpos de los jóvenes, creando de esa manera cuerpos dóciles. Ese discurso sostuvo durante largo tiempo la idea de que el trabajo era el medio para

alcanzar: autonomía, riqueza, solidaridad y dignidad. Durante la primera mitad del siglo XX, se instrumentó el protagonismo del Estado y la burocracia como dirigentes racionales capaces de conseguir la máxima utilidad para el bien de la nación. La idea del empleo se vinculó a la carrera a largo plazo y la gratificación diferida: trabajar en el presente con el propósito de mejorar en el futuro. La educación prometía ascender en la pirámide burocrática y empresarial. La carrera era un compromiso a largo plazo. En este proceso, los jóvenes fueron visibilizados a partir de su formación educativa convirtiéndose en la esperanza de la sociedad, toda vez que con su trabajo alcanzaríamos el progreso. La inscripción de este discurso, fomentado por la concepción social del trabajo, entretendió una amplia gama de relaciones de poder y saber. Los mecanismos de dominación se complejizaron y fueron interiorizados y reproducidos por los jóvenes resultado de las técnicas de la sociedad disciplinaria aplicadas en la escuela, la familia y el trabajo.

En la actualidad, estos procedimientos han entrado en un proceso de crisis. El ascenso del capital impaciente, está dando paso de una sociedad disciplinaria a una de control y de rendimiento –basada en la flexibilización laboral, la globalización, el desarrollo tecnológico y el proceso de individualización–, en la que los valores que integraban la concepción social del trabajo se están transformando. El valor de la razón que guiaba la especialización se radicalizó. El “fin” del discurso moral que consistió en aumentar la producción basada en la solidaridad generada por el egoísmo volvió a individualizarse. La dignidad seguirá depositándose en el trabajo, pero transformada en la capacidad de consumo. A su vez, las técnicas de dominación comenzarán a tomar un nuevo matiz. No basta con controlar a los cuerpos, ahora es necesario también controlar las mentes. Derivado del desarrollo tecnológico y del nuevo “sentimiento radicalizado de libertad”, el modelo panóptico se complejizará. Los jóvenes en lugar de buscar una gratificación diferida por medio de su educación y empleo, buscarán una instantánea ligada a los bienes de consumo. En fin, los sujetos “obedientes” creados en la sociedad disciplinaria, se convertirán en sujetos de “rendimiento”. Deberán prepararse permanentemente para enfrentar cualquier reto y cualquier función que las empresas flexibles requieran y, en caso de no cumplir con los estándares solicitados serán relevados por un sinnúmero de personas que se encuentran en las mismas condiciones. Ante el paso de una sociedad disciplinaria a una de control, y la radicalización de los valores del discurso moral

de la concepción social del trabajo, es preciso analizar cómo se manifiestan los mecanismos de exclusión sustentados en la individualización y la estigmatización y de qué manera afectan el presente de los jóvenes, lo que constituye el propósito del siguiente capítulo.

## Capítulo II

### LA SOCIEDAD DE CONTROL: DE LA MANIPULACIÓN DE LOS CUERPOS A LA ESTIGMATIZACIÓN DE LOS JÓVENES

---

La implementación del modelo *neoliberal*, la *globalización*, el ascenso al poder del capital *impaciente* y el *avance tecnológico* han derivado en la *articulación* de nuevos mecanismos de poder y dominación que necesita la sociedad de *control* para su funcionamiento. Los cuerpos dóciles generados en la época disciplinaria gracias a la educación, la familia y el trabajo, ya no pueden cumplir con las exigencias que el capital impaciente comenzó a demandar. Por lo tanto, tuvieron que adaptarse para corresponderse con el fin moral de la concepción social del trabajo que comenzó a radicalizarse. De esa manera, producto de la crisis de las instituciones disciplinarias y el advenimiento de una sociedad de *control*, el proceso de *individualización* entendido como un *dispositivo* ha jugado un papel preponderante en el control de la mente de los jóvenes. Derivado de ello, se busca responsabilizar de problemas estructurales a los jóvenes y, sorprendentemente, ellos aceptan esa responsabilidad dando inicio a un proceso de *auto-estigmatización* que legitima a la nueva realidad de las sociedades de control. Comprender cómo se dio la articulación de los dispositivos disciplinares con los de control y de qué manera se manifiestan en el presente implica indagar los procesos que han hecho mutar al discurso moral de la concepción social del trabajo y la repercusión que ello ha tenido en los jóvenes.

Con este propósito, en el presente capítulo se analizará la *metamorfosis* de la sociedad disciplinaria a una de control, mutación que da cuenta de los modos en que los dispositivos disciplinares comenzaron a articularse con nuevas formas de control emanadas del capitalismo del siglo XXI. Siguiendo la metodología del primer capítulo, se rastrearán las alteraciones que han tenido las categorías analíticas y su repercusión en el presente, puesto que la interacción entre ambas se modifica con el devenir del tiempo. Partiendo de la idea de que pensar en términos de categorías “universales” e inalterables, constituye un límite para comprender el contexto actual, atravesado por la contingencia de los cambios enmarcados en las dinámicas del capitalismo actual, donde los conceptos “universales” ya no pueden comprender y mucho menos explicar el funcionamiento de nuestra realidad social (Beck, 2002; Sassen, 2015), se postula explorar los nuevos

dispositivos de control dirigidos a estigmatizar a los jóvenes desde la apertura de un pensamiento crítico y sistemático, sin abandonar el rigor disciplinario. En palabras de Beck: “pensamos, vivimos y actuamos con las categorías de la primera modernidad, pero en las zonas grises y turbulentas de la segunda modernidad” (Beck, 2002: 27). Basado en lo anterior, un conjunto de cuestionamientos se aperturan para continuar la reflexión, ¿es posible estudiar los dispositivos de control de la concepción social del trabajo bajo el marco del Estado enmarcado por el auge de una nueva realidad signada por la globalización? ¿Las instituciones sociales como la familia, la escuela y el trabajo constituyen una concepción “universal” desde la que es posible discutir el tránsito de las sociedades disciplinarias a las de control? La respuesta pareciera decirnos que no, puesto que dichas categorías comenzaron a fragmentarse, a la vez que múltiples formas de resistencia se manifiestan contra ellas (Sassen, 2015). Al respecto Ulrich Beck afirma que,

Uno de los mayores problemas de la estadística laboral y la estadística económica es su dependencia del Estado-nación, el estar territorializadas y el que los que tratan de aclararse sobre cómo se casan economía y trabajo siguen viviendo la realidad con las viejas categorías, mientras que ahora tenemos que vérnoslas con unas mutaciones que afectan a estos marcos categoriales en su esencia (Beck, 2002: 173).

El capitalismo del siglo XXI es distinto de la experiencia anterior, y a pesar de ello, continuamos utilizando los conceptos generados en el siglo XX para explicar al contexto actual (Beck, 2002; Deleuze, 2006; Sassen, 2015). Eso genera que tales concepciones impidan describir las realidades sociales del presente. De allí, que las categorías pasadas se convirtieran en conceptos *zombies* que ya no se corresponden con la realidad, puesto que “son categorías vivas-muertas que rondan por nuestras cabezas y pueblan nuestra visión de realidades que no dejan de desaparecer” (Beck, 2002: 14). Las concepciones “universales” se convirtieron en cascarones vacíos que en lugar de permitir un mejor entendimiento de la realidad, lo dificultan. Por ello, en el presente capítulo se ensayará un análisis de la categoría de la concepción social del trabajo que permita analizar su *sentido*, mas no su *significado*, de modo que sea comprensible en qué radican los cambios o mutaciones de las sociedades disciplinarias a las de control. Para explicar lo anterior, será preciso analizar la transformación de los *valores* de la concepción social del trabajo, expresada en la modificación que categorías como la *razón*, el *egoísmo*, la *dignidad* y la *libertad* tuvieron

como consecuencia de la mutación de condiciones instrumentadas en el tránsito de las sociedades disciplinarias a las de control.

En las sociedades de control, la *razón* está vinculada al proceso de *especialización* que la sociedad de rendimiento necesita para conseguir el aumento de la producción en un período corto. Ante ello, los jóvenes en una sociedad marcada por la idea de “hazlo tú mismo”, consideran a la educación como una mercancía mediante la que pueden “adquirir nuevas habilidades”, y de este modo acceder a la *autonomía* que el proceso educativo permitía en la época de oro del capitalismo (Bauman, 2013). Esto se debe a que en las sociedades de control se ha radicalizado la idea de que los individuos son una mercancía cuya única función es crear riqueza (Marx, 2012b). Ahora, la preparación de los trabajadores depende únicamente de su esfuerzo puesto que: “en la sociedad de consumidores nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en producto, y nadie puede preservar su carácter de sujeto si no se ocupa de resucitar, revivir y realimentar a perpetuidad en sí mismo las cualidades y habilidades que se exigen en todo producto de consumo” (Bauman, 2013: 25-26). Sin embargo, ante el arribo de una sociedad marcada por la incertidumbre y la flexibilidad, lo aprendido y hecho en el pasado puede dejar de ser útil en el presente (Beck, 2000, 2002). Es por ello que los jóvenes deben aprender continuamente nuevas cosas para combatir el día a día.

La permanente y continua revolución tecnológica hace que el conocimiento adquirido y los hábitos aprendidos dejen de ser una ventaja para transformarse en un hándicap y acorta bruscamente la vida de las capacidades útiles, que muchas veces pierden su utilidad y su ‘poder habilitado’ en menos tiempo del que se tarda en adquirirlas y certificarlas con un diploma universitario. En tales circunstancias, la formación profesional *ad hoc* y a corto plazo administrada por los empleadores y orientada directamente a los empleos en perspectiva o los cursos flexibles y los equipos de aprendizaje autodidacta ofrecidos a través del mercado por los medios extrauniversitarios resultan más atractivos que una educación universitaria con todas las de la ley que ya no es capaz de prometer, mucho menos de garantizar, una carrera para toda la vida (Bauman, 2007: 151).

Las habilidades obtenidas en el pasado dejan de ser de utilidad puesto que todo evoluciona rápidamente. Cada día surgen nuevos desafíos y las habilidades aprendidas en el pasado no garantizan su correcta resolución. Los jóvenes deben prepararse ininterrumpidamente y a

corto plazo, por ello, la educación a largo plazo pierde validez. De esa manera, la educación continua se ha transformado en un medio de control individual, los jóvenes no pueden dejar de prepararse, de consumir el producto educativo puesto que corren el riesgo de perder su valía como mercancía, ya que, “como persona, debes producir tu propio modelo educativo, debes realizarte en el mercado laboral” (Beck, 2002: 66), siendo así que se traspassa la responsabilidad de las decisiones tomadas a los individuos, es su culpa si no logran satisfacer las necesidades de las sociedades de control y ya no cuentan con el apoyo de ninguna institución colectiva, todo es individual. En este sentido, Bauman menciona que “El tipo de vida que uno desea vivir, cómo decide vivirla y qué elecciones hace para lograrlo dependen de uno, y es uno el único culpable si todo eso no conduce a la tan añorada felicidad. Sugiere que la alegría de la emancipación está íntimamente entrelazada con el horror de la derrota” (Bauman, 2013: 121).

Una consecuencia de lo anterior es que en una sociedad marcada por la incertidumbre, la gratificación diferida se convirtió en instantánea. En la época de oro del capitalismo, la concepción social del trabajo mantuvo el principio de la gratificación diferida basada en la idea de que los jóvenes al realizar el tránsito “normal” y superar las etapas correspondientes de manera correcta, recibirían recompensas en el futuro. El paso que seguía a la educación era conseguir un empleo que permitía acceder a la autonomía. Por ello, la gente se enclaustraba en instituciones fijas y cerradas. Así, los empleos comenzaron a pensarse en términos de carrera, es decir, en trayectos largos y definidos (Sennett, 2000). Sin embargo, en una sociedad marcada por la incertidumbre, donde el pensamiento a largo plazo ha sido sustituido por la instantaneidad, nada garantiza una satisfacción a futuro. Es por ello que,

El aplazamiento de la satisfacción ha perdido su atractivo: es muy incierto, después de todo, si el trabajo y el esfuerzo invertidos hoy supondrán una ventaja durante el tiempo que se tarde en conseguir la recompensa; no hay ninguna seguridad, además de que los premios que hoy parecen atractivos sigan siendo deseables cuando por fin lleguen tras mucho tiempo (Bauman, 2007: 180).

Al igual, el valor del *egoísmo* sufrió una nueva transformación. Como se observó en la genealogía, en la época de oro del capitalismo, el fin moral de la concepción social del trabajo, sustentada en el aumento de la producción, dejó de ser guiada por el *egoísmo*,

volviéndose en algo colectivo (Durkheim, 2002). La producción dependía de todos por igual. Sin embargo, en las sociedades de control, sucede lo contrario. Ahora cada joven debe valer por sí mismo, la idea de colectividad comenzó a perderse, la producción se volvió individual (Bauman, 2007; Beck, 2000, 2002; Han, 2014a, 2014b). Al mismo tiempo, derivado del proceso de *individualización*, la responsabilidad del fin moral de la concepción social del trabajo pasó a ser consecuencia de los individuos en solitario, derivando en un proceso de *auto-estigmatización*, en el cual los jóvenes que no han podido responder a las exigencias de la sociedad de rendimiento se ven a sí mismos como un “fracaso”. Bajo esta nueva lógica si los jóvenes,

Se ponen enfermos es porque no fueron lo suficientemente decididos e ingeniosos como para seguir el régimen sano. Si siguen estando desempleados es porque no aprendieron la técnica para salir con bien de una entrevista o porque no se esforzaron lo suficiente en buscar empleo o porque pura y simplemente tienen poca inclinación al trabajo. Si no están seguros de sus perspectivas laborales y les angustia el futuro, es porque no son los bastante hábiles para hacer amigos e influir en la gente y no han aprendido como debieran las artes de autoexpresarse e impresionar a los demás (Bauman, 2007: 60).

Al mismo tiempo, el valor de la *dignidad* se alteró, se modificó en relación con el trabajo de la época dorada del capitalismo –como se expuso en el primer capítulo–, cuya experiencia producía un sentimiento de *dignidad* en los jóvenes. Ellos eran “útiles” para la sociedad en cuanto respondían al aumento de la producción que en teoría traía beneficios para toda la sociedad. En las sociedades disciplinarias los jóvenes valían por la utilidad que tenía tu profesión, y eran reconocidos por ello. En las sociedades de control, los individuos deben construirse a sí mismos, es decir, buscar su propia dignidad (Bauman, 2015c: 33). Esto se debe a que ante el aumento del poder por parte del capital impaciente, que dejó de ver al trabajo como medio de producción de riqueza, generando la falta de empleo, la dignidad comenzó a perder su sentido. En la sociedad del rendimiento, es digno aquel que puede acceder a los bienes de consumo que se generan día con día. Ya no importa tanto la utilidad social, sino el placer que se puede generar a partir de un trabajo que debido a la incertidumbre puede acabar en cualquier momento. Una consecuencia de la pérdida de dignidad es la *anulación de los cuerpos*, puesto que al no sentirse “útiles” socialmente como mercancía, los individuos pierden su calidad de sujeto, se convierten en “nada”, en un

“fracaso” que puede ser desechado (Bauman, 2015b), siendo así que la anulación del cuerpo, se convierte en la anulación del yo.

Por último, el valor de la *libertad* también se radicalizó. Las sociedades disciplinarias basadas en la vigilancia, buscaban corregir las acciones “anormales” que perjudicaban al aumento de la producción (Foucault, 2013; 2014b; 2014d). De esa manera, la disciplina dictaba lo que era “normal”, lo que debía hacerse y lo que no (Durkheim, 2011; Foucault, 2013). Castigaba a aquellos que se desviaban del fin moral de la concepción social del trabajo. La libertad en ese sentido era restringida. El modelo panóptico se encargaba de imponer esta disciplina y vigilar que los individuos la interiorizaran de la mejor manera posible (Deleuze, 2006). Sin embargo, en las sociedades de control, dicha visión se transformó. El control se articula mediante otros medios. Eso no significa que los dispositivos de la sociedad disciplinar hayan desaparecido. Por el contrario, se han sedimentado y acoplado con los mecanismos de control. Es así que, el sujeto sigue disciplinado, pero suponiendo que superó esa fase. Ahora, “el mandato y la prohibición de la sociedad disciplinaria ceden ante la responsabilidad propia y las iniciativas” (Han, 2012: 29). Actualmente se hace creer a los jóvenes que son libres de hacer lo que quieran, ya sea por medios tecnológicos, económicos o políticos. Puesto que, “la presente crisis de libertad consiste en que estamos ante una técnica de poder que no niega o somete la libertad, sino que la explota” (Han, 2014a: 29). Por ello, se hace creer a los jóvenes que tienen la libertad de elegir cómo quieren ser y a qué aspiran. De esa manera, en la sociedad de rendimiento todos los jóvenes son “empresarios” de sí mismos, deviniendo en seres explotados por sí mismos. Ante la radicalización de la libertad, las consecuencias de las decisiones recaen únicamente en ellos.

El avance tecnológico ha fortalecido esta visión de la libertad. Por un lado, se ofrece tecnología capaz de “emancipar” a cualquier individuo, de conectarlo en cualquier parte del mundo, se le ofrece un acceso a la información que antes parecía impensable. En contra parte, esta misma tecnología se impone como un medio de control, al cual, los individuos se someten por iniciativa propia, puesto que, “los habitantes del panóptico digital no son prisioneros. Ellos viven en la ilusión de la libertad. Alimentan el panóptico digital con informaciones, en cuanto se exponen e iluminan voluntariamente” (Han, 2014b:100). Para

Bauman, el panóptico digital ha dado paso a la cristalización de una sociedad confesional en la cual todos se “desnudan” para obtener gratificación y reconocimiento (Bauman, 2007). De esa manera, los problemas personales son expuestos en redes sociales a toda hora, pero la resolución a ellos sigue siendo individual. La soledad trasmite a la sociedad confesional (Bauman, 2007, 2009, 2011a; Bauman y Lyon, 2013). Así, redes como *Facebook*, *twitter*, *snapchat* o *foursquare* son saturadas de información como lo que se está comiendo, el lugar que se está visitando, aquello que hace a las personas felices o tristes. En fin, cualquier idea que llegue a la mente de los individuos puede ser vista, guardada e incluso comercializada. Es así que los jóvenes en las sociedades de control al sentirse libres, pueden compartir absolutamente lo que quieran, pero al mismo tiempo, e incluso sin percatarse están aceptando su propio control por medio del panóptico digital, así, “al igual que los caracoles transportan sus casas, también los empleados del nuevo mundo moderno líquido deben crear y cargar con sus propios panópticos individuales” (Bauman y Lyon, 2013: 68).

Hasta aquí se ha descrito brevemente la manera en que la transformación de los valores del discurso moral de la concepción social del trabajo ha repercutido en ciertas categorías analíticas guiadas por el paso y la articulación que se está dando entre las sociedades disciplinarias y las sociedades de control. A continuación se analizará cómo se vinculan estas prácticas con los cambios contextuales que se están llevando a cabo en las sociedades de control. Con este objetivo, el primer apartado describirá las características del capitalismo del siglo XXI, enmarcado por el proceso de *globalización*, *el neoliberalismo*, y el ascenso del *capital impaciente*. Esto permitirá comprender cómo se instrumenta la articulación de los dispositivos en las sociedades de control. En el segundo apartado, se abordará el mecanismo de *individualización* entendido como un dispositivo que busca transferir la responsabilidad de problemas estructurales a los mismos jóvenes, a la vez, que busca legitimar la manera de actuar del capital impaciente. Y, en el último apartado, se describirá la manera en que el proceso de individualización ha devenido en un mecanismo de *auto-estigmatización* por medio del que los propios jóvenes se culpan a sí mismos de los reveses de su vida, generando prácticas de exclusión entre ellos mismos. El análisis de estas tres dimensiones, permitirá revelar los la mutación de los mecanismos de la concepción social del trabajo en la época contemporánea, manifestando cómo la

alteración de los valores que la integran ha devenido en la articulación de prácticas de control antiguas y modernas que se manifiestan en las prácticas de exclusión dirigidas a los jóvenes en el contexto presente.

**Atisbos de la sociedad de control:  
De la disciplina a las nuevas formas de control juvenil  
en el capitalismo del siglo XXI**

La disciplina fue la herramienta utilizada por el capitalismo del siglo XX para conseguir la interiorización y la aplicación del fin moral de la concepción social del trabajo como se observó en la genealogía desarrollada en el capítulo I (Foucault, 2013, Durkheim, 2011). Sin embargo, el capitalismo ha mutado al igual que la concepción social del trabajo. Resultado de esta experiencia, las instituciones disciplinarias hoy atraviesan una crisis de los dispositivos engendrados por ellas, éstos dejaron de ser suficientes para garantizar el control de los individuos y responder al fin moral de la concepción social del trabajo (Deleuze, 2006; Han, 2014a, 2014b). Derivado de la llegada del *capital impaciente* al poder y la consumación tanto del modelo *neoliberal*, como del proceso de *globalización*, los medios disciplinarios han tenido que adaptarse para garantizar el funcionamiento de la sociedad de control. Ante la crisis de las instituciones disciplinarias, el capital impaciente debió crear nuevos mecanismos de control vinculados a la concepción social del trabajo.

Las sociedades disciplinarias tenían ciertas características que se aplicaban a sus instituciones. Primero, tenían un tiempo y un espacio delimitado y se basaban en el encierro de los individuos. Éstos debían superar etapas, por ejemplo: los jóvenes debían asistir primero a la escuela por un período de tiempo, al concluir ese proceso pasaban a otra institución con un espacio y tiempo propios. De esa manera, cada etapa se convertía en un nuevo inicio, con reglas propias que seguir, “el individuo pasa sucesivamente de un círculo cerrado a otro, cada uno con sus propias leyes: primero la familia, después la escuela, después el cuartel, a continuación la fábrica, cada cierto tiempo el hospital, y a veces la cárcel, el centro de encierro por excelencia” (Deleuze, 2006: 1). Segundo, el objetivo de las sociedades disciplinarias consistía en conseguir la mejora de la producción, para ello, había un proceso dual de individualización y socialización. En las instituciones disciplinarias se

individualizaba a los jóvenes con el propósito de identificarlos, vigilarlos, premiarlos o castigarlos de acuerdo a su función en el aumento de la producción (Deleuze, 2006; Foucault, 2013), ya que había que, “concentrar, repartir en el espacio, ordenar en el tiempo, componer en el tiempo-espacio una fuerza productiva cuyo efecto debe superar la suma de las fuerzas componentes” (Deleuze, 2006: 1). Al mismo tiempo, la concepción social del trabajo mantuvo el aumento de la producción como una cuestión colectiva, bajo esta concepción los individuos debían unirse solidariamente (Durkheim, 2002). Así, las personas se convirtieron en una masa trabajadora al servicio del capital (Deleuze, 2006). Por último, las instituciones disciplinarias funcionaban como “moldes”, cuyo objetivo era conseguir la normalización de la concepción social del trabajo. De este modo, aquellos individuos que no siguieran al discurso moral eran castigados con miras a corregir las “anormalidades” que impedían el aumento de la producción (Foucault, 2013, 2014d).

Lo anterior, permitió la consolidación de la tríada entre el capital, Estado y trabajo que cristalizó en la época dorada del capitalismo (Bauman, 2007, 2011b; Beck, 2000, 2002, 2008). Debido a que el capital intentaba imponer el principio moral de la concepción social del trabajo, es decir, el aumento de la producción, se vio en la necesidad de apoyarse en el Estado para mantener la legitimidad frente a sus trabajadores. Así, “el Estado debía velar por el capital para que estuviese en condiciones de comprar trabajo y de afrontar sus costos. Los desempleados eran un verdadero ‘ejército de reserva de trabajo’, y debían estar preparados en las buenas y en las malas en caso de ser convocados al servicio activo” (Bauman, 2015a: 155). De esta forma, el Estado obtuvo un papel protagónico en términos de prestaciones sociales y como figura estratégica para evitar el conflicto entre los trabajadores y el capital. Su objetivo fue eludir el desempleo y estimular el consumo de los trabajadores por medio de una serie de prestaciones sociales como: seguros de desempleo, préstamos, educación y salud pública, entre otros. El Estado *keynesiano*, buscaba integrar a las personas como mano de obra productiva al sistema, sin embargo, ante la llegada del capital impaciente al poder, la mutación del capitalismo y el tránsito de la disciplina al control, las cosas cambiaron. Para Sassen, “el paso del keynesianismo a la era global, de privatizaciones, desregulación y fronteras abiertas para algunos, implicaba un pasaje de una dinámica que atraía gente hacia el interior a otra dinámica que empuja gente hacia afuera” (Sassen, 2015: 237).

En el capitalismo del siglo XIX, el poder económico se encontraba en manos del capital productivo. En la actualidad, se encuentra en control del *capital impaciente* (Sennet, 2013; Sassen, 2015). Esto se debe al cambio en la mentalidad con respecto al tiempo que existía en la época de oro del capitalismo. Antes, la burguesía pensaba que la obtención de riqueza llevaba un tiempo, se pensaba a futuro. En la actualidad, gracias al avance tecnológico el tiempo se ha acelerado. La burguesía comprendió que las finanzas eran un medio más rápido que la producción para obtener riqueza (Sassen, 2015). Es por ello que los accionistas tomaron un papel fundamental en el nuevo modelo económico (Sennett, 2013). El capital impaciente, busca beneficios a corto plazo ya que las acciones en un mercado “abierto” y desregulado mostraron reeditar más rápidamente (Sennett, 2013: 39). Las grandes empresas para poder rediseñarse promovieron las políticas neoliberales encaminadas a destruir la tríada existente entre capital, Estado y trabajo. Además, el capital impaciente observó que aquellos derechos que se daban por sentado en la época de oro del capitalismo, podían convertirse en negocios sumamente redituables (Sassen, 2015).<sup>7</sup>

Una de las características del modelo neoliberal es el cambio de pensar con respecto al trabajo, puesto que el empleo ya no es indispensable para conseguir el aumento de la producción, toda vez que “las corporaciones ya no necesitan más trabajadores para aumentar sus ganancias, y, si llegan a necesitarlos, los encuentran fácilmente en otras partes y en mejores condiciones que en su país” (Bauman, 2011b: 100). En consecuencia, el Estado dejó de ser necesario y, por el contrario, se promueve la reducción de sus gastos minimizando los programas dirigidos a mitigar el desempleo, la salud y la educación. El modelo neoliberal, cada vez excluye y segrega más a un gran número de jóvenes que dejan de convertirse en un ejército de reserva para convertirse en “desperdicios” para el capital impaciente (Bauman, 2015b; Sassen, 2015).

La consumación del modelo *neoliberal* trajo consigo una serie de reformas que devinieron en la transformación de las relaciones entre el Estado, el capital y el trabajo (Bauman, 2007; 2011a; 2011b; Beck, 2000; 2002). Entre las más importantes se encuentran, “el levantamiento de las barreras a la exportación y la importación en nombre de la ‘libertad de comercio’” (Sassen, 2015: 99) impuestas por la Organización Mundial del

---

<sup>7</sup> Un ejemplo de esto es la privatización de las cárceles en Estados Unidos.

Comercio (OMC). La obligación de aplicar políticas económicas restrictivas a cambio de préstamos otorgados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) implicó,

El control de la inflación aunque significara sacrificar el crecimiento económico y el empleo, la reducción del aparente derroche gubernamental casi a cualquier precio, el pago de la deuda aunque significara recortar los beneficios sociales, el cuidado de la salud y el desarrollo de la infraestructura, y la privatización de todas las funciones de servicio básicas, desde las telecomunicaciones hasta la banca (Sassen, 2015: 99).

Las políticas neoliberales en términos de flexibilidad laboral se convirtieron en los medios de control ya que, “parte de la llamada ‘reforma laboral’ consiste en hacer más ‘flexible’ el trabajo, en facilitar la contratación y el despido de la gente. También esto es un modo de asegurar la maximización del beneficio y el control” (Chomsky, 2013: 129). Antes, la fábrica personificaba los ideales de la sociedad disciplinaria puesto que, funcionaba como un “molde” que era estable en el tiempo y el espacio, en ella los trabajadores tenían salarios y jornadas fijas, mientras que eran individualizados para sacar su mejor ventaja, a la vez que unificados como un cuerpo unido para aumentar la producción. Sin embargo, en las sociedades de control, la fábrica es sustituida por la empresa. Ésta ya no es un “molde”, por el contrario se constituye en una “modulación, como una suerte de molde autodeformante que cambia constantemente y a cada instante” (Deleuze, 2006: 2). Ello implica que no hay límites establecidos, que es incierta en el tiempo y en el espacio, a su vez que los salarios ahora se basan en estímulos que dependen de los méritos obtenidos por el trabajador, además de que el sujeto es ahora sometido a una individualización que deviene en una competencia radical.

La fábrica era el tipo ideal de modelo panóptico. Ahí los sujetos que estaban encerrados, eran vigilados, explotados y castigados para conseguir una mayor producción. La fábrica en ese sentido iba en contra de la libertad. Por el contrario, en las sociedades de control ese discurso se fragmentó. La libertad se transformó en la principal herramienta de control del capital impaciente, los sujetos ya no se encuentran dominados, sino que son “emprendedores de sí mismos” (Han, 2014a). Deleuze advierte,

La fábrica hacía de los individuos un cuerpo, con la doble ventaja de que, de este modo, el patrono podía vigilar cada uno de los elementos que formaban la masa y los sindicatos podían movilizar a toda una masa de resistentes. La empresa, en cambio, instituye entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contraponen unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos, dividiéndole interiormente. El principio modulador de que los salarios deben corresponderse con los méritos tiende incluso a la enseñanza pública: de hecho, igual que la empresa toma el relevo de la fábrica, la formación permanente tiende a sustituir al examen. Lo que es el medio más seguro para poner la escuela en manos de la empresa. En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar (terminada la escuela, empieza el cuartel, después de éste viene la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa, la formación o el servicio son los estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una especie de deformador universal (Deleuze, 2006: 2).

De esa manera, se logra instaurar la “*precariedad*” como un instrumento de control, basada en el miedo de los jóvenes a ser pobres. Con dicha medida, se consiguen dos propósitos. Primero, se aumenta la competencia entre ellos por los empleos. Gracias a ello, el capital impaciente puede reducir los sueldos y pedir a los jóvenes que hagan el trabajo que antes pertenecía a un conjunto más amplio de personas, puesto que “hay una oferta excesiva de jóvenes trabajadores cualificados” (Sennet, 2000: 92). Segundo, se crea una actitud de docilidad ante las condiciones de la “flexibilidad laboral” puesto que,

Manteniendo a la gente pendiente de un hilo que puede cortarse en cualquier momento, de manera que mejor que estén con la boca cerrada, acepten salarios ínfimos y hagan su trabajo; y si por ventura se les permite servir bajo tan miserables condiciones durante un año más, que se den con un canto en los dientes y no pidan más. Esa es la manera como se consiguen sociedades eficientes y sanas desde el punto de vista de las empresas (Chomsky, 2013: 122).

Debido al miedo a la pobreza emanada de la falta de empleos y el recorte salarial, los jóvenes asumen una actitud pasiva que beneficia en gran medida al capital impaciente. De allí, que las luchas por aumentos salariales, las huelgas o el reclamo por derechos sociales ha ido en detrimento con el pasar de los años. Para Bauman, “el ver a los pobres mantiene a

los no pobres a raya y a distancia. Por ello perpetúa su vida de incertidumbre. Les apremia a tolerar o soportar con resignación la imparable ‘flexibilización’ del mundo y la creciente precariedad de su condición. El verlos encarcela su imaginación y pone grilletes en sus brazos” (Bauman, 2007: 136). Los jóvenes aceptan su situación de precariedad laboral, por el miedo a ser pobres. Al observar a un sector de la sociedad excluido como “desperdicio” (Bauman, 2015b), se puede considerar que es mejor trabajar y ganar poco que no ganar nada. En palabras de Noam Chomsky,

Se habla de gente trabajadora que tiene que sufrir, y tiene que sufrir por inseguridad, por no saber de dónde sacarán el pan mañana: así se les disciplina y se les hace obedientes para que no cuestionen nada ni exijan sus derechos. Esa es la forma de operar de los sistemas tiránicos. Y el mundo de los negocios es un sistema tiránico. Cuando se impone a las universidades, te das cuenta de que refleja las mismas ideas. No debería ser un secreto (Chomsky, 2013: 130).

Bajo el principio de que el individuo es libre para hacerse a sí mismo, se genera en los jóvenes la idea de que el resultado de sus decisiones es únicamente responsabilidad suya. Así funciona el mecanismo de la *individualización* cuya “funcionalidad estriba en el hecho de que todos los problemas institucionales, y no solo en cuanto a la organización de los procesos laborales, sino también a la seguridad social, al Estado de bienestar o a la problemática medioambiental, se pueden descargar ahora sobre este nuevo aprendiz de brujo que es el empresario de sí mismo” (Beck, 2002: 70). Irónicamente, mientras el discurso moral de la concepción social del trabajo plantea que los individuos tienen la libertad absoluta para crearse, para hacer y ser cómo ellos decidan, para estudiar o trabajar en lo que quieran, para crear cualquier empresa que se les ocurra, en fin, para ser un “emprendedor” sumamente exitoso, los riesgos y problemas estructurales son transferidos a ellos mismos, convirtiéndose en un peso con el que cargan los jóvenes en las sociedades de control. Esto se debe a que toda la responsabilidad de las acciones que ellos hagan, recae en su propia individualidad. Si su empresa falla, si se enferman, si no ganan lo suficiente, si no hay empleos, si hay desigualdad, todo es culpa de los jóvenes, no del modelo económico, político o social.

A su vez, cuando los jóvenes acatan ese discurso y comienzan a culparse a ellos mismos por lo sucedido, dan paso a un mecanismo de *auto-estigmatización*. De esa manera, normalizan la idea que las personas “pobres” lo son por sus propias decisiones de vida. Entonces surgen discursos que plantean que, si su negocio no fue exitoso fue porque de seguro no invirtió bien, si no encuentra trabajo fue porque no estudió la carrera adecuada, o por no tener los lazos sociales adecuados. Pensando de esa manera, las personas excluidas de la sociedad, serían producto de la suma de muchas elecciones individuales que resultaron erróneas, su existencia sería la prueba inequívoca de que la ‘falta de capacidad de elegir’ de las personas repercute en la forma en que viven su vida, “puesto que es cada hombre y mujer por su propia cuenta de quienes se espera que utilicen su propia inteligencia, recursos e ingenio para elevarse a una situación más satisfactoria y dejen tras de sí cualquier aspecto de su situación actual que pueda molestarles” (Bauman, 2007: 130). Así, caer en la pobreza, ser excluido y no tener acceso a empleos, salud y trabajo, resulta ser una elección individual que puede ser resuelta por los mismos jóvenes.

Una consecuencia de los mecanismos de *individualización* y *auto-estigmatización*, unidos al miedo a la *precarización* es la falta de solidaridad que surge entre los jóvenes, e incluso entre todos los miembros de la sociedad. Si el discurso moral de la concepción social del trabajo plantea, que los individuos se encuentran solos y que no cuentan con el apoyo de nadie más que el de ellos mismos para salir adelante, si se estimula la competencia brutal por la supervivencia para poder reducir salarios y reducir prestaciones, es natural, que los jóvenes solo se preocupen por ellos mismos. En esos términos, un principio de las políticas neoliberales sería el hecho de que no existe la sociedad como tal, puesto que, “tanto la redención como la condenación son responsabilidad de cada uno, resultado de lo que cada uno, como agente libre, hace de su propia vida” (Bauman, 2015a: 70). El capital impaciente ha logrado la normalización de un discurso que plantea que lo social no tiene beneficios importantes para los individuos. Ellos son lo único que importa, y por ello, deben velar por el bien individual, antes que el colectivo. La soledad se vuelve intrínseca a los “emprendedores” de la sociedad de rendimiento.

Producto de la instrumentación de las políticas neoliberales y de la aplicación de los dispositivos de control antes mencionados, las instituciones disciplinarias como la escuela,

la familia y el trabajo se han visto afectadas, dando paso a la adaptación del modelo panóptico digital. Esto se debe a que la sociedad de rendimiento se fundamenta en el valor de la libertad radicalizada de la concepción social del trabajo. Gracias a la idea de que los individuos son libres de hacer lo que gusten consigo mismos, a la gran oferta de productos y servicios de masas y al avance tecnológico, los individuos creen en realidad que son libres de esta manera, “mientras que los moradores del panóptico de Bentham son conscientes de la presencia constante del vigilante, los que habitan en el panóptico digital se creen que están en libertad” (Han, 2013: 89). Es por ello que la figura del vigilante, al igual que los mecanismos de control existentes se han vuelto difusos. Ya no es el miedo a ser castigado lo que estimula a los individuos a buscar su mejora personal y colectiva. Ahora se trata del miedo de ser excluido o tachado como un “fracaso” y abandonado por el resto de la sociedad lo que incide en las actitudes de los jóvenes.

Al igual que el trabajo, la institución educativa también se ha visto afectada por las políticas neoliberales. En las sociedades de control, la educación ha dejado de ser un derecho y se ha convertido en una mercancía (Camarena, 2013). Ya Deleuze se había percatado de que los instrumentos de control ya no involucraban el encierro de los individuos, ahora se basan en el endeudamiento de los individuos (Deleuze, 2006). Es por ello que en gran parte del mundo, se ha buscado aplicar reformas educativas cuyo único objetivo es privatizar lo que antes era considerado un derecho social.<sup>8</sup> En una sociedad en la que los jóvenes tienen la “libertad” para elegir qué estudiar, cómo prepararse y en qué institución hacerlo, se convierten en los únicos responsables de las consecuencias de sus actos. El visualizar a la educación como una mercancía, permite que los jóvenes tengan que realizar una elección, como si de ir al mercado se tratara. Pero dicha elección no es gratis, de hecho la matrícula escolar puede ser muy elevada (Chomsky, 2013). Es por ello que para Chomsky, las deudas educativas se han convertido en un medio de control, en sus palabras,

Bien, ¿cómo adoctrinar a los jóvenes? Hay más de una forma. Una forma es cargarlos con deudas desesperadamente pesadas para sufragar sus estudios. La deuda es una trampa,

---

<sup>8</sup> Basta con analizar las reformas educativas implementadas en Chile (2011) y México (2013), cuyo objetivo es privatizar algunos aspectos de la educación que antes era catalogada como pública. En ambos países ha surgido un fuerte conflicto social dirigido a revertir dichas reformas. Vale destacar el papel de los jóvenes para contener estas reformas.

especialmente la deuda estudiantil, que es enorme, mucho más grande que el volumen de deuda acumulada en las tarjetas de crédito (Chomsky, 2013: 125).

Pero si algún joven llega a endeudarse por pagar su educación, la culpa se convierte en suya y de nadie más. Ya sea por no haber estudiado una carrera que le permitiera trabajar para pagar dicho préstamo, ya sea por no haber ingresado a una institución más barata, la culpa siempre será de él. Es así que se impone una técnica de control sobre los individuos, aquellos jóvenes que se endeudan para estudiar, llevan la carga de tener que conseguir un trabajo que les permita pagar en el futuro dicho préstamo, de no ser así, habrán fracasado. Lo anterior resulta paradójico, puesto que a los jóvenes se les imponen nuevas responsabilidades en términos de educación y trabajo, cuando en realidad ellos,

Se enfrentan a un mercado laboral que no solo no genera nuevos puestos de trabajo, sino que cierra muchos de los ya existentes, intensificando la competencia entre el creciente volumen de jóvenes que poseen la escolaridad y características exigidas para obtener algunos de los escasos empleos disponibles, lo que lleva a buscar trabajos en el sector informal de la economía o a caer en el desempleo (Camarena, 2013: 26).

Al mismo tiempo que se implementan políticas neoliberales, el proceso de globalización permite la desconexión entre capital, Estado y trabajo (Bauman 2007: 36, Beck 2000). La *globalización*, asumida como un proceso por medio del cual, gracias al avance de la tecnología de la información y a la apertura de fronteras propugnada por el neoliberalismo el capital adquiere un poder de movilidad, abandona cualquier país con todos sus recursos en cualquier momento. “La economía se evade del marco territorial sin que ningún Estado mundial, ni ninguna institución por el estilo, pueda detenerla” (Beck, 2002: 40), resultado de un capital que ya no requiere del trabajo “merced a una nueva libertad de movimiento inimaginable en el pasado” (Beck, 2000: 35). Es así que el trabajo sigue siendo local, puesto que la gran mayoría de los trabajadores no tienen los recursos para moverse, mientras que el capital es global. El capital impaciente ha adquirido más poder gracias a la facilidad de movilidad con la que cuenta, ahora puede sustraerse de las ataduras del Estado nación de un momento a otro. Al respecto Beck menciona que,

En las actuales circunstancias de globalización, la economía ha adquirido una especie de capacidad de ‘retirada’: puede abandonar el juego de poder territorial. Mientras que el

Estado y la sociedad aún están territorialmente determinados y siguen jugando al viejo juego, la economía ha pasado a otra dimensión. (Beck, 2002: 42).

Gracias a este proceso, el capital impaciente puede hacer negocios en cualquier parte del mundo, lo que tiene dos consecuencias. Primero, al liberarse de las ataduras de los Estados-nación, decide a qué lugar llevar su inversión, lo que normalmente significa que irá a donde se le cobren menos impuestos y cuente con materia prima barata, provocando que los Estados deban desregularse para conceder las mayores ventajas a los empresarios (Sassen, 2015). Segundo, surge así una competencia entre la mano de obra, que debe abarataarse para responder a los intereses del capital impaciente, puesto que en cualquier momento puede ir a otro país a buscar trabajadores más baratos. Beck advierte que, “en el espacio ‘sin distancias’ de una proximidad posibilitada por las tecnologías de la información, a partir de ahora todos competimos potencialmente los unos con los otros para atraer a un capital inversor cada vez más retraído y una mano de obra plenamente disponible y barata” (Beck, 2000: 35).

El capital impaciente gracias a las transformaciones neoliberales y al proceso de globalización ha obtenido un poder que parece no tener límites. Aunado a la emancipación estatal, el capital impaciente ha modificado los dispositivos de control utilizados anteriormente, estos se han radicalizado. El capitalismo del siglo XX, logró controlar los cuerpos de los jóvenes por medio del discurso de la concepción social del trabajo como se mencionó en el primer capítulo. Sin embargo, eso ya no es suficiente, el control de los cuerpos debe ir acompañado por el control mental (Han, 2012: 25; 2014a). El modelo panóptico al volverse ineficiente para la sociedad de rendimiento tuvo que dar paso a un modelo de control (Deleuze, 2006), en el cual los principales “vigilantes” son los mismos jóvenes. Gracias a la radicalización del valor de la libertad, al aumento tecnológico que ha permitido el surgimiento de las redes sociales (Bauman y Lyon, 2013), y al discurso neoliberal que fomenta al sujeto “emprendedor”, cada individuo se ha convertido en su propio explotador (Sennet, 2000; Han, 2014a; 2014b). El sujeto de rendimiento que comenzó a constituirse, ahora es “soberano” de sí mismo. “El sujeto sometido no es siquiera consciente de su sometimiento. El entramado de dominación le queda totalmente oculto. De ahí que se presuma libre” (Han, 2014a: 28). El *individualismo* que enmarca al sujeto de rendimiento se ha convertido en el medio en el cual los valores de la concepción

social del trabajo radicalizados se han acuerpado permitiendo el control de los jóvenes (Bauman, 2007; Beck, 2002; 2012; Sennet, 2000; Han, 2014a). El individualismo va unido a la soledad y la frustración, puesto que implica que los únicos responsables de las decisiones tomadas son los mismos jóvenes, las instituciones que antes respaldaban a los individuos como el Estado benefactor, la familia, la educación y el trabajo se han fragmentado (Beck, 2002). La libertad de elegir acarrea el riesgo de equivocarse y ante el error no hay quien ampare a los jóvenes.

### **El proceso de individualización en las sociedades de control**

Para conseguir la interiorización del discurso moral del trabajo en su faceta actual, los medios de control han tenido que adaptarse. El paso de la disciplina al control ha permitido la creación y aplicación de nuevos mecanismos cuyas técnicas de control se han vuelto más complejas y difusas. Más allá de los cuerpos, la *mente* es el nuevo objetivo que debe controlarse (Han, 2012, 2014a). Los nuevos mecanismos de control se sustentan en una *libertad radicalizada* que traslada toda la responsabilidad a los individuos, y ellos gustosamente la aceptan. En eso consiste el proceso de *individualización*. Los sujetos siguen disciplinados, pero en la actualidad han evolucionado. El nuevo sujeto controlado, debe ser un *emprendedor* de sí mismo. Esta nueva experiencia implica su desenvolvimiento en la sociedad de consumo, los emprendedores deben constituirse en una mercancía solicitada por el capital impaciente. De esa manera, deben construir su propia biografía, asumiendo la responsabilidad que esto supone. Al mismo tiempo, y consecuencia del avance tecnológico y de las redes sociales, los jóvenes cuentan con nuevos medios de consumo que les hacen creer que ellos deciden libremente cómo quieren ser observados por el resto de la sociedad. Bajo esta nueva lógica, los jóvenes que tienen acceso a las *redes sociales*, suben información que antes era considerada privada colocándola en el ámbito del dominio público. De esa manera, se “desnudan” para ser juzgados por otros jóvenes. En la sociedad de control, todos podemos opinar al mismo tiempo que opinan sobre nosotros. Sin embargo, a pesar de que los jóvenes comparten sus problemas y sus miedos, los problemas siguen siendo de ellos, la información no genera *empatía*, por el contrario, el *egoísmo*

asume un papel protagónico. Ante la falta de empatía que surge en una sociedad donde cada uno es responsable de sí mismo, surge un mecanismo por el cual se privatiza la desigualdad, haciendo creer a los jóvenes, que la pobreza es resultado de decisiones propias, no de problemas estructurales.

Dicho lo anterior, el propósito del presente sub-apartado es analizar los modos en que el proceso de *individualización* encuentra un espacio susceptible para solidificarse en el contexto actual, en el que los mecanismos de control encauzan a los individuos a su propio sometimiento, haciendo legítima una forma de dominación y de poder sobre el cuerpo y la mente de los jóvenes.

El proceso de individualización puede ser entendido en dos registros, uno personal y otro social. El primero, involucra el proceso por el cual se diferencian los sujetos entre ellos, básicamente significa las elecciones que toma cada individuo para ser diferente a los demás. La individualización personal implica un proceso de diferenciación (Zabludovsky, 2011: 3). Al mismo tiempo, como se analizó en el primer capítulo, las sociedades disciplinarias buscaron individualizar a los sujetos con el propósito de vigilarlos, castigarlos y mejorar su producción individual (Foucault, 2013). En las sociedades de control, el proceso de individualización se radicalizó, ahora ante la amplia gama de elecciones a las que se enfrentan los sujetos día con día, la responsabilidad de sus elecciones recae únicamente en ellos (Beck, 2002, 2012). De esa manera, la individualización entendida como un mecanismo de control oculta la existencia de problemas estructurales, haciéndolos pasar por problemas personales que pueden ser resueltos por individuos diferenciados. Así, “en este proceso, los individuos pierden sus seguridades y certezas, y tienen que organizar su propia biografía para cumplir con las crecientes obligaciones de ‘autorrealización’ que la sociedad les impone en circunstancias cada vez más riesgosas” (Zabludovsky, 2011: 2).

El papel del valor de la libertad radicalizada cobra suma importancia para legitimar al proceso de individualización. En las sociedades de control, se hace creer a los individuos que ellos tienen todo el potencial personal para formar su propia biografía, y en caso de que ésta no resulte como ellos esperaban, la culpa es personal, puesto que no tomaron las decisiones correctas para salir adelante. Por ello, “los seres humanos son, aparentemente,

# BIBLIOTECA UACM

cada vez más libres, pero a la vez quedan abandonados a su suerte y deben aprender a gestionarse a sí mismos con los recursos que estén a su disposición” (Zabludovsky, 2011: 2). Siendo consecuencia de ello el aumento de la competencia y el egoísmo. Ahora los sujetos en su afán de diferenciarse y ser considerados exitosos por los demás, compiten en el día a día para salir adelante. De esa manera, se pueden generar en ellos sentimientos de victoria y orgullo, pero al mismo tiempo la incertidumbre y el miedo al fracaso están siempre presentes. Para Zabludovsky, “las múltiples alternativas posibles generan bienestar y desdicha. La elevada individualización abre a las persona diferentes caminos hacia formas específicas de satisfacción, realización, alegría, bienestar y placer que se asocian con sentimientos de autosatisfacción y realización y otro tipo de recompensas como la adquisición de poder y posesiones o el aprecio de los demás” (Zabludovsky, 2011: 5).

El mecanismo de individualización busca de esa manera legitimar una relación de poder y obediencia sumamente desigual. Al olvidar los problemas estructurales y culpar únicamente a los individuos de sus condiciones de vida, se enmascaran problemas económicos, políticos y sociales. La obediencia cristaliza cuando los sujetos interiorizan dicho discurso y comienzan a creer que en efecto, la responsabilidad de absolutamente todo recae en ellos. Siendo así que uno de los objetivos del proceso de individualización consiste en instaurarse en la mente de los jóvenes. Marina menciona al respecto que, “la mayor sutileza en el control se da cuando podemos suscitar en otra persona, como decisión propia, aquello que nosotros sabemos que es decisión nuestra” (Marina, 2008: 35). La dominación tiene lugar cuando el mismo sujeto “dominado” busca justificar su propia obediencia, y en este caso acata la responsabilidad de su situación en el mundo como únicamente personal. El proceso de individualización busca someter de manera legítima. Pero, en qué contexto en el cual se busca articular el mecanismo de individualización.

Un primer paso para describir el contexto presente se refiere a la flexibilización laboral, puesto que ha implicado una transformación en la forma de comprender los tiempos del trabajo, para el capital impaciente se ha vuelto fundamental conseguir el aumento de la riqueza en un período corto de tiempo. Eso ha derivado en el aumento de los tiempos de trabajo a los cuales los sujetos se encuentran sometidos. Para Han, “el imperativo neoliberal del rendimiento transforma el tiempo en tiempo de trabajo. Totaliza

el tiempo de trabajo. La pausa es solamente una fase del tiempo de trabajo. Hoy no tenemos otro tiempo que el del trabajo. Y así lo llevamos con nosotros también a las vacaciones, e incluso al sueño. Por eso hoy dormimos inquietos" (Han, 2014b: 58). En efecto, merced al avance tecnológico y a las políticas de flexibilización, pareciera que todo momento gira en torno al trabajo. Para que los sujetos interioricen esta forma de comprender los tiempos de trabajo se han instrumentado mecanismos complejos de control, siendo uno de los más importantes la individualización. Por medio de ella, se plantea que los individuos tienen toda la libertad para hacer lo que ellos gusten. Para construirse y adaptarse a todas las situaciones sociales, para elegir libremente un sinfín de elecciones que les permitan diferenciarse de los demás y sobre todo para sobresalir en su biografía, para ser exitosos. Así, el discurso de la concepción social del trabajo manifiesta que todos deben ser "emprendedores" de sí mismos. Todos tienen la capacidad para crear, para ser ricos, para ser "exitosos", sin embargo, en caso de fracasar, la responsabilidad es individual por no haber tomado las decisiones adecuadas. Así, "el sujeto del rendimiento, que se pretende libre, es en realidad un esclavo. Es un esclavo absoluto, en la medida en que sin amor alguno se explota a sí mismo de forma voluntaria" (Han, 2014a: 12).

Los emprendedores de sí mismos deben estar siempre atentos a los cambios que se estructuran en una realidad incierta. Ya no es como en el capitalismo de producción, en el cual, los trabajos tenían un tiempo determinado y se pensaba en términos de gratificación diferida. Ahora, los jóvenes deben estar siempre preparándose, aprendiendo cosas nuevas, ya que pueden ser transferidos, se les pueden asignar nuevas tareas o simplemente pueden ser despedidos por las empresas. Los emprendedores deben estar siempre al pendiente de las modificaciones del mercado que se sustentan en una competencia brutal. Los tiempos han cambiado, ya no se piensa a futuro, "hoy en día, las cosas ligadas a la temporalidad envejecen mucho más rápido que antes. Se convierten en pasado al instante, y, de este modo, dejan de captar la atención. El presente se reduce a picos de actualidad. Ya no dura" (Han, 2016a: 18). Los jóvenes viven en un presente continuo, en el cual lo aprendido en el pasado puede dejar de ser útil en cualquier momento, y al mismo tiempo, pensar en el futuro implica frustraciones y temores.

La trayectoria “normal” para los jóvenes que se había construido en la época dorada del capitalismo se ha roto. Los pasos se han difuminado, los jóvenes deben transitar entre la educación, la familia y el trabajo en distintas etapas, alternadas y desordenadas, esto se debe a que, “el tiempo de vida ya no se estructura en cortes, finales, umbrales ni transiciones. La gente se apresura, más bien, de un presente a otro” (Han, 2016a: 27). Como ya planteaba Deleuze (2006), ya no existen finales, únicamente nuevos inicios, “el concluir presupone un tiempo articulado, orgánico. Pero en un proceso abierto e infinito nada llega a su fin. La inconclusión se convierte en estado permanente” (Han, 2016a: 46). La concepción del tiempo ha propiciado en los jóvenes la visión de un presente inacabable. Ellos deben estar siempre preparados para todos los nuevos inicios que su vida depara.

De esa manera, se ha instaurado una concepción individualista como un proyecto neoliberal y, aunque esto no es nuevo, las condiciones actuales facilitan su explosión y desarrollo. El sujeto emprendedor se convirtió en el *deber ser* en la sociedad de control. En ese sentido, el emprendedor de sí mismo debe comprender que, “la vida propia se proyecta como una empresa: debemos comportarnos como capitalistas frente a ella y organizar todos los referentes de nuestra propia vida en autónoma y apresurada obediencia a las leyes del mercado. Es decir, que nos convertimos en empresarios de nosotros mismos” (Beck, 2002: 70). Los emprendedores deben construir su propia vida a partir de la situación en la que se encuentren. No importa si son ricos o pobres, el éxito de su empresa de vida se encuentra en las decisiones que ellos hayan tomado. En ese sentido, se hace pensar a los jóvenes que ellos pueden construir su propia biografía en soledad. Así, no se toman en consideración los problemas estructurales. Por el contrario, estos se hacen pasar como individuales. Es por ello que, “en esta forma de ‘vivir la propia vida’, las personas deben cargar con la responsabilidad y culpabilidad individual por lo que antes solía abordarse colectivamente como destino de clase” (Beck, 2012: 108). Cuando los individuos interiorizan ese deber ser, y consideran que deben ser emprendedores y que todo lo que sucede en la vida es responsabilidad de ellos, es entonces cuando el mecanismo de individualización cumple su objetivo de legitimar las relaciones de poder.

Derivado de la nueva concepción del tiempo que implica estar siempre enfrentándose a nuevos inicios con los desafíos que estos conllevan y ante la idea de que

cada uno se crea, la sociedad de control plantea que los individuos están incompletos, y es su deber crearse. La educación y el empleo se han consolidado entonces como herramientas para hacerlo (Beck, 2012: 41). Es así que la *dignidad* de los sujetos se encuentra en la capacidad que éstos hayan tenido para crear una biografía que pueda considerarse “exitosa” por el resto de la población. De esa manera, la dignidad se vincula con la libertad de posibilidades que tienen los jóvenes para consumir. La dignidad se convierte entonces en una mercancía que puede ser consumida solo si tienes los medios adecuados para llegar a ella.

Lo anterior va de la mano con la mutación de los mecanismos de dominación que existían en las sociedades disciplinarias. Ahora, la radicalización de la libertad juega un papel preponderante como un instrumento de control. Los sujetos se creen libres, pero en realidad están sometidos a nuevas formas de dominación que se enmascaran bajo el velo de la libertad. Para Han,

A los reclusos del panóptico benthamiano se los aislaba con fines disciplinarios y no les permitía hablar entre ellos. Los residentes del panóptico digital, por el contrario, se comunican intensamente y se desnudan por su propia voluntad. Participan de forma activa en la construcción del panóptico digital. La sociedad del control digital hace un uso intensivo de la libertad (Han, 2014a: 21).

En la sociedad disciplinaria el modelo de control se basaba en el panóptico. Lo que implicaba el encierro, la vigilancia y el castigo de los sujetos. La disciplina se basaba en la dominación. Por el contrario, las sociedades de control se erigen en el valor de una libertad radicalizada. Ya no es necesaria la existencia de un vigilante que castigue, ahora todos somos nuestros propios vigilantes. Resultado de las redes sociales y del avance de la tecnología, son los mismos sujetos los que exponen sus miedos, metas, fracasos o éxitos:

El panóptico digital se sirve de la revelación voluntaria de los reclusos. La iluminación propia y la autoexplotación siguen la misma lógica. Se explota la libertad constantemente. En el panóptico digital no existe ese *Big Brother* que nos extrae informaciones contra nuestra voluntad. Por el contrario, nos revelamos, incluso nos ponemos al desnudo por iniciativa propia (Han, 2014a: 62).

Ahora, cada uno carga en el bolsillo a su propio panóptico. El advenimiento de las redes sociales ha sido fundamental para lo anterior. Consecuencia de esto, es la creencia de los jóvenes de que son libres de elegir lo que ven y comparten. De esa manera, la privacidad se ha perdido, “lo privado es ahora público, y puede ser celebrado y consumido por innumerables ‘amigos’” (Bauman y Lyon, 2013: 23). Lo que antes era considerado como privado, ahora está a disposición del público. Los temores, los fracasos, los gustos, los éxitos, todo está a vista de todos en las redes sociales. Son los mismos jóvenes los que se desvelan, esperando la respuesta de los demás. Los datos personales se encuentran a disposición de cualquier persona que pueda hacer un buen uso de la tecnología y, además, de las empresas. Ellas saben qué mostrar, los gustos que tienen, los métodos de consumo. Para Bauman, la información de cada sujeto en internet ha permitido a las empresas seleccionar a aquellos individuos que se consideran como buenos consumidores, es por ello que, “los efectos generales de la vigilancia de los consumidores, especialmente la que se da a través de cualquiera de los usos de internet, no son solo seleccionar a esos consumidores contentos y prometerles beneficios y recompensas futuras, sino también eliminar a aquellos que no cumplen las expectativas” (Bauman y Lyon, 2013: 129).

Derivado de lo anterior, los jóvenes pueden compartir cualquier problema que tengan en una red social. Ahí son observados por miles de personas, pero, a pesar de ello, no hay empatía ni apoyo por parte de los demás. Los problemas siguen siendo personales. Para Bauman, “hoy vivimos en una sociedad confesional. Hemos instalado micrófonos en los confesionarios y los hemos conectado a una red de acceso público, y ventilar en público la propia intimidad se ha vuelto la tarea *sine qua non* de toda figura pública y la obsesión compulsiva de todos los demás” (Bauman 2011a: 205). En una sociedad basada en la competencia entre individuos, en la cual además, cada uno es responsable de su propia vida, la empatía se ha perdido. En efecto, ahora podemos conocer los problemas personales, pero eso no implica que ayudemos a la otra persona a resolverlos. De esa manera los problemas son entendidos como “un conglomerado de problemas individuales que buscan una resolución individual que a su vez exige la utilización de recursos también individuales” (Bauman 2011a: 206).

La falta de empatía es un rasgo esencial de las sociedades de control, cuya práctica tendrá consecuencias graves en el momento en que se requiere la fuerza de los lazos de solidaridad para “actuar juntos”, dirigida a enfrentar las arbitrariedades del poder encarnado en múltiples rostros. Debido a la competencia entre sujetos, y al egoísmo propiciado por el mecanismo de individualización, el sujeto de rendimiento está solo. Los problemas individuales se han convertido en el centro de nuestro pensamiento, aquellos que sufren los demás no tienen por qué afectarme. La idea que impera es que, “no nos ha sucedido. Le ha sucedido a otro. Les sucede a otros. Los ‘otros’ son ficciones creadas por artistas, analistas, expertos o periodistas. Lo real solo es lo que me pasa a mí. Lo que me pasa a mí, física y directamente. Lo que puede ser demostrado” (Bauman y Donskis, 2015: 55). Lo que yo sufro es lo único existente, y además depende de mí darle solución. Para Bauman y Donskis,

Los sufrimientos nacidos individualmente son sorprendentemente similares, tanto si son inducidos por un creciente montón de facturas de servicios y tasas universitarias, como si lo son por la tacañería de los salarios unida a la fragilidad de los trabajos disponibles y la dificultad para acceder a empleos sólidos y estables, la confusión de las perspectivas vitales a largo plazo, el inquieto espectro del desempleo y/o la pérdida de categoría laboral; todos se reducen a la incertidumbre existencial: esa extraña mezcla de ignorancia e impotencia y una inagotable fuente de humillación. Los sufrimientos de este tipo no suman, dividen y separan a los que los sufren (Bauman y Donskis, 2015: 86).

Como resultado del proceso de individualización y de la imposición de la idea de un sujeto emprendedor como un deber ser, se ha instaurado en las sociedades de control la idea de que los problemas que antes eran considerados sociales, como la pobreza, la desigualdad y la exclusión son ahora responsabilidad de los mismos sujetos. Es así que, en las sociedades de control, “las desigualdades no desaparecen, ni mucho menos. Simplemente, se redefinen en términos de individualización de los riesgos sociales. El resultado es que los problemas sociales se perciben cada vez más como disposiciones psicológicas: como inadecuaciones personales, sentimientos de culpa, ansiedades, conflictos y neurosis” (Beck, 2012: 96). Siendo así que la solución a esos problemas es de carácter “terapéutico” e individual. Cuando los sujetos interiorizan y reproducen esta idea significa que el mecanismo de individualización cumplió su función legitimadora. Para Saraví es preciso,

Remarcar una vez más que las dimensiones individuales son recuperadas y privilegiadas por los jóvenes para explicar la fortuna individual y no la desigualdad en sí misma. La desigualdad, la existencia de ricos y pobres es una condición inevitable y necesaria en la sociedad, pero el lugar del individuo en esa estructura depende de sí mismo. Ser rico o pobre depende, si no totalmente al menos en una proporción importante, de diferentes cualidades individuales, y no se lo considera determinado por una condición de clase. La miseria de los individuos es vista como una derivación del esfuerzo personal (Saraví, 2016: 239).

Del mecanismo de individualización se desprende otro, el de la estigmatización. Los jóvenes al interiorizar el discurso moral de la concepción social del trabajo, que plantea que ellos son los únicos responsables de su vida, han comenzado a juzgarse a sí mismos, a culparse a sí de problemas estructurales. Es por ello que los jóvenes llegan a pensar que aquellos que son pobres, lo son porque así lo quieren y porque no han tenido las facultades individuales para salir adelante. Esta visión además, se encuentra motivada por el *egoísmo*, la falta de *empatía* y de *reconocimiento* hacia los otros que sustenta a las sociedades de control. Si los problemas son individuales y depende de cada uno darle respuesta, ¿qué tendrían que hacer los demás para ayudar? Además, si están padeciendo algún problema, es debido a las malas decisiones que ellos han tomado. En una sociedad basada en la incertidumbre, en el cambio constante y en la cual son los jóvenes los únicos responsables de su vida, el peso de las decisiones recae en sus hombros. El miedo a tomar las decisiones equívocas, el miedo a no ser reconocido, a ser estigmatizado o peor aún, a ser excluido se encuentra en la mente de los jóvenes.

Los mecanismos de control de la individualización y la estigmatización tienen como objetivo enmascarar la existencia de problemas estructurales, haciéndolos pasar como si fueran individuales, de esa manera, la responsabilidad es de los sujetos y no del sistema. Así, ambos buscan legitimar las relaciones de poder que tienen lugar en las sociedades de control. Esto repercute en el desarrollo de la vida de los jóvenes que ahora se sienten solos frente a estructuras de poder delimitadas, ya sea en términos del Estado, de empresas, de bancos o de las mismas instituciones académicas. Los jóvenes por sí solos deben enfrentarse a ellas de manera individual, sin el apoyo de nadie. La paradoja resulta en el hecho de que siguen existiendo discursos o en términos de Marina, “ficciones morales” que

hacen creer a los jóvenes que su vida se encuentra resguardada por instituciones colectivas, sin embargo, éstas se encuentran en crisis. Marina recalca, “por desgracia, esa maravillosa creación humana, ese mundo ficticio, en el que todos venturosamente nos reconocemos dignidad, afirmamos los derechos, colaboramos en la búsqueda de justicia, sufre continuamente las intromisiones del mundo real. En efecto, el poder de la fuerza bruta sigue vigente” (Marina, 2008: 222).

De esa manera, el proceso de individualización busca hacer legítima una ficción moral que se encuentra alejada de la realidad. Un ejemplo para reforzar la idea anterior se puede vincular con la concepción de ciudadanía. Partiendo del supuesto de que la ciudadanía busca igualar a sujetos diferentes en el entorno de un Estado nación (Delgado, 2015), surge una contradicción en las sociedades de control, puesto que el proceso de individualización busca fragmentar lazos sociales, busca diferenciar, busca fomentar la competencia. Pero en términos de legitimación de poder las cosas se vuelven más claras. La concepción de ciudadanía es parte sustancial del proceso de individualización puesto que los derechos son individuales y depende de cada persona hacer frente a un Estado omnipotente que lo deja “sin voz”, los individuos solos son incapaces de defenderse frente a las arbitrariedades del poder. Resultado de ello se observa en el papel que desempeñan las leyes en una sociedad como dispositivo de regulación de la conducta (Delgado, 2015). Esto se debe a que las leyes ya se encuentran dadas, y a que se priva de la libertad de su creación a los sujetos, dando como resultado que se les impone un deber ser que no se corresponde con su realidad. Por eso Delgado afirma que,

Reducir la moral a un conjunto de reglas regulativas de coordinación, en las que los deberes hacia los demás quedan atrapados en un dispositivo de regulación de la conducta de la gente que opera dentro de un marco conflictivo de relaciones interpersonales, sostenido sobre la necesidad de justificar las violaciones a la libertad personal bajo los principios de la reciprocidad ‘condicionada’, la cooperación ‘negociada’ y el voluntarismo, dirigidos a alcanzar el beneficio mutuo de las personas, significa despojar al hombre de su libertad de acción y por lo tanto, de su dignidad humana (Delgado, 2015: 42).

Las leyes entendidas como un deber ser impuesto terminan alejándose de la realidad de los sujetos. El deber ser no llega a comprender su situación de vida. El mecanismo de

individualización hace su parte, cuando se justifica la falta de derechos a partir de la condición individual de cada sujeto. Cada uno debe luchar por sus propios derechos y en caso de no tenerlos, la responsabilidad sigue siendo individual, es decir, que ninguna institución se hace responsable de ellos. En ese sentido, los derechos humanos terminan convertidos en una ficción moral (Marina, 2008: 146). Algo que supuestamente existe, y se impone como si existiera en los sujetos, pero que se encuentra totalmente alejado de la realidad. A pesar de ello, las leyes funcionan como ficciones constituyentes, es decir, que la realidad se construye bajo el supuesto de que existen, aunque no tengan un sustento real (Marina, 2008: 225). Es así como el mecanismo de individualización busca hacer legítima las relaciones de poder que existen en las sociedades de control. El mecanismo de individualización debe entonces hacer creer a los sujetos que la lucha por los derechos es individual y legitimar el hecho de que no todos tengan acceso a ellos. Algo similar ocurre con el mecanismo de estigmatización que será descrito a continuación.

### **De la individualización a la estigmatización juvenil**

El proceso de *individualización* tomó un papel fundamental en el desarrollo de las relaciones de poder en el capitalismo actual. Los jóvenes en este contexto deben enfrentarse a un futuro lleno de incertidumbres marcado por un sinfín de nuevos comienzos. Ellos deben “construirse” y “diferenciarse” de la mejor manera posible por medio de sus elecciones individuales para hacer frente a su vida. Así, se hace creer a los jóvenes que ellos por medio de sus decisiones pueden solucionar cualquier problema que se les presente. Ello implica que en caso de no conseguirlo, la culpa es únicamente suya, así se enmascaran problemas que son estructurales, haciéndose pasar por individuales. De esa manera, para legitimarse las sociedades de control han creado un “*deber ser*” que busca acuerparse en la mente de los jóvenes por medio de los mecanismos de individualización y estigmatización. Esta figura es la del “emprendedor”. Además, resultado del aumento de la tecnología y el ascenso de las redes sociales, los jóvenes pueden compartir sus experiencias y problemas, sin embargo, de una manera individualizada, puesto que no cuentan con el apoyo de nadie más. Aunado a ello, la falta de empatía y de reconocimiento derivada de las diferentes condiciones de vida en una sociedad desigual, ha propiciado que ellos mismos se

juzguen y estigmaticen. La falta de respeto cobra un papel esencial en este proceso. El respeto se convierte en un bien preciado por el cual los jóvenes deben luchar para ser reconocidos como parte esencial de su sociedad. Sin embargo, en una sociedad basada en la competencia, en la división y la desigualdad es más fácil categorizar a otra persona, juzgarla y excluirla que pensar empáticamente. Al mismo tiempo, los valores de la libertad y de la dignidad del discurso moral de la concepción social del trabajo se han transformado ya que ambos han sido ligados al consumo. La libertad radicalizada abre un amplio panorama de elecciones, los jóvenes en las sociedades de control son libres de elegir (pero no de actuar) cómo quieren formarse y de qué manera quieren enfrentar su realidad social (si cuentan con los recursos para hacerlo). Mientras que la dignidad se basa en la capacidad que los jóvenes tienen para construirse, para tomar las mejores elecciones, para ser considerados como “exitosos” por los demás, es decir, la dignidad se basa en el reconocimiento social. En esos términos tanto la dignidad, como la libertad deben conseguirse individualmente. Sin embargo, ambos valores pueden ser comprendidos de una manera dual. Por una parte, la dignidad puede ser asumida como una acción ligada al modelo neoliberal, es decir como un mecanismo de dominación, en términos de un *deber ser* impuesto, los jóvenes actúan para convertirse en alguien respetado en la sociedad, sus acciones los someten a una categoría creada desde arriba por alguien más. Pero al mismo tiempo, la dignidad entendida como libertad de acción (Delgado, 2015) puede ser entendida en otro registro, como la búsqueda del “yo”. Cuando el “deber ser” no puede dar respuesta a los problemas reales que enfrentan los jóvenes surgen preguntas como: ¿qué quiero hacer con mi vida? ¿De verdad quiero esto? ¿Puedo hacer acciones que vayan en contra del sistema? El valor de la dignidad entendido en este doble registro, como sumisión y como libertad de acción puede dar respuesta a estas preguntas puesto que “el poder no produce siempre figuras de sumisión, sino también sujetos insumisos y rebeldes” (Marina, 2008: 61), es por ello que se convierte en algo fundamental comprender cuáles son sus reacciones ante los embates de poder que buscan legitimar un sistema sumamente desigual. La lucha por la dignidad vinculada a la libertad de acción, es decir, concebida como el acto de “crear un espacio de aparición del hombre para actuar y hablar” (Delgado, 2015: 68), que deriva en la adquisición del respeto social, cobran un papel esencial para comprender cómo se da ese proceso de rebeldía, ante una sociedad que se basa en la soledad y el egoísmo.

Tanto el mecanismo de individualización, como el de estigmatización se basan en *ficciones morales*, en supuestos que no existen al cien por ciento en la realidad, sin embargo, actúan como si así fuera (Marina, 2008). Dichos mecanismos de poder cumplen su función legitimadora, cuando los sujetos dominados acatan y hacen suyos los discursos que los dispositivos de control buscan imponer. En ese sentido, el objetivo del siguiente apartado consiste en desenmascarar cómo se ha materializado el mecanismo de *auto-estigmatización* en el presente y de qué manera por medio de él, los jóvenes reproducen el mismo discurso en el cual se culpan y se excluyen a sí mismos por problemas estructurales. Al mismo tiempo debe recordarse que las relaciones de poder no son lineales, puesto que, “el sujeto de sometimiento puede acabar imponiendo un modo nuevo de ejercer el poder” (Marina, 2008: 47). Es decir, que los sujetos dominados también tienen influencia en la manera en que funcionan los mecanismos de control, es por ello, que resulta fundamental comprender las *acciones* por medio de las cuales los jóvenes se enfrentan a un “deber ser” que les impone una forma de ser ajena a su realidad social, y sobre todo, de qué manera se crean día a día prácticas que contradicen a los mecanismos de dominación y legitimación, a la vez que los jóvenes luchan por recuperar su dignidad.

Como se describió en el apartado anterior, el proceso de individualización debe entenderse como un mecanismo de control cuyo objetivo es enmascarar la existencia de problemas estructurales, haciéndolos pasar por problemas personales que pueden ser resueltos por individuos diferenciados. Así, el mecanismo de individualización implica la necesidad de los sujetos de diferenciarse de los demás, producto de diferentes elecciones individuales. Para Zabludovsky, “el ser humano aprende desde edad temprana que debe diferenciarse, competir y destacar por sus propias cualidades para llegar a sentir orgullo de sí mismo, ser digno de aplauso y encontrar satisfacción en sus éxitos” (Zabludovsky, 2011: 5). Cabe resaltar, que el proceso de individualización está sustentado por la competencia y el egoísmo. A los jóvenes desde que nacen se les enseña a competir para resaltar, para ser diferentes, y en las sociedades de control, para ser “mejores” que los demás. También, el proceso para distinguirse, “es resultado de una transformación de varios siglos que se produce a la par de la diferenciación social, y que espera que los individuos tengan la posibilidad de buscar sus anhelos personales y elegir por sí mismos un camino personal que conlleva muchos riesgos” (Zabludovsky, 2011: 17). En las sociedades de control se abren

los panoramas de elección, los jóvenes son libres para elegir, sin embargo, la responsabilidad de sus decisiones recae únicamente en ellos. En ese sentido la libertad de elección juega un papel fundamental. La obediencia se materializa cuando los jóvenes desconocen la existencia de problemas estructurales, creyendo que éstos son producto de sus elecciones individuales, de esa manera, ellos interiorizan un discurso moral, comenzando a creer que en efecto, la responsabilidad recae en ellos, el proceso de individualización consiste de esa manera en implantarse en la mente de los jóvenes.

Como se explicó en el apartado anterior, el tipo ideal de individuo para el neoliberalismo es el “emprendedor”. Es decir, aquella persona solitaria y flexible con las capacidades necesarias para sortear todos los conflictos e incertidumbres que acompañan al capitalismo del presente. El emprendedor debe construirse y aprender lo necesario para sobrevivir. El emprendedor entendido como un *deber ser* impuesto busca legitimar las relaciones de dominación de las sociedades de control, puesto que “la violencia se enmascara al legitimarse” (Marina, 2008: 138). La legitimación ocurre cuando la dominación es aceptada por ambos lados del enfrentamiento, el emprendedor entendido como un deber ser, implica la creación de una manera de ser que es impuesta a los jóvenes en términos morales, esto se debe a que “introducir en una persona los sentimientos morales, en primer lugar, el sentimiento de obligación, va a ser la herramienta más eficaz del poder” (Marina, 2008: 93). En términos de educación y de trabajo, los emprendedores ya no luchan por sus derechos, ahora son entendidos como “retos” a los que los sujetos deben enfrentarse. Puesto que el emprendedor de sí mismo es una mercancía, es él quien tiene que buscar las mejores opciones educativas y nunca dejar de prepararse para obtener reconocimiento y dignidad, ya que, “hacerse a uno mismo un bien vendible es un trabajo de cada uno, y un deber individual” (Bauman y Lyon, 2013: 42). Lo mismo sucede en el empleo, los sujetos ahora al creerse libres, aceptan las condiciones de la flexibilidad laboral e incluso se explotan a sí mismos. Por ello,

Una de las recomendaciones que más suele hacerse entretanto a los jóvenes es que sean flexibles y no especialmente quisquillosos, que no esperen demasiado de sus empleos, que acepten trabajos tal como vienen sin hacer demasiadas preguntas y que se los tomen como una oportunidad que hay que disfrutar al vuelo y mientras dure, y no tanto como un capítulo

introdutorio de un 'proyecto vital', una cuestión de amor propio y autodefinición, o una garantía de seguridad a largo plazo (Bauman, 2015b: 22).

Lo mismo sucede con la educación. Se hace creer a los jóvenes que ellos tienen la libertad para elegir entre miles de establecimientos de consumo (puesto que ahora la educación se trata como una mercancía). Pero si a pesar de haber estudiado, ellos no consiguen empleo, la culpa es suya, ya sea por no haber estudiado la carrera adecuada, o por no haber establecido los lazos de amistad necesarios para conseguir un mejor empleo. De esa manera, el proceso de individualización oculta tras de sí problemas estructurales fuertes como la pobreza y la desigualdad en cualquier ámbito. La culpa de haber "fracasado" es individual y los sujetos así lo creen, dejando de lado problemas como,

Desplazamientos y cambios residenciales dentro de la ciudad, problemas económicos o de desempleo, y conflictos y reacomodos familiares, son algunos de los factores más recurrentes que interrumpen la continuidad escolar y hacen de la trayectoria educativa un camino sinuoso, entrecortado y con frecuentes retrocesos, más que un recorrido lineal y progresivo (Saraví, 2016: 96).

La falta de empatía y el egoísmo que sustentan al discurso moral de la concepción social del trabajo, aunado al proceso de individualización han creado un "abismo de empatía" (Saraví, 2016). Los jóvenes al vivir en lugares tan desiguales, no se dan cuenta de las experiencias que vive el otro. Los jóvenes se cierran y no buscan comprender los problemas que enfrentan los demás. Así, los problemas estructurales generados en las sociedades de control se disfrazan y por ello, "con frecuencia estos aspectos dan lugar a interpretaciones que culpabilizan a la víctima, atribuyendo la responsabilidad del abandono escolar a decisiones o fallas individuales; incluso los propios jóvenes de los sectores populares suelen asumir explicaciones autoculpabilizantes al referirse a sus trayectorias escolares" (Saraví, 2016: 98).

Para Saraví (2016) el egoísmo, la competencia y el abismo de empatía han devenido en un proceso de exclusión recíproca. Esto se debe a que, "los individuos nacen, crecen y viven en mundos aislados que condicionan sus experiencias de vida e incluso su propia subjetividad, produciendo y reproduciendo las condiciones de desigualdad que le dieron origen" (Saraví, 2016: 51). En un contexto marcado por la desigualdad de condiciones y

oportunidades, pareciera ser que los jóvenes habitan en distintas realidades. Es por ello que ser empático y ponerse en el lugar del otro resulta tan complicado. Peor aún, producto de la individualización, es más fácil para los jóvenes juzgar a los otros por sus problemas en términos individuales. Es más sencillo, tachar a alguien de “fracasado” o “peligroso”, que ponerse en su lugar y comprender que casi todos enfrentamos problemas similares. Lo anterior también tiene como consecuencia la falta de reconocimiento y respeto hacia los demás. El respeto implica saber que existen otras personas que cumplen un papel importante en la sociedad. En las sociedades de control, eso no ocurre. Los otros son vistos como inferiores o como amenazas. De esa manera surge un estigma que ocasiona que una persona no sea identificada como total y que por el contrario sea menospreciada. Para Goffman, “construimos una teoría del estigma, una ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la de clase social” (Goffman, 2012: 17).

Derivado de la falta de respeto, empatía y la exclusión recíproca los jóvenes creen que habitan en distintas realidades, por ello, se vuelve más complicado ponerse en el lugar del otro. Además, gracias al proceso de individualización, los jóvenes creen que el lugar que ocupan en la sociedad depende de sus acciones individuales, así en caso de no responder a lo dictaminado por el deber ser del discurso moral de la concepción social del trabajo, la responsabilidad pasa a sus manos, llegando a considerarse como un ser “fracasado”. De esa manera, los jóvenes se anulan a sí y entre ellos mismos. El estigma asoma su rostro, cuando los jóvenes se dotan a sí mismos o a otros de características que los hacen sentir como inferiores por el resto de la sociedad. De esa manera, se vuelve más simple denigrar o criminalizar a los demás. Así, el mecanismo de estigmatización logra instaurarse en la mente de los jóvenes cuando ellos se anulan a sí mismos o a los demás, puesto que se conciben como inferiores y por ello, creen que no merecen respeto de nadie, ni de ellos mismos.

Además, el mecanismo de estigmatización permite enmascarar los problemas estructurales. Por ejemplo, imaginemos a un sujeto de una clase desfavorecida, que consigue su ingreso a la educación superior y la termina con muy buenas calificaciones,

podría decirse que individualmente fue “exitoso” porque a pesar de su condición social, consiguió algo que la gran mayoría no ha podido hacer. Pero, a pesar de ello, el hecho de conseguir un título universitario no le garantiza un mejor futuro, ni movilidad social o el acceso a un empleo. La estigmatización cumpliría su propósito si el joven en vez de criticar los problemas estructurales, como la falta de empleo, o las políticas de flexibilidad laboral, y la desigualdad, se culpaba a sí mismo por no tomar las decisiones correctas. Y ello funciona en un contexto en el cual, “a pesar de que efectivamente los jóvenes presentan mayores niveles de educación que las cohortes que les preceden, tienen hoy día mayores problemas para insertarse al mercado laboral” (Navarrete, 2013: 95).

La falta de empatía y de reconocimiento, aunado al miedo a la precarización, han cristalizado en la estigmatización de los jóvenes. Tanto los ricos crean estigmas hacia los pobres, tachándolos de “fracasados” o criminalizándolos, como los pobres piensan que los ricos han tenido todo fácil y no enfrentan ninguna dificultad. Eso se debe a que,

La intolerancia y el desprecio hacia lo diferente y distinto se constituyen en el mecanismo de defensa y la respuesta de una subjetividad que se siente amenazada. Las escasas oportunidades de encuentro e interacción con otros extraños, diferentes y desconocidos, resulta en temor y desconfianza frente a la ‘otredad’. Además, la ausencia de experiencias compartidas con otros sectores sociales, produce simultáneamente un profundo desconocimiento del resto de la sociedad y sus miembros, y una naturalización y reificación de la propia realidad (Saraví, 2016: 89).

La estigmatización ha devenido en un proceso de exclusión mutua. En la que los jóvenes no se conocen, ni quieren hacerlo. En lugar de ello, se autoimponen características “generales” y evitan el encuentro con los otros. Al cerrarse los grupos, la solidaridad y la empatía se ven reemplazadas por el egoísmo y sobre todo el miedo. Para Saraví, “poseer ciertos productos o realizar y participar en determinadas actividades pueden constituir puentes que vinculan, que construyen lazos, y que reafirman un sentido de integración y pertenencia, pero también pueden actuar como murallas que separan, que producen el encerramiento de un grupo y que bloquean el acceso a otros” (Saraví, 2016: 216). Pareciera ser que tanto jóvenes ricos como pobres se excluyen unos a otros, no conocen los problemas de los demás y no les interesa hacerlo. El respeto entendido como algo que, “demuestra el

reconocimiento como miembro digno de una misma comunidad de pertenencia” (Saraví, 2016: 270) se ha perdido por la falta de empatía existente en las sociedades de control. Ante la falta de empatía y el aumento del egoísmo, el respeto se convierte en un bien preciado que debe ganarse, y el hecho de no conseguirlo crea un sentimiento en los jóvenes de exclusión, ya que, “la falta de respeto es una expresión del no-reconocimiento, y de allí su poder ofensivo y cuestionador incluso de la autoestima del individuo” (Saraví, 2016: 270).

Al mismo tiempo que los jóvenes se estigmatizan entre ellos por la falta de reconocimiento y de empatía. El proceso de individualización ha conseguido que los jóvenes se juzguen a sí mismos, que se sientan incompletos y que acaten sus problemas como individuales y no estructurales. Para Bauman, “la vida líquida significa un auto-escrutinio, una autocrítica y una autocensura constantes. La vida líquida se alimenta de la insatisfacción del yo consigo mismo” (Bauman, 2015c: 21). Los jóvenes no se sienten completos con cómo son. Además, debe recordarse que ellos deben de estarse creando día con día para corresponderse con las necesidades de la sociedad de control. Ello implica que siempre estarán incompletos. Así, la estigmatización es creada en los cuerpos ante la idea del auto-perfeccionamiento derivado de la individualización. La “incompetencia”, es decir, el fracaso personal, daña a la autoestima de los jóvenes, puesto que ellos son los únicos responsables de su situación, ellos mismos se consideran como un “fracaso”. Bauman y Donskis lo sintetizan de la siguiente manera,

En nuestra sociedad fuertemente individualizada, donde se considera que cada individuo ha de asumir la plena responsabilidad de su destino, sugieren la incompetencia del que sufre frente a las acciones de otras personas, evidentemente más exitosas, que parecen triunfar gracias a su mayor destreza y aplicación. La incompetencia sugiere inferioridad, y ser inferior y ser considerado como tal es un doloroso golpe a la autoestima, la dignidad personal y el valor de la autoafirmación (Bauman y Donskis, 2015: 128).

La auto-estigmatización funciona cuando los individuos se responsabilizan a sí mismos de sus problemas sin pensar en qué son producto de una sociedad sumamente desigual. Para Guzmán, “la autoculpabilización es una reacción muy común de los jóvenes, en este momento asumen la responsabilidad del resultado y se lo confieren a la falta de preparación” (Guzmán, 2013: 139). Además, el estigma que se dan los mismos jóvenes

implica una falta de reconocimiento propia, una falta de autoestima. De esa manera, los mismos jóvenes se inhabilitan y creen que no deben ser aceptados socialmente. Se excluyen a sí mismos de la sociedad por considerarse fracasados, ya que, “el individuo también puede llegar a odiarse y denigrarse a sí mismo cuando está solo frente a un espejo” (Goffman, 2012: 20). El desempleo juega un papel fundamental en lo anterior. En una sociedad en la cual la dignidad se basa en el reconocimiento de los demás, y en la cual los jóvenes creen que dicho reconocimiento se consigue a partir de la educación y del empleo, ellos, al enfrentarse ante una realidad en la que las oportunidades son pocas e impera la desigualdad, llegan a creer que el problema está en ellos, no en la sociedad. Un ejemplo claro es lo dicho en una entrevista realizada por Goffman a un desempleado, él comentó: “qué difícil y humillante es pertenecer a la categoría de los desocupados. Cuando salgo, bajo los ojos porque me siento inferior” (Goffman, 2012: 31).

Al mismo tiempo, el valor de la dignidad del discurso moral de la concepción social del trabajo ha mutado. Este sigue vinculado al reconocimiento social, pero ahora debe lucharse para conseguirlo ya que se ligó a las acciones individuales que los sujetos realizan para ser reconocidos como alguien “valioso” por el resto de la sociedad. De esa manera, la dignidad es concebida como la capacidad que los jóvenes tienen para construirse a sí mismos por medio de sus elecciones y acciones individuales. Es decir, que los individuos no son dignos por el simple hecho de existir, por el contrario, ellos deben luchar para ser reconocidos como tales. Entendida de esa manera, la dignidad debe comprenderse como un mecanismo de dominación, en términos de que los jóvenes buscan corresponderse con un *deber ser* impuesto verticalmente, ya que ellos actúan para convertirse en lo que es entendido por las sociedades de control como una persona “respetable” y es por ello que sus acciones y elecciones buscan conseguir la aprobación social sometidos a una “categoría” construida. Los mecanismos de estigmatización e individualización cumplen su función legitimadora, cuando los jóvenes al ver que su realidad no se corresponde con lo dictado por el deber ser impuesto y en lugar de criticar o de percatarse de que no es un problema individual sino estructural, se culpan, se juzgan y se excluyen a sí mismos. Sin embargo, los jóvenes también pueden reaccionar ante esta situación por medio de sus acciones y prácticas. La otra cara de la sumisión es la rebeldía. De esa manera, el valor de la dignidad ligado a la libertad de acción (Delgado, 2015) puede ser entendido en un doble registro, como mecanismo de

dominación y como medio de emancipación. Al mismo tiempo que los jóvenes son excluidos y considerados como un fracaso al no corresponderse enteramente con la imagen del “emprendedor” creada por las sociedades de control, ellos pueden luchar para romper dicho estereotipo. Así, la dignidad puede entenderse como la búsqueda del “yo” que se “desarrolla a través de la libertad de actuar” (Delgado, 2015: 31).

Ante la anulación del cuerpo provocada por la falta de dignidad, los jóvenes pueden reaccionar y actuar para recuperarla, para convertirse en “sujetos” activos. Así, en lugar de esperar a que las cosas se resuelvan solas, pueden existir prácticas diseñadas para contradecir lo impuesto por las sociedades de control e incluso pueden derivar en la creación de espacios de participación nuevos ajenos a los institucionalizados. Por ello, la recuperación de la dignidad ligada a la libertad de acción debe ser comprendida como la: “capacidad de comenzar algo *nuevamente*. [Puesto que,] Vivir como un ser humano, en lugar de un simple cuerpo, requiere actuar, hablar y relacionarse con otras personas” (Delgado, 2015: 67). Así, prácticas como dejar de competir con los demás y convertirse en alguien solidario o salir de la zona de confort e integrarse en otras comunidades para observar cómo se dan otras condiciones de vida, también, adoptar otras formas económicas como el trueque, o el no querer reproducir el estereotipo del “emprendedor” exitoso, muestran que los jóvenes pueden comenzar a contradecir lo impuesto por los mecanismos de dominación, al mismo tiempo que luchan por la recuperación de su dignidad.

A pesar de lo anterior, en una sociedad sustentada en la individualidad, en la cual los problemas de los otros no son importantes para la sociedad, la falta de respeto se ha convertido en un factor de exclusión. Tanto jóvenes ricos como pobres se sienten distantes, no se sienten respetados por los otros. El “respeto como un bien preciado, reconfortante y esperado, pero al mismo tiempo escaso y negado en sus relaciones e interacciones cotidianas con los ‘otros’” (Saraví, 2016: 267), es lo que se encuentra en el día a día. La forma en que es comprendida la dignidad en las sociedades de control ha derivado en una falta de respeto entre los individuos, ellos se encuentran fragmentados. Resultado de esto, surgen estigmas, puesto que es más fácil categorizar que de verdad conocer a otras personas. Cuando la dignidad, “está fundada en el estatus; más específicamente, su condición económica como pobres los sitúa en un estatus inferior como personas. No

verlos, no hablarles, no reconocerlos, es una forma de hacerlos menos, de reafirmar su inferioridad” (Saraví, 2016: 272).

Derivado de la falta de reconocimiento, provocada por el proceso de individualización y el mecanismo de estigmatización los jóvenes no se sienten completos, suelen cuestionar su papel en la sociedad, su autoestima se ve afectada, no se sienten reconocidos por los demás y se sienten excluidos por otros. Una forma en la que ellos buscan enfrentar lo anterior se basa en la educación y el empleo. En un contexto marcado por nuevos inicios, donde nada tiene un fin. En donde la educación ya no garantiza movilidad social, empleo o una mejor vida. La obtención de un grado académico, o de un empleo con el cual puedan conseguir bienes de consumo ha cristalizado en medios para recuperar la dignidad. En efecto, los jóvenes estudian y trabajan, se esmeran para salir adelante, aun sabiendo que llevan tras de sí el riesgo de fracasar, puesto que saben que de salir airosos, podrán conseguir el reconocimiento de las demás personas en la sociedad. De esa manera, se reconocerán a sí mismos, y con ello, lograrán recuperar esa sensación de utilidad que en las sociedades de control es cada vez más difusa (Saraví, 2016). La dignidad puede ser alcanzada por medio de la acción, en este caso la lucha por la educación y el espacio público se convierte en algo fundamental. Ya no se estudia para obtener mayores recursos, sino para ser considerado una persona digna.

El paso de las sociedades disciplinarias a las de control ha ido de la mano con la mutación del capitalismo y de su concepción social del trabajo. La llegada del capital impaciente al poder, la implementación de las políticas neoliberales en términos de flexibilización laboral, privatización y desregulación y el proceso de globalización han modificado a las instituciones disciplinarias anteriores. Los nuevos mecanismos de control se basan en una libertad enmarcada por la nueva lógica del capital, constituida por una vida llena de nuevos inicios, de riesgos e incertidumbres. En este contexto, el tipo considerado “exitoso” es el emprendedor de sí mismo. Es decir, aquel sujeto capaz de sortear todos los problemas de la vida diaria a partir de su propio esfuerzo. Así, se busca que el emprendedor se explote a sí mismo, se exija todos los días hacer más para poder ser reconocido como una parte vital en las sociedades de control. Para responder a lo anterior los jóvenes deben moldearse durante toda su vida. Al mismo tiempo, se ha instaurado el mecanismo de

individualización que traspasa toda la responsabilidad de la vida a los sujetos. Si algo sale mal en la construcción de la propia biografía se debe a que no se tomaron las decisiones correctas para salir adelante. Ello se sustenta en el egoísmo y la competencia que propugna la sociedad de control. Además, gracias a la llegada de las redes sociales, los jóvenes exponen sus problemas, y éstos son vistos por los demás, pero a pesar de ello, siguen solos. Los problemas se convierten en algo banal que debe ser superado individualmente. Al mismo tiempo, se estableció el mecanismo de precarización. Los jóvenes al ver que los “fracasados” son excluidos y desechados tienen miedo de convertirse en ellos. Por eso aceptan las políticas de flexibilización, por eso se explotan, por eso la solidaridad y la empatía se desvanecen. En una sociedad en la cual los jóvenes solo piensan en sí mismos, se da un abismo de empatía, aunado al hecho de vivir en realidades sumamente distintas, ello ha derivado en el proceso de estigmatización. Se ha vuelto más fácil juzgar al otro sin conocerlo, que buscar tener algún contacto con él. De esa manera, la estigmatización se basa en la falta de respeto hacia el otro provocada por la pérdida de la dignidad. Al mismo tiempo, eso sucede de manera individual, cuando los jóvenes creen que son un fracaso, ellos mismos se tachan como algo que no merece ser respetado en la sociedad. La auto-estigmatización asoma su rostro cuando un joven se culpa a sí mismo y cree no haber resuelto de la mejor manera problemas que son estructurales. Así, se da un proceso dual, los jóvenes excluyen a otros por no querer conocerlos y basarse en prejuicios sociales, al mismo tiempo que se excluyen a sí mismos por no creerse lo suficientemente capaces para solucionar sus problemas individuales. Así, se busca convencer a los jóvenes de que están solos, frustrados e inmersos en una realidad basada en la modulación constante. A pesar de ello, los jóvenes también pueden pensar, actuar y crear. Pueden responder a los embates de los mecanismos de las sociedades de control y luchar contra el deber ser que les es impuesto. Los jóvenes pueden convertirse en sujetos constituyentes, pueden crear nuevas realidades puesto que, “para sobrevivir necesitamos aferrarnos a otra realidad posible y por ahora ficticia” (Marina, 2008: 227), y así los jóvenes luchan para crearla. Pensando así, los valores de la dignidad y la libertad de la concepción social del trabajo pueden funcionar como un medio de emancipación. La lucha por recuperar ambos valores puede crear resquicios que permiten imaginar a la participación juvenil de otra manera.

## Capítulo III

### LA LUCHA POR LA DIGNIDAD: UNA VISIÓN REIVINDICADORA DE LA JUVENTUD

---

En una entrevista que Foucault sostuvo con Deleuze sobre el papel de los intelectuales en la lucha por el poder, él se preguntaba si la dificultad para encontrar las formas de lucha adecuadas, ¿no provenía de que ignoramos todavía en qué consiste el poder? (Foucault, 1992). Quizá, el papel de los intelectuales sería *desenmascarar* los procedimientos y mecanismos por los cuales el poder se ejerce en una sociedad dada. Hasta este momento, el presente estudio ha pretendido describir la *metamorfosis* de la sociedad disciplinaria a una de control, analizando la articulación de los dispositivos disciplinarios para comprender las nuevas formas de control emanadas del capitalismo del siglo XXI y la manera en que éstos atraviesan los cuerpos y las mentes de los jóvenes imponiendo un deber ser que responde a los intereses de una élite. Los dispositivos de control –identificados, particularmente, con la *precarización, individualización y estigmatización*– enmascaran y legitiman las relaciones de poder y crean un velo en las instituciones dominadoras, generando prácticas que hacen creer que son tan fuertes que no existe más que la alternativa de obedecer. Sin embargo, como el mismo Foucault menciona, toda relación de poder la constituyen dos partes. Ante el embate de los dispositivos de control, los jóvenes pueden reaccionar en cualquier momento y *actuar* para abrir la posibilidad de la resistencia. Un sujeto no solo está sujeto, sino que también emerge como sujeto actuante, transformando su fuerza en potencia. De esa manera, el poder adquiere “la capacidad de hacer real lo posible” (Marina, 2008: 12). Mediante la acción política, los jóvenes aperturan un camino para reconstruir su dignidad, entendida a la manera de Arendt en términos de la libertad de actuar juntos para abrir un espacio público desde el que tienen voz y son escuchados, al mismo tiempo que adquieren capacidad de juicio y pensamiento; crean nuevas formas de estar juntos para luchar por una *realidad diferente* y modificar los “canales” institucionales que los habían estigmatizado hasta hoy como seres inocuos e intrascendentes.

El eje que articulará este capítulo será el *poder* en términos de su capacidad creadora ligada al valor de la *libertad*, entendida como capacidad de *acción política*, es decir, como medio utilizado por los jóvenes para recuperar la *dignidad* mediante la conquista de un espacio público en el que se desenvuelven y critican el *statu quo* impuesto y ajeno a su realidad y en última instancia, para alcanzar un mundo diferente. Se indagarán algunos momentos que visibilizan este proceso, a través del que los jóvenes contradicen el discurso moral de la concepción social del trabajo y abren canales para la creación de realidades diferentes.

Lo que se ha buscado relatar hasta el momento es que, “el poder se ejerce mediante procedimientos de dominación que son muy numerosos” (Foucault, 2014b: 41). Así, se ha descrito la manera en la que la precarización, estigmatización e individualización ejercen su poder, buscando enmascarar a una sociedad sustentada en la desigualdad, al mismo tiempo que buscan su legitimación. De esta manera, se ha configurado el estigma de que los jóvenes son seres vacíos, egoístas, apáticos, desinteresados por la política y solamente preocupados por vivir el presente. Foucault mencionaba que “quienes fueron vencidos son aquellos a quienes, por definición, se les ha quitado la palabra” (Foucault, 2014b: 55). El objetivo de este capítulo es mostrar que los jóvenes se expresan y actúan de diversas maneras a pesar de la existencia de dispositivos de control que los oprimen. Las relaciones de fuerza siempre son susceptibles de ser revertidas, “no hay relaciones de poder que triunfen por completo y cuya dominación sea imposible de eludir” (Foucault, 2014b: 77). Toda relación de poder genera el surgimiento de resistencias que luchan en contra de lo establecido, llegando incluso a incidir en el *statu quo*.

En ese sentido, el *poder* debe entenderse como potencia de acción. Como la capacidad de crear algo nuevo, de luchar por algo diferente, puesto que es “la capacidad de realizar algo, la facultad de convertir en acto una posibilidad. Es pues, acción realizadora” (Marina, 2008: 27). Pero, al mismo tiempo, el poder lleva implícita una capacidad expansiva, al tener poder uno busca someter a otro. Es así, que el poder se ejerce a partir de la obediencia de otra persona (Marina, 2008). Ello implica que la *libertad* emana del poder creado en la pluralidad, para tomar un término de Arendt. El ser humano necesita libertad para *crear*, “la libertad supone el *comienzo* de la realización de algo, el *inicio* que anima e

inspira todas las actividades humanas, la *acción como principio de la vida política*” (Delgado, 2015: 65).

El poder tradicional, derivado de los dispositivos de control, busca expandir y ejercer diferentes formas de obediencia. La obediencia implica la aceptación del poder, que deriva en la sumisión de un sujeto ante otro. Los dispositivos de control de la concepción social del trabajo han buscado generar obediencia en los jóvenes para legitimar una sociedad enmarcada por la desigualdad y para conseguir dicho objetivo se basan en el valor de la *libertad radicalizada* sintetizada en la “libertad del yo”. Esta naturaleza del poder podría explicar el por qué los jóvenes asumen los patrones actuales de modulación constante, flexibilización y precarización. Se les hace creer que tienen el *poder* y la *libertad* de hacer lo que deseen y de elegir entre miles de opciones cómo quieren ser y a qué aspiran. Es por ello que, la libertad en las sociedades de control debe comprenderse en términos de libertad de *elección del yo* y no de *acción colectiva*. La libertad, se vincula al libre albedrío, es decir, al *poder* elegir cómo construir su propia biografía al tener un sinfín de opciones creadas por el mercado (Žižek, 2002: 542). Sin embargo, la libertad de elección no significa que ellos tengan la libertad para actuar en contra de lo establecido, implica que se deslinda a los jóvenes del *poder* para crear algo nuevo, con los otros (Delgado, 2015: 63).

La concepción social del trabajo ha sido normalizada como regla moral, al mismo tiempo, crea un deber ser que busca ser impuesto y en caso de resistirse, deviene en estigma y exclusión hacia los jóvenes. Como se ha mostrado a lo largo de los dos capítulos anteriores, los dispositivos de control aspiran a “vaciar” de *poder* a los jóvenes, coartando su *libertad de acción*, creando sujetos *pasivos*, cuya *dignidad* queda referida a los valores del mercado. Legitiman a las sociedades de control, puesto que, “en teoría, es legítimo aquel poder capaz de justificar su existencia apelando a principios o valores universalmente aceptados. En la práctica, es la capacidad de convencer a la población de que una cosa es justa” (Marina, 2008: 139). El valor de la libertad radicalizada en términos de elección desde el yo, propicia esta legitimación. Los jóvenes suponen que son libres, cuando en realidad viven sometidos a mecanismos de control muy sutiles, más discretos (Deleuze, 2006; Han, 2014a).

El resultado de la anulación del poder de los jóvenes para actuar da lugar a la culpa de los jóvenes, como si la responsabilidad de los problemas sociales y políticos que enfrentan les correspondiera solo a ellos, generando un proceso de auto-exclusión. Esto deviene en la pérdida de *reconocimiento de sí, de la ruptura del proceso de alteridad*, sometiendo a los jóvenes a la anulación de su existencia, pues no hay que olvidar que, “un agente deja de ser libre en el instante en que pierde su *capacidad de hacer*” (Delgado, 2015: 62). En este sentido, el papel de la libertad entendida como acción y no en términos de elección, permite que los jóvenes hablen y se manifiesten por medio de sus actos en contra del deber ser que les es impuesto. De esta manera, retomar al *poder* en términos de *potencia*, basado en la *libertad de acción* da lugar a la creación de resistencias, puesto que, “cada modo de ejercer el poder determina un modo de sometimiento, y lo mismo ocurre a la inversa. El sujeto subordinado puede acabar imponiendo un modo nuevo de ejercer el poder” (Marina, 2008: 47). En este trayecto, *la libertad de acción es postulada como mecanismo de resignificación de la juventud*. Mediante su ejecución, los jóvenes actúan y se convierten en sujetos constituyentes, ya que “el poder no puede desaparecer, sino cambiar de nuevo de titularidad. No es el monarca, no es la nación, no es el pueblo, el titular, sino el sujeto que se hace responsable de su azarosa presencia en el mundo, y que, superando la angustia de la precariedad, se lanza a una azarosa y valiente navegación” (Marina, 2008: 229).

Las relaciones de poder en las sociedades de control se fundamentan en *ficciones morales*, es decir, en supuestos que no existen totalmente en la realidad, pero, la sociedad actúa como si así fuera (Marina, 2008). Una consecuencia de lo anterior, es que la legitimidad se sustenta sobre una base irreal y por ello, en cualquier momento puede desestabilizarse e incluso derrumbarse, como lo han mostrado los jóvenes al convertirse en protagonistas de diferentes luchas sociales y políticas. Cuando lo establecido por los dispositivos de control se aleja de la realidad, puesto que es algo *irreal*, las instituciones comienzan a desestabilizarse. Cuando eso ocurre, brotan resistencias que buscan evidenciar que el poder de las instituciones está basado sobre cimientos débiles y ficticios; florecen insurgencias que buscan desmentir los mitos normalizados socialmente y sobre todo, emerge una lucha por hacer realidad *otro mundo posible* (Arditi, 2012). Para Marina, “lo que se admitía como real al principio, acaba convirtiéndose en meta a conseguir, en

proyecto. Los hombres no nacemos libres, pero vamos a intentar que eso suceda. Los hombres no nacemos iguales, pero vamos a comportarnos como si lo fuéramos. Un proyecto es una idea, un *ficto*, una ficción que queremos convertir en realidad” (Marina, 2008: 210).

Ante la ausencia de realidad del discurso moral de la concepción social del trabajo que deviene en la pérdida de legitimidad de las instituciones de poder en las sociedades de control, surgen insurgencias motivadas por el *desencanto* que pueden romper con lo establecido por el *statu quo*. Para Valenzuela, “el desencanto juvenil constata el quebranto de las apuestas de la modernidad como horizontes de futuro enmarcado en los ejes del progreso, por ello [los jóvenes] salen a calles y plazas a establecer su estar en el mundo, a gritar su inconformidad, a señalar a los responsables de los problemas y a los que lucran con las necesidades humanas” (Valenzuela, 2015: 45). Así, producto de la falta de realidad del deber ser, los jóvenes salen a las calles, en donde ejercen el *poder* para *reapropiarse* del espacio público, ahí, por medio de su acción, *resignifican* su propia vida. Ya que, “actuando y hablando [...] el hombre muestra quién es, revela activamente su única identidad personal y hace su aparición en el mundo humano” (Delgado, 2015: 67).

Frente a la desigualdad generada por las sociedades contemporáneas, los jóvenes reaccionan y dejan de ser sujetos pasivos para convertirse en sujetos actuantes. El poder como potencia permite comprender que los jóvenes pueden actuar para que las *ficciones morales* se conviertan en *realidad*, hay que actuar para que las cosas sucedan. Es por ello, que la *libertad de acción* se vuelve esencial como base de la *acción política*. Las insurgencias surgidas desde 2011, con la “Primavera árabe” y que continúan multiplicándose en diferentes experiencias en distintas partes del mundo, muestran el nuevo papel de los jóvenes al observar que su realidad no se conecta con las promesas del deber ser que busca ser impuesto en las sociedades de control. El poder se ejerció en forma de dominación hacia ellos. Sin embargo, cada día dan la vuelta a esa idea, puesto que el poder también implica la capacidad para crear algo nuevo (Marina, 2008; Ardití, 2012; Delgado, 2015). Entender al poder en ese registro implica concebir el potencial de los jóvenes para *crear* nuevos mundos. Por ello, la *acción política* permite conseguir lo prometido por las *ficciones morales*, pensar en lo *por venir* (Ardití, 2012). Para Ardití, “*las insurgencias son*

*pasadizos o conectores entre mundos, entre el actual y otro posible*, por lo que son modos de poner en acto una promesa de algo diferente *por venir*. Esto permite pensar en las insurgencias como *performativos políticos* en la medida en que *en ellas se comienza a vivir aquello por lo que se lucha*” (Arditi, 2012: 148). Las insurgencias conectan la realidad con la idea de un mundo mejor, de algo que está *por venir*. Así, las insurgencias deben entenderse como *performativos políticos*, puesto que en ellas, *se vive aquello por lo que se lucha*. Al luchar por la libertad, los jóvenes ya son libres.

*Pensar a la acción política en términos de performativos* implica comprender que aquello que es enunciado no puede separarse de la misma acción. Bajo este principio, “los performativos políticos son acciones y declaraciones que anticipan algo *por venir*, a medida que los participantes empiezan a experimentar –conforme comienzan a vivir– aquello por lo que luchan mientras luchan por ello” (Arditi, 2012: 152). Mediante la acción política, las insurgencias permiten a los jóvenes comenzar a vivir *otro mundo posible*, puesto que al luchar y ejercer su poder, ya están incidiendo en la realidad,<sup>9</sup> están aprendiendo que pueden existir otras formas de estar juntos: “comenzamos a ser libres al luchar por la libertad, ya comenzamos a ser felices mientras luchamos por la felicidad, sin importar cuán difíciles sean las circunstancias” (Žižek, 2002: 559).

El año de 2011 trajo consigo una serie de insurgencias en las cuales la juventud cobró un papel fundamental. La lucha por modificar un sistema político como sucedió en la “Primavera árabe”; la indignación provocada en España por la ayuda surgida a los bancos mientras se dejaba en la precarización al resto de la población; la lucha contra el monopolio de la información de los medios de comunicación tradicionales como sucedió en México; y la lucha por la *reapropiación* del espacio público como sucedió en Brasil. En ellas, los jóvenes buscaron nuevas formas de ejercer su poder, y gracias a sus acciones performativas, consiguieron reapropiarse de un espacio público del cual habían sido marginados y sobre todo, comenzaron a vivir otros mundos posibles. Por medio de sus acciones encontraron nuevas formas para contradecir a un deber ser ajeno a su realidad. Al mismo tiempo, que mostraron que existen valores totalmente diferentes a los impuestos por

---

<sup>9</sup> Desde el punto de vista de Arditi, las insurgencias inciden en la realidad por el simple hecho de existir, más allá de su influencia en términos institucionales, el hecho de decir ¡Ya basta! Implica que ha surgido una alteración en el *statu quo* (Arditi, 2012).

el discurso moral de la concepción social del trabajo. Así, surgió una lucha por la legitimidad entre los dispositivos de control, en contra de una juventud que no estaba de acuerdo con los estándares que se les pedían. Para Arditi, las insurgencias del año 2011,

Expresaban el hartazgo con la impunidad de los poderosos y con la farsa de una justicia social inexistente. Sus banderas incluían los derechos humanos y la democracia, la educación gratuita y laica, la vivienda asequible, el responsabilizar a las empresas financieras por su papel en la crisis, la obscenidad de una distribución tan desigual del ingreso, la falta de empleos y perspectivas de futuro para la mayoría de la gente y la insatisfacción con los políticos corruptos e incompetentes (Arditi, 2012: 148).

La resistencia, implica entonces, que los jóvenes adquieren conciencia de que la mayoría de las promesas que sustentaban al deber ser de la concepción social del trabajo no eran más que ficciones que buscaban legitimar a un sistema desigual. Al actuar para resignificarse “imaginan mundos mejores y mejores escenarios globales y al mismo tiempo, luchan y despliegan imaginativos modelos de resistencias social y cultural” (Valenzuela, 2015: 19).

Las insurgencias muestran que se puede deshacer el encantamiento del poder porque en realidad el emperador está desnudo. Ellas desplazan los marcos de referencia de la gente al ofrecerles ventanas de posibilidades [...]. Los encuentros entre extraños en el espacio de la Plaza Tahrir constituyeron algo más que una convergencia de cuerpos o una suma aritmética de individuos. La gente sentía la euforia de poder hacer algo por el mero hecho de estar juntos (Arditi, 2012: 162).

Los jóvenes al luchar juntos se empoderaron, su poder entendido como potencia aumentó gracias al conjunto y por ello, pudieron poner en cuestión el “aura sagrada” de los poderosos (Arditi, 2012: 163). Sin embargo, cuando los jóvenes se resisten, los dispositivos de control del discurso moral de la concepción social del trabajo reaccionan. En ese proceso, surge una “idea moral” que suele considerar a los movimientos como “desviaciones”. Así, cuando los jóvenes rompen el “deber ser” y en lugar de actuar solos, buscan la empatía y el apoyo de los demás, los dispositivos buscan criminalizar los movimientos sociales (Valenzuela, 2015: 31). Esto se debe a que los movimientos juveniles son ajenos al “fin” del discurso moral de la concepción social del trabajo.

Así, los dispositivos de control cada vez adaptan sus mecanismos para mantener el dominio sobre los jóvenes insurgentes. Un ejemplo de esto lo constituye la criminalización de la protesta, la estigmatización<sup>10</sup> y la crítica por parte de los medios de comunicación, aludiendo que los movimientos no contaban con “programas” políticos e “institucionales” a futuro. En ese aspecto, como afirma Arditi, las insurgencias no pretendían hacer un programa sobre cómo debería ser la sociedad del futuro, únicamente buscaban criticar la realidad presente,

Lo que no se encuentra en estas protestas es un esbozo programático de cómo sería la sociedad futura. Esto se debe a que los insurgentes de 2011, al igual que quienes les precedieron en la práctica de la emancipación, actuaban impulsados por la creencia de que las condiciones actuales dañan la igualdad, la libertad y la justicia social, y de que su acción puede hacer que un mundo más justo y equitativo surja de este (Arditi, 2012: 149).

Las revueltas de 2011 surgieron ante la falta de realidad de un deber ser impuesto construido a partir de una ficción moral. Abrieron nuevas formas de estar juntos y por el simple hecho de haber ocurrido dejaron una marca, algo cambió, puesto que,

Las insurgencias tendrán una vida espectral más allá de su muerte, la cual será todo menos etérea. Su *remanente espectral* impregnará las prácticas y las instituciones tanto como las maneras de ver y de hacer. La materialidad de este remanente se manifiesta en los cambios cognitivos que producen las insurgencias, la experiencia de la vida en las calles y de la participación en asambleas generales para planear los siguientes pasos, en los recuerdos de estas experiencias, en los líderes que pudieran surgir en el proceso de ocupación, en las asociaciones y campañas subsecuentes que fomentan y en los cambios de políticas que generan (Arditi, 2012: 167).

El *poder* entendido como *potencia* implica dos cosas: dominio y creación. En las sociedades de control el poder se entiende en términos de dominación y es ejercido a través de los dispositivos de la concepción social del trabajo para conseguir la obediencia de los jóvenes, como lo hemos analizado en los capítulos anteriores. Sin embargo, al

---

<sup>10</sup> Como ocurrió en México durante el movimiento #Yosoy132, en el cual los jóvenes de la Universidad Iberoamericana se manifestaron en contra del candidato presidencial en las elecciones de 2012 Enrique Peña Nieto. Se acusó a aquellos que mostraron su descontento de no ser estudiantes de dicha universidad y de ser “paleros”. Ante ello, los 131 jóvenes decidieron subir un video a la plataforma *youtube* en la cual mostraban sus credenciales que los acreditaban como estudiantes de dicha universidad. El video puede observarse en el siguiente enlace, <https://www.youtube.com/watch?v=hca6lzoE2z8>.

mismo tiempo implica la capacidad para crear algo nuevo. Las insurgencias de 2011 lo mostraron así. A pesar de ello, la lucha por el poder en las sociedades de control es desigual. Debido al traslape entre mecanismos disciplinarios y de control, los jóvenes se encuentran inmersos en una paradoja. Son seres dominados que tienen el poder de actuar y crear, así ellos no son seres inmutables, puesto que mantienen prácticas en ambos sentidos. Todo el tiempo hay lucha en todas partes, “a cada instante pasamos de rebelión a dominación, de dominación a rebelión” (Foucault, 2014b: 77). En las insurgencias de 2011 los jóvenes tomaron un papel activo, crearon nuevas formas de ser juntos y afectaron al *statu quo*, sin embargo, ello no implica que siempre tengan una actitud activa, en cualquier momento pueden convertirse nuevamente en sujetos pasivos. Los movimientos parecen a pesar de que quedan algunos remanentes. Sin embargo, es seguro que algo cambia, a pesar de que la incidencia de las insurgencias puede ser difusa e incluso su papel no se puede observar sino tiempo después.

Con el propósito de mostrar algunas experiencias en las que los jóvenes devienen en sujetos actuantes, cuya expresión se muestra en diferentes formas de resistencia que ponen en cuestión los dispositivos de control generados a través del discurso moral de la división social del trabajo, gestados de manera paralela al desarrollo del capitalismo, en el presente capítulo se analizarán dos de las múltiples insurgencias abanderadas por los jóvenes dirigidas a enfrentar los cánones de poder establecido en el contexto del capitalismo neoliberal: el 15M en España y el #Yosoy132 en México, con la intención de mostrar que los jóvenes se expresan y actúan de diversas maneras a pesar de la existencia de dispositivos de control que los subyugan; además se identificarán en qué consisten los remanentes que permanecen de las insurgencias cuando éstas se “dispersan”; y, los modos en que la acción política de los jóvenes crean otras formas de estar juntos, más solidarias y empáticas que irrumpen la lógica de la estigmatización, creada culturalmente e históricamente en torno a ellos, aperturando una visión reivindicadora de su existencia mediante su lucha por la dignidad.

## De la indignación a la acción política: el 15M en España

El año 2011 se vio enmarcado por diversas luchas provocadas por la *pérdida de legitimidad* de las sociedades contemporáneas, asociada al hartazgo de varios sectores sociales, entre ellos la juventud. La idea de *otro mundo posible*, vinculada al *poder* como *potencialidad* para crear nuevas formas de estar juntos se volvieron fundamentales para el surgimiento de insurrecciones que mostraban el *descontento* de la sociedad. Producto de la falta de realidad del discurso moral de la concepción social del trabajo, surgieron movimientos que con un grito de rebeldía comenzaron a experimentar *otros mundos posibles* gracias a la *acción política* (Arditi, 2012). Aunque a veces parezca que el poder existe únicamente en términos de dominación y obediencia, los jóvenes mostraron que ellos también tienen el poder de contradecir lo establecido, puesto que, “el ser humano, [...] es rebelde, y aspira a la emancipación. Esta dualidad hace que, junto al deseo de poder, aparezca un deseo de rebelión contra el poder” (Marina, 2008: 49). Así, el desencanto, la falta de esperanza y la indignación se convirtieron en catalizadores del poder juvenil. Lo anterior puede observarse en el 15M que surgió en el año 2011 en España. Ahí, se dio una lucha protagonizada por la falta de legitimidad en la que cayó el régimen español y sobre todo porque los jóvenes pudieron visibilizar que sus esperanzas se construían sobre ficciones.

Si bien el movimiento 15M surgió el 15 de mayo de 2011, es necesario comprender un poco el contexto económico Español. Ante la crisis económica mundial del año 2008, el presidente de España, José Luis Rodríguez Zapatero emitió un paquete de 150 000 millones de euros para evitar la quiebra de los bancos españoles (Lupe, 2014). Es curioso que mientras el mecanismo de individualización responsabiliza a los sujetos por sus decisiones “equivocadas” y el castigo a ello es la exclusión y la falta de respeto, a los bancos se les apoyó con presupuesto público y se les “salvó” de sus errores. Al mismo tiempo, se aplicó un paquete de “ajustes” de corte neoliberal, que disminuyó el 5% del salario a los trabajadores públicos, eliminación de subsidios y ayudas sociales. También se aprobó una reforma laboral “que apuntaba al abaratamiento del despido improcedente y el alargamiento de la edad de jubilación de 65 a 67 años”, es decir, pretendía hacer legal la flexibilización laboral (Lupe, 2014: 103). Así, la realidad se volvió más precaria para la mayoría de la población española, muestra de ello es que en el primer trimestre de 2009 “se fueron al desempleo un millón” de trabajadores (Lupe, 2014: 102). Pero, ¿si la responsabilidad de las

acciones es individual, por qué la crisis económica es colectiva? ¿Por qué se salva a los bancos mientras que los sujetos deben enfrentarse solos a una realidad cada vez más incierta?

Sumado a lo anterior, las instituciones políticas tradicionales como los sindicatos y los partidos políticos no pudieron hacer nada para prevenir este suceso. Ante su falta de respuesta, los jóvenes comenzaron a manifestar su indignación en las redes sociales: “la indignación nacía de los hondos problemas sociales que estaba generando la crisis y que golpeaban de manera especial a la juventud, y se dirigía contra las primeras medidas de ajuste y los políticos que las aplicaban para rescatar a los grandes capitalistas de su crisis” (Toret, 2015: 105). Así, los jóvenes buscaron otras formas de actuar, bajo el lema de: “No nos representan”. Existe el estigma de que los jóvenes son apáticos en términos políticos. Pero eso es una justificación creada por los dispositivos de control. Puesto que, el hecho de que los jóvenes no vean en las instituciones tradicionales una solución a sus problemas, no significa que no les interesa la participación política en otros términos (Beck, 2006; Reguillo, 2003; Valenzuela, 2015). De esta manera, el *desencanto* devino en motivación para actuar y, por medio de la acción política los jóvenes buscaron recuperar la dignidad que los dispositivos de control habían vinculado únicamente a la libertad de elección del yo, anulando la capacidad de acción plural política. Es por ello que, “el 15M no solo ha representado, de entrada, lo que no parece poco, la opción contrapuesta a la política del miedo y del repliegue neoliberal al consumismo o la vida privada, la otra cara de la interpelación a ser ‘empresarios de nosotros mismos’: la de la construcción a tientas, experimental, de una nueva experiencia política” (Cano, 2015: 122).

Ante la pérdida de credibilidad de las instituciones políticas tradicionales, los jóvenes indagaron nuevas formas para actuar juntos. En este contexto, las redes sociales jugaron un papel esencial en términos de divulgación de información crítica y organización del colectivo. Pero, el avance tecnológico vinculado al poder debe analizarse con cautela. Puesto que puede ser comprendido como un instrumento de control, o como una herramienta que puede facilitar la libertad de acción. Desde la perspectiva de Žižek las redes sociales funcionan como instrumento de control y dominación, se vinculan a la *libertad de elección, pero no a la de acción* (Žižek, 2002). En las sociedades de control, se

ofrece tecnología (si puedes comprarla) capaz de liberar y conectar a cualquier persona en cualquier parte del mundo, al mismo tiempo que se le ofrece un acceso a la información que antes parecía impensable. El problema recae, en el hecho de que la mayoría de la información es banal y que la tecnología llega a utilizarse únicamente con fines recreativos y de ocio. Al mismo tiempo que esta tecnología puede imponerse como un medio de control, al cual, los individuos se someten (sin saberlo) por iniciativa propia, generando de esa manera un panóptico digital (Han, 2014a). En él, la mayoría de individuos con acceso a las redes sociales se “desnudan” para obtener gratificación y reconocimiento (Bauman, 2007, Han, 2013). De esa manera, los problemas personales son expuestos en redes sociales a toda hora, dando pie a una sobreinformación de contenido trivial. Por ello, los jóvenes al sentirse libres, comparten absolutamente lo que quieran, pero al mismo tiempo, e incluso sin percatarse, están aceptando su propio control, ya que por medio del panóptico digital, cualquiera con acceso a internet puede saber lo que ellos están haciendo, comiendo o pensando (Bauman y Lyon, 2013, Han, 2013).

Sin embargo, las redes sociales vinculadas al poder entendido como potencia para crear nuevas formas de estar juntos, también puede funcionar como una herramienta que facilita y promueve la libertad de acción (Toret, 2015). Esto se debe a que los jóvenes también pueden conectarse entre ellos en cualquier parte del mundo, al mismo tiempo que pueden actuar en el espacio digital y organizarse para trasladarse al espacio geográfico. Las conexiones que permiten las redes sociales entendidas como catalizadores del poder permiten a los jóvenes conectar un sin número de realidades que antes parecían aisladas. Prueba de ello, es que en el espacio digital, los jóvenes pueden compartir información crítica, organizarse, compartir libros y conectarse con millones de personas que piensan de la misma manera. Así, para Toret:

El proceso de aprendizaje colectivo transformó el uso ocioso de la red en un uso explícitamente político de la misma. Los usuarios de internet pasaron de compartir archivos musicales, archivos audiovisuales y programas informáticos, a compartir información crítica, convocatorias y estrategias de intervención política o reflexiones sobre la situación económica y social (Toret, 2015: 190).

En ese sentido, la politización del uso de las redes puede vincularse a acciones *performativas* (Arditi, 2012). Mientras los jóvenes exigían en las redes un cambio social, mayor igualdad, mejor seguridad social y espacios en los cuales ejercer su libertad de acción, comenzaban a vivir dichos valores. Las redes sociales, así entendidas permiten el surgimiento de la libertad de acción, en ellas, los jóvenes ejercen su poder y conectados con el resto del mundo, pueden organizarse para *reapropiarse* del espacio público. Cuando las redes sociales se politizan, permiten la conexión de millones de jóvenes en todo el mundo, jóvenes que enfrentan día a día los embates de un sistema desigual y la imposición de un deber ser que busca atravesar sus cuerpos y sus mentes a través de los dispositivos de control del discurso moral de la concepción social del trabajo. Bajo esta lógica, las redes sociales facilitan la unificación de sus ideas de desencanto y esperanzas en la consecución de un mundo mejor. Al mismo tiempo que facilitan la organización y la movilización al espacio público.

Un concepto fundamental para comprender cómo funciona la politización de las redes y su papel en la reapropiación del espacio público es el de *tecnopolítica*, entendida en primera instancia como el “uso táctico y estratégico de las herramientas digitales para la organización, comunicación y acción colectiva” (Toret, 2015: 205). La tecnología puede convertirse en un instrumento fundamental para que los jóvenes ejerzan su poder. Gracias a ellas, pueden convertir su potencial en realidad, puesto que las redes permiten la conexión de diversos individuos, la unificación de ideas y la organización para la toma de un espacio público. La *tecnopolítica* vinculada a la libertad de acción se vuelve fundamental para que los jóvenes puedan *resignificarse*. Además, las redes sociales han mostrado basarse en valores ajenos a los de la concepción social del trabajo, por ello, en el espacio digital es posible vislumbrar otras formas de estar juntos (Arditi, 2012). Por ejemplo, la solidaridad es esencial en las redes sociales, ya que ahí, los jóvenes pueden compartir información crítica e incluso *software* de manera gratuita con el único fin de compartir algo con los demás (Toret, 2015). Al mismo tiempo, surgen allí *prácticas comunicativas solidarias* que permiten la interacción de los jóvenes, las redes pueden ayudar combatir al abismo de empatía generado en las sociedades de control. Gracias a ella, los jóvenes conocen a otros, perciben sus problemas y crean prácticas para actuar juntos en la búsqueda de soluciones. Por medio del uso de la *tecnopolítica* los jóvenes pueden ejercer su poder y crear otras

formas de estar juntos basadas en la solidaridad y la tolerancia. Mediante este ejercicio se experimenta “la capacidad de las multitudes conectadas, de los cerebros y cuerpos conectados en red, para crear y automodular la acción colectiva. Ésta puede abarcar el ciberactivismo en tanto la acción colectiva se limita a la esfera digital, sin embargo, en un sentido pleno, la *tecnopolítica* es una capacidad colectiva de utilización de la red para inventar formas de acción que pueden darse o partir en la red pero no acaban en ella” (Toret, 2015: 205).

El *15M* mostró que las redes sociales al politizarse pueden convertirse en un medio por el cual los jóvenes pueden imaginar otros mundos posibles, conectarse con un sin número de personas y ejercer su poder político. Pero eso no significa que todo se quede en el espacio digital. Las redes sociales también fueron utilizadas como herramientas de organización, cuyo objetivo fue la *reapropiación* del espacio público, puesto que ellos, al estar conectados, pudieron organizar al instante acampadas, toma de plazas y marchas. Al mismo tiempo, en el mismo espacio digital, pudieron crear páginas de información crítica, subir videos sobre lo que acontecía en el espacio público, grabar cómo fueron tratados por policías y políticos. De esa manera, “haciendo uso de las redes sociales digitales, de la telefonía móvil y de internet, [los jóvenes] consiguieron erosionar la legitimidad de los poderes constituidos, articulando la toma del espacio urbano con una guerrilla infomediática distribuida” (Toret, 2015: 186). Surgió de esa manera una hibridación del espacio público, el espacio en la red se vinculó al espacio geográfico. El primero, fue una herramienta esencial para la toma del segundo. Por ello, el papel de las redes fue fundamental desde el inicio.

El *15M* hizo su aparición el domingo 15 de mayo de 2011, con una serie de manifestaciones por toda España. La convocatoria a ellas partió del *espacio virtual*, pero no se quedó únicamente en la dimensión digital, puesto que buscó trasladarse al espacio geográfico (Toret, 2015: 199). El 15 de mayo se dieron marchas en más de 15 ciudades de España, bajo el lema: “*Democracia Real Ya! No somos mercancía en manos de políticos y banqueros*” (Toret, 2015: 187). Así, producto de la indignación generada por el desempleo, por los recortes sociales, la corrupción y por el hecho de sentirse como una mercancía en manos del capital impaciente, salieron a marchar aproximadamente 20 mil personas. Esa

noche, al terminar la manifestación, un grupo de personas decidieron acampar en la Puerta del Sol de Madrid. La reacción de los dispositivos no tardó en llegar, puesto que uno de los mecanismos de control que surge al observar a la gente actuando juntos, solidariamente y luchando en contra de lo establecido es la *criminalización de las protestas sociales*. Esto permite la utilización de la violencia “legítima” estatal, bajo la idea de que los manifestantes representan un problema en contra del orden establecido. Aquella noche del 15 de mayo, las personas que se quedaron a acampar fueron desalojadas por la policía. Todo pudo ser grabado e incluso transmitido en vivo gracias a la tecnología y a las redes sociales (Toret, 2015). De esa manera, surgieron en todo el mundo redes de apoyo hacia los desalojados. Prueba de ello fue la concentración de apoyo en los Juzgados de Plaza de Castilla para exigir la libertad de los arrestados aquella noche.

Al mismo tiempo, los medios de comunicación tradicionales le restaban importancia al movimiento. Pero, gracias a las redes sociales, en todo el mundo los jóvenes pudieron informar en vivo, exactamente lo que sucedía en las manifestaciones. Al observar el desalojo se “encendió la llama de la indignación” dando un nuevo impulso al movimiento. Por ello, pocos días después comenzaron a constituirse acampadas en decenas de ciudades españolas. De esa manera, el movimiento consiguió hacer eco en una sociedad que se había visto afectada por años debido a las políticas neoliberales. La solidaridad comenzó a emerger.

El *15M* mostró que el uso de las redes sociales con fines políticos permitió a los jóvenes gozar de cierta libertad de acción, y gracias a ella, comenzaron a *resignificarse*, puesto que, “los actores de estas insurgencias, encuentran en la red-calle, un espacio clave para otorgar valor, en la constitución de subjetividades, a la posibilidad de la (auto) elección de aquellos problemas, procesos y tareas que vinculan a sus biografías” (Reguillo, 2015: 151). Al momento de actuar políticamente, los jóvenes dejaron de ser sujetos pasivos y juntos comenzaron a luchar por la idea de otro mundo posible, recuperando su dignidad (Arditi, 2012, Delgado, 2015). La lucha por la conquista de un espacio público, en el cual ellos se convirtieron en “agentes activos” por medio del habla y de su escucha, es una muestra de que, “los seres humanos necesitan un espacio público, en el que sean capaces de desarrollar todo su potencial a través de la política, la actividad de conducir los asuntos de

la comunidad por medio del habla” (Delgado, 2015: 67). Por medio de la politización del espacio público, los jóvenes al actuar y manifestarse en contra de la desigualdad crearon nuevos mecanismos de rebeldía que manifestaban su descontento en contra de lo establecido por el sistema.

Una crítica que se ha hecho al movimiento por parte de algunos medios de comunicación e intelectuales que estudiaron a la insurrección, fue el hecho de que no contaba con una propuesta “para reemplazar al *statu quo*” (Arditi, 2012: 147). Es decir, no proponían crear un “proyecto político” tradicional para tomar el poder y hacerse del control de la sociedad. Así, el movimiento se vio desacreditado y tachado como algo espontáneo que no tuvo ninguna incidencia en la realidad, puesto que en términos de la política institucional cambió muy poco. “El 15M ha sido condenado a la minoría de edad desde el principio y reducido a un fenómeno epiléptico, una respuesta puramente emocional” (Cano, 2015: 139). Sin embargo, como menciona Arditi (2012), “Las insurgencias buscan perturbar al *statu quo*, mientras que los programas quieren gobernarlo”. Así, las insurgencias rompen al *statu quo* por el simple hecho de nacer. Atacan a la legitimidad obtenida a través de los dispositivos de control, resquebrajan la idea de orden establecido y critican a un deber ser impuesto, por ello, “organizar el futuro no era su prioridad, pues ya estaban comenzando a cambiar las cosas por el solo hecho de manifestarse, llevar a cabo ocupaciones y, en general desafiar el *statu quo*” (Arditi, 2012: 149).

El movimiento *15M* desde un inicio se manifestó como apartidista y asindicalista. Con ello, se buscaba invitar a un grupo heterogéneo de personas a unirse a ellos, sin importar su afiliación política. Se esperaba que personas de todas las edades se unificaran para trabajar por un fin común. Gracias a la apropiación del espacio público en España, los jóvenes comenzaron a actuar políticamente, así, ellos se organizaron en asambleas y charlas con el fin de debatir temas de interés, de organización, al mismo tiempo que buscaban informarse sobre cuestiones políticas y económicas. La libertad de acción producto de la apropiación del espacio público permitió que los jóvenes comenzaran a “desarrollar todo su potencial a través de la política” (Delgado, 2015: 67).

El movimiento *15M* mostró que en algunas insurgencias pueden crearse *nuevas formas de ser-juntos* basadas en valores ajenos a los de la concepción social del trabajo. En

las primeras jornadas del movimiento surgieron muestras de empatía, solidaridad y apoyo, que revelaron que se puede luchar en contra de lo establecido, incluso si no se puede vencer (Arditi, 2012). El hecho de que los jóvenes hagan algo, ya está cambiando a la realidad, puesto que, “el hecho de que ocurran [las insurgencias] es significativo en sí mismo, independientemente de lo que proponen” (Arditi, 2012: 148). Gracias a las insurgencias, los jóvenes pueden dejar de ser sujetos pasivos, y por el simple hecho de hacer algo distinto, comienzan a cambiar su realidad.

Medir la incidencia de las insurgencias en la realidad es complicado. La crítica más importante que se hace sobre lo ocurrido el 15 de mayo es la falta de un plan de gobierno, y el hecho de que el movimiento no buscó hacerse del poder político institucional. Sin embargo, a los jóvenes en ese momento no les interesaba ejercer su poder de una manera “institucional”. El movimiento en ese sentido, se convirtió en un laboratorio político en el cual ellos buscaron crear nuevas formas para actuar, más solidarias (Cano, 2015). Un ejemplo de ello, son las asambleas públicas, y la creación de páginas web en las cuales cualquier persona podía aprender más sobre el movimiento, opinar e incidir sobre los fines del mismo. Sin embargo, como ocurre con todo movimiento su impulso comienza a decaer. No hay insurgencia que pueda existir por siempre, sin modificarse o evanecerse. Es por ello que para Arditi, las insurgencias son episódicas y solo ocurren rara vez. “Todas las insurgencias son episódicas. La política emancipatoria no es un perpetuo presente de la revuelta, sino algo extraordinario: literalmente, fuera de lo ordinario” (Arditi, 2012: 159).

Las insurgencias desde que nacen están destinadas a desaparecer. Todo movimiento social comienza a diluirse, resquebrajarse e incluso puede ser absorbido por el sistema. Sin embargo, por el simple hecho de haber nacido y de haber criticado algo de la realidad, contribuye a su modificación. En ese sentido, las insurgencias son *mediadores evanescentes*, así, “lo que se fue persiste y deja huellas en la realidad que ayudó a generar” (Arditi, 2012: 156). Nuevamente, la incidencia que dejan las insurrecciones puede ser mínima y puede ser que no se observe por un largo tiempo, pero sus *remanentes* están ahí, algo cambió, por más mínimo que sea este cambio. “Las cosas se desvanecen, pero pocas veces se van sin dejar rastro” (Arditi, 2012: 158).

El día 20 de mayo de 2011, se elaboró un texto con la participación de todas aquellas personas que asistieron a las asambleas o participaron en los foros creados en la página web del movimiento. Ahí quedan registrados claramente aquellos principios por los que luchaban. Entre los que más llaman la atención se encuentra el segundo punto que plantea la exigencia de algunos derechos básicos planteados en la constitución como: el “*derecho a una vivienda digna, sanidad pública, gratuita y universal; libre circulación de personas y refuerzo de una educación pública y laica*”.<sup>11</sup> A pesar de que aquellos derechos están asentados en su Constitución, no dejan de ser meras ficciones (Marina, 2008). Es por ello, que los jóvenes tuvieron que actuar políticamente para exigir que esos derechos se convirtieran en una realidad (Delgado, 2015). Otra muestra del hartazgo ante las instituciones del capital impaciente se encuentra en el séptimo punto, puesto que se exigía la *reducción del poder del FMI y la nacionalización inmediata de todas aquellas entidades bancarias que hayan tenido que ser rescatadas por el Estado*. También existen puntos que luchan en contra de la precarización laboral, sin embargo, en el décimo punto se designa al Estado como el regularizador *de las condiciones laborales*. De esa manera, la insurgencia, al criticar las condiciones sociales en las que vivían conectaron su realidad con otra posible. Su incidencia se encuentra marcada en el hecho de poner en discusión temas que se daban por sentado, como la aplicación de derechos básicos, la regularización a entidades financieras internacionales y una mejor rendición de cuentas de los partidos políticos.

El remanente institucional más fuerte que dejó el movimiento *15M* fue la creación del partido político “Podemos”. Es curioso que al analizar lo ocurrido desde mayo, queda la impresión de que los jóvenes ya no se sienten representados por las instituciones políticas tradicionales, como partidos políticos o sindicatos. Parecía ser que la confianza en ellas se había perdido. Siendo así, ¿por qué querían participar en las mismas instituciones que desprecian? ¿Por qué crearían planes políticos para gobernar de una manera que ellos mismos no aprueban? En este sentido, es importante comprender el papel que tuvieron varios intelectuales, entre ellos German Cano, para evitar que el movimiento se evanesciera sin dejar una fisura en el *statu quo*.

---

<sup>11</sup> Se puede ingresar a la página del movimiento en el siguiente enlace: <http://www.movimiento15m.org/>.

A primera vista, pareciera ser contradictorio que un movimiento social que buscaba poner en cuestión a la economía y a la política tradicional fomentada en las sociedades contemporáneas creara un partido político. Sin embargo, para el movimiento quedó claro que “Podemos” debía ser diferente a los partidos tradicionales. “Cuando lo viejo no termina de morir y lo nuevo de nacer, emergen monstruos”, con esta frase retomada de Gramsci, German Cano, busca explicar el origen del partido. Pero él aclara, que “Podemos” debe ser un “monstruo bueno”. Así, el partido es un monstruo porque tiene el cuerpo de lo viejo, es decir, de un partido político tradicional, sin embargo, ahí se buscan crear nuevas formas de participación política sustentadas en una ciudadanía crítica (Cano, 2015).

“Podemos”, ha sido condenado desde su origen por partidos tanto de izquierda como de derecha. Puesto que, si se analiza al *15M* como un movimiento de “resentidos sociales” (como buscaron hacer creer a la gente varios intelectuales), se puede hacer la crítica de que el partido, busca ser un partido populista de masas. Es en este punto en el que se pueden observar nuevas formas de hacer política, no es que el partido en sí buscara a las masas, sino que más bien, se convirtió en el catalizador de aquellas voces que no eran escuchadas por los partidos políticos tradicionales, puesto que, “la dispersión y proliferación de agentes cuyas protestas sociales, no confinadas a las identidades de clase [...] rebasan las capacidades de canalización de los marcos institucionales existentes” (Cano, 2015: 171). De ahí “que el ‘podemos’ de Podemos surja más bien del encadenamiento colectivo de muchos dolores que hasta ahora por diversas razones no encontraban salida o gramáticas políticas” (Cano, 2015: 201).

Después del *15M*, quedó claro a los intelectuales que formaron parte en él, que debía crearse una manera para “gestionar la indignación y politizar el resentimiento” y evitar que los intelectuales del neoliberalismo lo hicieran. Es por ello que, “Podemos”, no busca disputar únicamente votos, sino también busca incidir ideológica y culturalmente (Cano, 2015: 182). El partido con bases gramscianas, busca crear una *contra-hegemonía* que se enfrente al deber ser de la concepción social del trabajo. De esa manera, “Podemos” busca romper con la idea de que los sujetos deben ser “empreendedores solitarios” y aboga por la actuación política colectiva de sujetos conscientes (Cano, 2015). En ese sentido, el partido busca canalizar en él a una población diferente, ellos se enfocan en personas que

actúen y no en sujetos pasivos. De esa manera, German Cano, resalta la “diferencia entre lo que la gente quiere (pasivamente) escuchar y lo que la gente (activamente) piensa” (Cano, 2015: 207). “Podemos” busca democratizar a la “figura del intelectual”, partiendo del supuesto de que todos podemos ser filósofos que actúan para crear *otro mundo posible*. Por ello, “en Podemos no se interpela a un sujeto pasivo, sino a un sujeto activo”. A diferencia del sujeto pasivo en términos políticos fomentado por el neoliberalismo, el nuevo sujeto pensante, “es lo que está en el paso de ‘decir lo que la gente quiere escuchar’ a ‘decir lo que la gente piensa’, entendiendo que la gente está reflexionando sobre el sentido de su destino y su futuro y dota de formas y gramáticas culturales y discursivas a los contenidos materiales” (Cano, 2015: 209).

“Podemos” rompe con los esquemas políticos tradicionales, puesto que busca empoderar a la gente, al mismo tiempo que las invita a luchar por su futuro y dejar de ser sujetos pasivos que no tienen influencia en su realidad. Así, “Podemos busca articular hegemónicamente una mayoría social, no interpela a la ‘masa’, por definición pasiva, sino a una fuerza política activa que, latiendo en el espacio social del malestar, resiste a quedar ‘contenida’ en esa caricatura obtusa y manipulada de la fuerza popular de la que hablan sus detractores” (Cano, 2015: 172). El tiempo dirá si “Podemos” puede llevar a cabo sus propuestas, pero de ser así, podría crearse una nueva forma de hacer política que abogue el apoyo de sujetos actuantes.

El *15M* permitió observar que los jóvenes actúan y se expresan guiados por valores más solidarios y empáticos a los establecidos por la concepción social del trabajo. A pesar de que han pasado más de cinco años del movimiento, quedan restos que persisten en la sociedad española. Entre los remanentes más importantes del movimiento, se encuentra mostrar que a los jóvenes sí les interesa la política (aunque en otros términos) y que unidos, ellos pueden ejercer su poder, resignificándose y convirtiéndose en sujetos activos. En ese sentido, el movimiento consiguió poner en contacto a la realidad actual de los españoles con otro mundo posible. Por medio de sus acciones políticas performativas, los integrantes del movimiento *15M* consiguieron experimentar (aunque fuera brevemente) su libertad de acción, consiguiendo recuperar la dignidad que habían perdido. También, la creación del partido político “Podemos” es una muestra de que los movimientos sí pueden tener una

incidencia fuerte en las instituciones tradicionales. Ya que a partir de ellos pueden crearse nuevas formas de hacer política, híbridos entre lo tradicional y lo nuevo. “Podemos” en sí mismo está conectando a la realidad actual española con otro mundo posible sustentado en formas de actuar juntos que empoderan a los jóvenes. Gracias a lo anterior, queda más presente que nunca la idea de que los jóvenes pueden dejar de ser sujetos pasivos en cualquier momento, y que junto con el resto de la sociedad pueden actuar y crear otros mundos posibles, el actuar plural de los jóvenes así ha marcado, “la entrada en escena de una nueva composición social que está transformando la geografía social desde abajo y que, harta de los cantos de sirena de la distinción neoliberal y su reinención continua, se resiste a dejar de decidir sobre su derecho al futuro” (Cano, 2015: 193).

### **“El acceso a la información nos hará libres”: El movimiento Yosoy132**

Casi un año después del movimiento *15M*, floreció en México el *Yosoy132*. A diferencia del primero, la lucha aquí sería en contra del monopolio de la *información* que los medios de comunicación tradicionales mantenían en el país. El movimiento *Yosoy132* surgió como una crítica a la manipulación y a la desinformación de los medios de comunicación, bajo la idea de que éstos influenciaban a la mayoría de la sociedad, y que tenían como objetivo, aventajar electoralmente al entonces candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto. A pesar de la *desacreditación* a la que se vieron sometidos los jóvenes desde el inicio, ellos mostraron que tienen la capacidad de *actuar juntos* para así soportar los embates de los dispositivos de control. Las *redes sociales* jugaron nuevamente un papel fundamental en el empoderamiento de los jóvenes, así como en su organización para conquistar el *espacio público*. Además, el movimiento permitió observar que los jóvenes pueden actuar de manera empática y modificar a las estructuras políticas tradicionales, creando de esa manera otro *por venir*.

Aproximadamente seis meses antes de las elecciones que ocurrirían el día primero de julio del año 2012 en México, los medios de comunicación tradicionales le daban una victoria plena a Enrique Peña Nieto. Parecía ser que su triunfo era inminente y por ello, el primero de mayo, las grandes televisoras mexicanas anunciaron que no transmitirían en sus canales principales el primer debate presidencial. “Se puede subrayar, a este respecto, que

la historia de la televisión en México es la de su alianza con el poder político, con dos grandes consorcios privados –Televisa y Televisión Azteca– que controlan el 90% de las audiencias” (Rovira, 2014: 50). Generando de esa manera, un descontento en algunos sectores de la población, sobre todo en los estudiantes, quienes criticaban que las televisoras prefirieran emitir un partido de fútbol, antes que un debate que podría beneficiar a la población en términos informativos. Ratificando así, “el peso de la maquinaria mediática y publicitaria de Televisa para imponer a su candidato en la presidencia” (Rivera, 2014: 61).

El día 11 de ese mes, Enrique Peña Nieto fue invitado al foro “Buen Ciudadano” organizado por la Universidad Iberoamericana (UIA). Todo iba bien, hasta que comenzaron a surgir preguntas sobre el caso Atenco. Varios alumnos de la Universidad le recriminaron su responsabilidad en las violaciones a los derechos humanos que sufrieron los pobladores de San Salvador Atenco que se negaban a la construcción de un nuevo aeropuerto en sus tierras ejidales. Lo anterior aconteció mientras Peña Nieto era el gobernador del Estado de México. Ante los reclamos, Peña Nieto decidió salir corriendo del foro y ocultarse en los baños de la escuela “lo que derivó en el hashtag *#MeEscondoComoPeñaEnElBaño*” (Valle, 2015: 290).

La falta de crítica de los medios de comunicación “leales” a Peña Nieto, recordó a los estudiantes que viven en “un país que cuenta con un sistema político anquilosado con una larga tradición de negar toda posible crítica y disidencia y, sobretodo, se resiste a renovarse generacional y políticamente” (Medina, 2012: 2). Como respuesta a ello, los estudiantes de la UIA mostraron que ellos sí estaban informados y que tenían preguntas interesantes que hacerle al entonces candidato. Las redes sociales jugaron aquí un papel importante como medio de información alternativo y como instrumento de organización. Es interesante observar la reacción que tuvo el candidato ante las acciones que mantuvieron los jóvenes, antes que debatir, él prefirió correr a esconderse. Tal vez esto se deba a que no estaba preparado para aquel embate juvenil. Los estudiantes de la UIA mostraron que el estigma que dice que a los jóvenes no les interesa la política es una falsedad. Maricela Portillo, académica de la UIA al entrevistar a los miembros fundadores del movimiento deja en claro que, “varios relatos coinciden en la preocupación por la realidad del país, por

una cierta sensibilidad social, que pueden ser entendidos como un interés por lo político más allá del sistema formal del que se sienten alejados” (Portillo, 2015: 8). A los jóvenes sí les interesa la política, pero no la tradicional y el once de mayo mostraron que están bien informados y que buscan incidir en el futuro de su país. Pero, cuando los jóvenes comienzan a *actuar juntos*, la respuesta de los dispositivos de control no tarda en expresarse.

Al día siguiente, comenzó la descalificación en los medios de comunicación alineados al poder estatal. La televisión y periódicos nacionales presentaron la noticia afirmando que no había sido una manifestación auténtica de estudiantes sino de “activistas” organizados por los partidos de oposición. Así, el presidente nacional del PRI, Pedro Joaquín Coldwell, describió a los estudiantes como: “un puñado de jóvenes que no son representativos de la comunidad de la Ibero, [que] asumió una actitud de intolerancia respecto de los planteamientos que hacía nuestro candidato”. También, Arturo Escobar, senador del Partido Verde Mexicano, comentó en una entrevista que, “[La] mayoría de los que abanderaron esta parte final del acto no son estudiantes de la Ibero [...]; la información que se nos da al final [del evento] es que grupos cercanos a Andrés Manuel López Obrador [...] estuvieron promoviendo y organizando [...] a estos jóvenes para que provocaran al candidato”. Del mismo modo, el líder nacional de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares del PRI, Emilio Gamboa Patrón, manifestó que: “fue un boicot, una trampa, una actitud porril, provocadora, pero el candidato no cayó en eso” (Estrada, 2014: 89-90).

Como se puede observar la *criminalización* de la protesta no tardó en llegar. No era creíble que estudiantes de la Ibero (es decir de una universidad privada) mostraran su descontento hacia Peña Nieto. No era factible que estudiantes de clases más privilegiadas mostraran empatía ante lo sucedido en Atenco. El acto debía ser provocado obviamente por “porros” o grupos de choque contratados por el rival electoral de Peña Nieto, López Obrador. Ante la criminalización, los jóvenes que actuaron juntos el 11 de mayo tuvieron que tomar una decisión. Dejar que los medios de comunicación manipularan lo ocurrido y quedará únicamente como un acontecimiento planeado para perjudicar a Peña Nieto. O, por el contrario, manifestarse para mostrar a la opinión pública que ellos eran estudiantes

críticos y que no estaban de acuerdo con lo que acontecía en su país. Ellos eligieron la segunda opción.

El 14 de mayo, un grupo de estudiantes de la UIA, difundieron a través de las redes sociales, el video titulado: “131 Estudiantes de la Ibero”,<sup>12</sup> en el que cada uno mostró su credencial y dio su número de matrícula. Mediante este video muestran la descalificación a la que se vieron sometidos: “estimados Joaquín Coldwell, Arturo Escobar, Emilio Gamboa, así como medios de comunicación de dudosa neutralidad. Usamos nuestro derecho de réplica para desmentirlos. Somos estudiantes de la Ibero, no acarreados, no porros, y nadie nos entrenó para nada” (Goche, 2012). Así, las redes sociales dieron oportunidad a los jóvenes para replicar, algo que no podría ocurrir en la televisión o en la radio. La *tecnopolítica* ayudó a los jóvenes a *actuar juntos* para combatir las acometidas del sistema. Las redes permitieron que los jóvenes dejaran de ser receptores pasivos de noticias para convertirse en generadores de información. A tan solo seis horas de haber subido, el video ya contaba con 21,747 visitas.

Pero el descontento no se quedó únicamente en las redes sociales. Al igual que en el caso del *15M*, el malestar por la descalificación de su acción conectó a jóvenes en distintas partes del país generando vías para la toma del espacio público. Se organizó una marcha para el viernes 18 de mayo con el propósito de protestar contra la política informativa de Televisa. La convocatoria tuvo eco, puesto que a la marcha se sumaron estudiantes del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (TEC), la Universidad del Valle de México (UVM) y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (Estrada, 2014: 93). Contra el estigma de que a los estudiantes de escuelas privadas no les interesa lo que acontece en su país, dicha marcha mostró lo contrario. Las redes sociales como catalizadoras del descontento permitieron que el abismo de empatía existente comenzara a difuminarse, surgiendo de esa manera, muestras de solidaridad.

El 23 de mayo, se convocó a los jóvenes a acudir a la Estela de Luz en la Ciudad de México. Ese día, “el foro se convirtió en multitudinario: el grupo inicial de estudiantes de las universidades privadas se vio rebasado. En ese contexto, se dio a conocer una

---

<sup>12</sup> El video se encuentra en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=hca61zoE2z8>.

declaración de principios, fruto de la deliberación en pequeñas asambleas realizadas en parques públicos”. En su declaración de principios el movimiento se manifestaba como ajeno a cualquier postura partidista, “como tal, no expresamos muestras de apoyo hacia ningún candidato o partido político, pero respetamos la pluralidad y diversidad de los integrantes de este movimiento”. Además, afirmaban que el motivo de su lucha se centraba “en la defensa de la libertad de expresión y el derecho a la información de los mexicanos, en el bien entendido de que ambos elementos resultan esenciales para formar una ciudadanía consciente y participativa. Por lo mismo, promovemos un voto informado y reflexionado” (Rovira, 2014: 54).

Gracias a la difusión que se dio en redes sociales, varios jóvenes que tenían el mismo sentir con referencia a los medios de comunicación crearon vínculos de organización para confrontar al discurso del que fuera el partido oficial durante más de setenta años. El uso de la *tecnopolítica* les permitió buscar nuevas maneras para *actuar juntos*. Por ello, “en efecto, en los primeros días tras la marcha en contra de la política informativa de Televisa se conformaron, paralela e independientemente, diversos grupos de estudiantes en diferentes universidades, que se sintieron identificados con sus compañeros” (Estrada, 2014: 96). De esa manera, comenzó a gestionarse la indignación y el resentimiento se politizó (Cano, 2015). Jóvenes de distintas universidades, públicas o privadas, comenzaron a actuar colectivamente y a manifestarse con miras a criticar la realidad del país. La muestra más importante de ello fue la asamblea que tuvo lugar el día 30 de mayo en las islas de Ciudad Universitaria de la UNAM. Dando nacimiento a la Primera Asamblea Universitaria. A ella, asistieron siete mil personas, de 35 universidades, la asamblea duró ocho horas y en ella se organizaron quince mesas de debate (Estrada, 2014: 96).

En dicha asamblea quedó claramente establecido que los jóvenes no buscaban reproducir los esquemas políticos tradicionales. El movimiento luchaba en contra del “protagonismo individual” y producía lo que se denomina “liderazgo compartido” (Valle, 2015: 279). Muestra de ello fue el nacimiento de la Asamblea General Interuniversitaria (AGI), compuesta por 130 Asambleas Locales Autónomas (ALA) constituida por distintas universidades. Así, “el movimiento, que era inicialmente estudiantil, se convirtió también

en caja de resonancia para las múltiples luchas sociales del país invisibilizadas en los medios” (Rovira, 2014: 57). Los estudiantes unidos con otros sectores de la población se reunieron para ejercer su poder para crear algo nuevo, criticando al sistema político mexicano. En el manifiesto del *Yosoy132* se lee:

Las y los jóvenes de México creemos que el sistema político y económico actual no responde a las demandas de todos los mexicanos [...] empoderar al ciudadano común a través de la información, ya que ésta nos permite tomar mejores decisiones políticas, económicas y sociales. La información hace posible que los ciudadanos puedan exigir y criticar, de manera fundamentada, a su gobierno, a los actores políticos, a los empresarios y a la sociedad misma (Estrada, 2014: 108).

Como se observa el movimiento no postulaba un programa de gobierno. No buscaba hacerse del poder estatal, ni proponía un proyecto de sociedad futura. Únicamente manifestaba su descontento ante la falta de veracidad y la manipulación que los medios de comunicación habían mantenido tradicionalmente en México. “[Ellos] Señalan que su lucha es por la defensa de la libertad de expresión y el derecho de información y, por lo tanto, se definen vigilantes del papel político que cumplen los medios de comunicación en el país” (Medina, 2012: 8). Con la idea de que los ciudadanos al contar con una fuente de información crítica, podrían tomar mejores decisiones. Debe recordarse que, “lo propio de las insurgencias no es diseñar un nuevo orden, sino abrir posibilidades mediante un desafío de nuestros imaginarios y mapas cognitivos” (Arditi, 2012: 147). Las insurgencias no quieren crear un nuevo orden, desafían al actual, abren caminos, descubren posibilidades y desquebrajan al *status quo*. Muestra de ello, los comentarios de uno de los participantes de la primera Asamblea en la UNAM, “pude ver que ¡no había nadie haciendo el movimiento más que nosotros!” (Rovira, 2014: 57). Gracias a sus acciones performativos, los jóvenes comenzaron a conectar su realidad *con otra posible*.

El 19 de junio, el movimiento *Yosoy132* decidió organizar un tercer debate presidencial, en un escenario irónico: la sede de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. La sorpresa fue que todos los candidatos excepto Enrique Peña Nieto asistieron. Quedando claro que el movimiento llegó a cobrar importancia para ellos. Además, el debate fue transmitido por Internet y las “preguntas se elaboraron

colectivamente a partir de las aportaciones de las asambleas universitarias y de un espacio colaborativo en Internet donde cualquiera podía formular sus preguntas y votar por aquellas que le parecieran más interesantes” (Rovira, 2014: 61). El debate fue seguido por más de 112,000 personas. El debate en sí mismo es una muestra de la incidencia que tuvo el movimiento juvenil en la política tradicional. Las acciones performativas ahí aplicadas crearon nuevas formas para buscar que más gente se interesara y participara en esta clase de eventos políticos que suelen ser dejados de lado (como por ejemplo el primer debate presidencial de las mismas elecciones). Así, “la creatividad del formato implicaba que estudiantes conectados desde sus casas hicieran las preguntas a los políticos e incluso las debatieran por Skype. En este sentido, el 132 generó una ola no solo de movilización sino también de participación ciudadana, llevando el formato normalmente regulado del debate de candidatos a un espacio novedoso, más interactivo, como ejercicio democrático” (Rovira, 2014: 61).

Los movimientos sociales conectan la realidad presente con otros mundos posibles. Eso comenzó a ocurrir gracias al *Yosoy132*. Además de crear un nuevo debate presidencial que fue visto por miles de personas con un formato interactivo que buscaba hacer sentir a la ciudadanía como parte del mismo; el sábado 23 de junio los jóvenes organizaron un festival cultural. Muestra de que el arte y la cultura pueden convertirse en mecanismos por los cuales los jóvenes se resignifican y se conectan con el resto de la sociedad. Aquel día surgieron “talleres de circo, pintura para niños, serigrafía, carteles, una exposición sobre el fascinante grafismo del movimiento y algunas obras de artistas. [...] hubo performances, instalaciones y actuaciones de bandas consagradas como *Panteón Rococo*, *Los de Abajo*, *Botellita de Jerez*, *Natalia Lafourcade*, *Los Malditos Cocodrilos* y *Estrambóticos*, entre otros” (Rovira, 2014: 60). El arte se mostró así como medio de rebeldía y de solidaridad entre los jóvenes, artistas y el resto de la sociedad que quisiera involucrarse.

El día de las elecciones, el movimiento se “erigió en centro de monitoreo”. En las redes sociales se hizo la invitación a toda la ciudadanía a que por medio del uso de sus celulares monitorearán las casetas electorales en busca de alguna irregularidad. La *tecnopolítica* permitió, empoderar a los ciudadanos. Ellos tenían ahora el poder para observar que no sucediera nada extraño en las elecciones (como sucedió en 2006). Para

ello, “se construyeron espacios y wikis en la red para que los ciudadanos subieran las fotos de los resultados de cada casilla y cotejarlas con el conteo oficial, además de recopilar denuncias y evidencias gráficas de posibles delitos. Los vídeos de denuncia sirvieron para impugnar la elección cuando se generaron situaciones sospechosas de fraude” (Rovira, 2014: 62). A pesar de la participación de la ciudadanía, hubo irregularidades en las elecciones, sin embargo, quedó la enseñanza de que la gente puede actuar políticamente haciendo algo más que votar (Salazar y Cabrera: 2013: 24).

Así, lo ocurrido en mayo y junio de 2012 fue una situación extraordinaria, un acontecimiento que ponía en cuestión las formas tradicionales hacer política. Los jóvenes, “no se encontraban organizados y carecían de cualquier filiación partidista. Únicamente ejercían sus derechos ciudadanos” (Estrada, 2014: 90). Es por ello que, debieron aplicar prácticas *performativas*. Es decir, iban construyendo otra realidad mientras la vivían (Arditi, 2012). Para Estrada,

El 132 implica para la política un desafío de inclusión y reconocimiento de actores, voces e intereses no representados por los partidos políticos. En particular, el 132 opera como un renovador de las formas convencionales de hacer política en México en la medida en que demuestra, en la práctica, que las posibilidades de participación en los asuntos de interés público se amplían gracias al acoplamiento de las redes sociales y su comunicación telemática con el sistema político (Estrada, 2014: 117).

Como afirma Arditi, lo propio de las insurgencias es criticar y dejar fisuras en el *statu quo*. Los programas políticos, llegan después de la acción, como un remanente. “Son las insurgencias más que sus propuestas las que constituyen el plan, en la medida en que buscan modificar los límites del *statu quo* y las narrativas a través de las cuales lo entendemos” (Arditi, 2012: 160). El movimiento *Yosoy132* mostró al mundo que los jóvenes pueden decir, ¡Ya Basta!, ante los estigmas y la manipulación informativa de los que son sujetos. Con su actuar cuestionan las formas tradicionales de hacer política y se convierten en sujetos activos con la capacidad de crear otros mundos posibles. Ejemplo de ello son los siguientes comentarios del cocinero del movimiento en la acampada que tuvo lugar el día 2 de julio, “es importante para nosotros los acampantes vernos a los ojos y saber que somos gente en búsqueda de la libertad, libertad para volvernos libres ante

nuestros propios dogmas, libres de nuestras limitaciones como individuos, libres de nuestra limitada visión, de nuestros miedos, y estamos listos para honrar, defender, luchar y soñar” (Valle, 2015: 293). Como se describió en el capítulo anterior, la libertad en las sociedades contemporáneas es vinculada únicamente a la libertad de *elección del yo*, es decir, se vacía a los sujetos de su *libertad de actuar juntos*, creando de esa manera, sujetos pasivos. Lo dicho por el cocinero es una muestra de que los jóvenes, por lo menos en el movimiento buscaban recuperar su libertad para actuar, para crear nuevas formas de estar juntos y mientras ellos luchaban por ello, fueron libres.

Como todo movimiento social, el *Yosoy132* comenzó a perder la fuerza irruptiva. Las diferencias ideológicas, económicas e incluso culturales no tardaron en aparecer (Estrada, 2014: 105). El abismo de empatía repercutió en la separación de las diferentes asambleas. Ponerse de acuerdo sobre qué hacer, fue complicado para los jóvenes, sobre todo porque tenían distintas formaciones y distintas ideas sobre lo que debía acontecer en el futuro. La falta de empatía logró fragmentar al *Yosoy132*. En palabras de una de las integrantes de las Asambleas,

Sí, en las islas de CU fue cuando se llegó a cerrar el ciclo, de repente es muy difícil, igual en un enemigo en común que era Peña Nieto, entonces por ende debíamos ser anti-peña, entonces de repente ahí salían unas cosas de “hay que ser anti-capitalista” y “hay que ser anti-neoliberalistas”, entonces empezaron a salir diferencias ideológicas. Nosotros como 131 dijimos: sí, ok, tal vez fuimos el mito fundacional de esta generación, pero no compartimos ciertas ideologías o ciertas ramas de pensamiento (Portillo, 2015: 13).

A pesar de las diferencias ideológicas, después de las elecciones, el movimiento cobraría un nuevo impulso. Los jóvenes buscaron mostrar a los poderes electorales que las elecciones se encontraron viciadas, pero no tuvieron una respuesta favorable. Como reacción, el primero de diciembre, se convocó en redes sociales a la gente a marchar en contra de la toma de posesión del ahora presidente Enrique Peña Nieto en la Cámara de Diputados con sede en San Lázaro. Hasta ese momento, los dispositivos de control habían utilizado únicamente el mecanismo de criminalización y de estigmatización para buscar contrarrestar al *Yosoy132*. Sin embargo, el primero de diciembre se comenzó a utilizar la violencia física.

Para Portillo, “el miedo llegó el primero de diciembre con la toma de la presidencia por parte de Peña Nieto. El #IDmx constituyó un punto de inflexión. El ambiente festivo que permeó la primera mitad de 2012 cambió por la represión, la persecución y la consecuente criminalización de los jóvenes que a partir de esa fecha estableció el discurso oficial” (Portillo, 2015: 13). En palabras de uno de los involucrados con el movimiento,

El primero de diciembre cuando Peña Nieto tomó posesión, ese fue un momento, bueno yo estaba ahí en la calle, estaba fuera de San Lázaro, del palacio legislativo y hubo muchos actos de violencia que yo nunca me imaginé que se hubieran podido suscitar en la Ciudad de México, sobre todo porque nosotros estamos acostumbrados a marchar de manera muy pacífica y que no pasaba de que había policías de tránsito dándonos el paso, pero ver granaderos y policías federales aventándote gas lacrimógeno, cuando tú no estabas actuando con violencia y cuando te estaban replegando, incluso te estaban acordonando, me dio muchísimo miedo (Portillo, 2015: 13).

El #IDmx dejó “más de 100 heridos y más de 60 detenidos”. Ante esto los jóvenes comenzaron a actuar. Buscaron en redes sociales el apoyo de la ciudadanía para exigir la liberación de los detenidos. El 3 de diciembre se convocó a una nueva marcha para demandar a las autoridades la libertad de 69 jóvenes consignados. Al radicalizarse los dispositivos de control, el movimiento tuvo que modificar sus demandas. La lucha ya no era únicamente en contra de la desinformación, ahora el movimiento luchaba en favor de los derechos humanos y en contra de la represión. Gracias a la lucha y la muestra de solidaridad de gran parte de la ciudadanía, “tras 27 días de permanecer detenidos fueron liberados los últimos 14 consignados, mediante el pago de fianzas. Algunos legisladores se hicieron cargo del pago de esas garantías para facilitar la liberación de todos” (Salazar y Cabrera: 2013: 30).

Producto del abismo de empatía y de la radicalización de la criminalización de la protesta, el movimiento comenzó a fracturarse. El miedo se sembró en varios de sus integrantes. A pesar de ello, el *Yosoy132* cumplió su papel de mediador evanescente, dejando remanentes. Primero, mostró a los jóvenes que actuando juntos pueden “recobrar un poder personal interno, empoderarnos como sujetos, es decir sabernos co-creadores de nuestra propia vida” (Valle, 2015: 306). Por medio de su acción política, los jóvenes

pueden resignificarse, es decir, hacerse partícipes en sus decisiones personales y actuar para cambiar su realidad si ésta no les satisface. “Hay que repetirlo: las insurgencias no son ni más ni menos que el trazado de una diferencia que se esfuma, mediadores que se desvanecen y que ponen el orden existente en contacto con otros mundos posibles” (Arditi, 2012: 160).

Segundo, dejó la enseñanza de que a los jóvenes sí les interesa la política y en cualquier momento pueden manifestarse en contra de lo establecido puesto que cuentan con las herramientas necesarias para hacerse sentir en todo el mundo. En términos de política tradicional, el movimiento no dejó partidos políticos, ni incidió en las leyes, sin embargo, alteró la manera en que los medios de comunicación vinculados al sistema actuaban. De la misma manera que mostró que puede existir otra forma de informar a la gente, crear debates interactivos y hacer partícipe a la ciudadanía en la política, haciendo de esa manera que los políticos voltearan a ver que la participación juvenil es importante. “Es decir, el #YoSoy132 proyecta al sujeto juvenil como un actor relevante, ya no solo en términos demográficos y electorales, sino como subjetividades diversas en construcción con un gran potencial movilizador de energías en torno a la transformación de las prácticas tradicionales del sistema político asociadas a la corrupción, el abuso de autoridad, la impunidad y el control que ejercen los poderes fácticos” (Medina, 2012: 10).

Tercero, probó que gracias a los actos performativos, los jóvenes que integraron al movimiento experimentaron otros mundos posibles, otras formas de ser juntos. Que estos se hayan difuminado no implica que no hayan cambiado la realidad. Para Rovira,

La semilla de #YoSoy132 implicó una profundización democrática, así como la participación de miles de jóvenes de México, la mayoría de los cuales vivían su primera experiencia política. Así las cosas, la gran aportación del 132 fue sacar a la luz los graves problemas de un país que se pretendía democrático a pesar del nivel de impunidad existente (y con más de 100.000 muertes violentas en el sexenio pasado), y generar un debate profundamente crítico sobre la democracia, los medios de comunicación de masas y las instituciones, en el marco de una campaña electoral que se pretendía monocorde y previsible (Rovira, 2014: 63).

Como movimiento evanescente el *Yosoy132* puso en cuestión las formas en que las autoridades mexicanas gobernaban al país. La lucha por la información permitió vislumbrar al resto de la población que existen otros medios de información más interactivos y críticos. Al mismo tiempo que se crearon otras formas de actuar juntos. También, hizo notar a los políticos que los jóvenes pueden constituirse como un sujeto activo que busca transformar su realidad y darle sentido a su vida. Por ello, los dispositivos de control tuvieron que radicalizarse, el control mental ya no fue suficiente, ahora había que utilizar la violencia. Ese es otro remanente que queda vigente y que se observó en lo acontecido en *Ayotzinapa* y en todas las consecuentes marchas que hubo en el año 2014. A partir de la criminalización de la protesta, se creó el estigma de que los jóvenes actuantes son peligrosos para el orden establecido, legitimando de esa manera el uso de la violencia. “El sujeto joven aparece en la mira de las autoridades y las acciones que reciben atención mediática durante todo 2013 se instalarán, a partir de ese momento, en las narrativas de la violencia y la radicalización de la protesta” (Portillo, 2015: 14).

Los remanentes de lo ocurrido en 2012 siguen vigentes, actúan en la realidad de los jóvenes. Tanto su incidencia en los medios de comunicación y en la política tradicional, como la respuesta violenta de los dispositivos de control. Sin embargo, no todo está escrito, pueden existir más remanentes que todavía no se han visibilizado, puesto que,

Es en el largo plazo de la historia y la política en donde se verán reflejados los cambios que están teniendo lugar, y lo estarán teniendo en los próximos años, en los jóvenes ciudadanos informados, con motivaciones para la acción política y conectados. Por supuesto, lo que hay ya son redes de jóvenes que saben cómo organizarse y hacerse escuchar (Portillo, 2015: 15).

...

A modo de colofón, mas no de conclusión, podemos decir que para Foucault, los sujetos son seres ambivalentes. Esto se debe a que por una parte, se encuentran atravesados por una serie de verdades que imponen una forma de *individualidad* no construida por ellos, que los “sujeta” y los ata a una forma de pensar y actuar. Al mismo tiempo que, todo sujeto cuenta con un mínimo de libertad para reflexionar y después para actuar. Así, el medio para

romper la individualidad se encuentra en la *ética*. Los sujetos pueden utilizarla para reflexionar sobre su condición de vida, sobre quiénes son y así, dejar de reproducir una forma de vida ajena a ellos (Foucault, 1984).

En las sociedades contemporáneas la individualidad se traduce en el deber ser del emprendedor. Un sujeto solitario, pasivo, cuya vida gira en torno a la supervivencia y cuyo único fin es aumentar la producción en un periodo corto de tiempo, es decir, un sujeto cuya dignidad no puede separarse del ámbito laboral. El problema reside en que en un contexto neoliberal, en el cual los empleos son escasos, los sujetos al interiorizar el discurso moral se sienten frustrados e incompetentes al no poder realizar lo que se espera de ellos. Los dispositivos de control, en este sentido, buscan responsabilizar a los mismos sujetos de su condición de vida, enmascarando la desigualdad que surge por los problemas estructurales. La dominación se da así de una manera discreta cuando los sujetos reproducen sin dudar a esta individualidad impuesta. Sin embargo, la ética entendida en términos de la reflexión, del pensar, permite que los sujetos critiquen su propia realidad. Al contrario de la idea del emprendedor; el pensamiento ético, se basa en el proceso de alteridad, es decir en el reconocimiento de los demás como seres dignos sin importar su condición.

El *15M* como el *Yosoy132*, constituyen ejemplos que sirven para comprobar lo anterior. Ambas fueron expresiones surgidas ante el descontento de los jóvenes, sobre los que se había constituido un estigma que los colocaba como mercancías desechables, como sujetos pasivos, cuya única función era sortear la incertidumbre del día a día, como sujetos de obediencia. Ambos movimientos mostraron que los jóvenes son más que entidades pasivas y solitarias. Mediante sus acciones colectivas, mostraron el papel que tiene el proceso de actuar juntos, en la pluralidad. Al reconocerse en los ojos de los demás y actuar políticamente para la consecución de un fin común, ellos pudieron conectar su realidad con otros mundos posibles, sus acciones cambiaron la realidad presente. Pero, sobre todo, recuperaron su dignidad y lograron desvincular la dignidad de los procesos de producción y consumo. Sin embargo, un sujeto activo, empático y digno es contrario a los principios del emprendedor neoliberal. Cuyos valores esenciales son el aumento de la producción y la supervivencia. Es así que la dignidad y la acción política no tienen espacio para surgir, y su existencia debe evitarse, el emprendedor debe sobrevivir solo (Bauman, 2015d).

Al observar que los jóvenes pueden actuar juntos e incidir en la realidad, los dispositivos de control se ponen alerta. Actúan de diversas maneras para volver a sujetar y separar a los jóvenes y evitar que afecten al fin moral de la concepción social del trabajo. Así, pareciera ser que la lucha es reactiva en ambos sentidos. Los jóvenes reaccionan a los embates, crean nuevas formas de percibir la realidad, al mismo tiempo que los dispositivos de control hacen lo mismo. Las formas de poder se ejercen de diversas maneras dependiendo de los cambios que surgen en el contexto. Así, el ejercicio del poder es siempre dinámico, siempre cambiante.

En el presente, el contexto se está modificando una vez más. La doctrina neoliberal se está fracturando, pareciera que la concepción social del trabajo está dando un paso hacia atrás, regresando a su faceta proteccionista (Larrouy, 2017). El argumento de Beck (2000, 2008), de que el trabajo es local y el capital global parece romperse.<sup>13</sup> Así, nuevas dinámicas se están generando, nuevas formas de control emanan de una nueva transformación de la concepción social del trabajo, al mismo tiempo que los jóvenes continúan creando espacios de dignidad y pluralidad.

En este contexto de cambios, cabría preguntarse ¿qué papel juegan los jóvenes ante los cambios contextuales? ¿De qué manera se está modificando su participación? ¿Son únicamente reactivos, o por el contrario, tienen la capacidad para actuar antes de ser atacados por los dispositivos de control? ¿De qué modo se reconfigura el valor de la dignidad?

---

<sup>13</sup> Basta con analizar lo sucedido entre Trump y la empresa Ford. El primero amenazó con poner un impuesto bastante sustancial a todas las empresas que operen en países ajenos a los Estados Unidos. Ante esto Ford decidió cancelar una serie de plantas en México y abrirlas en su país de origen (Larrouy, 2017). ¿De verdad la globalización emancipó a las empresas de ataduras políticas? O por el contrario, ¿el trabajo puede volver a localizarse por medio de un gobierno duro?

## A manera de un “es decir”: Sobre la libertad, la obediencia y la dignidad

---

La idea del “emprendedor”, asumida en términos un “deber ser” de los jóvenes ha buscado imponerse por medio de los dispositivos de control de la concepción social del trabajo. Sin embargo, este deber ser es una *ficción moral*, alejada de la realidad en la que vive la gran mayoría de los jóvenes. Aun así, ellos han interiorizado gran parte del discurso moral de la concepción social del trabajo, cuya idea principal fue la vinculación de la *dignidad* de los sujetos a ámbitos laborales y de consumo. De esa manera se ha creado una forma de *individualidad* juvenil, devenida en mecanismo de *dominación y violencia* (Han, 2016b). Sin embargo, todo sujeto tiene la capacidad de ejercer su poder por medio de su *libertad de acción*, de “rechazar lo que se es”, de crear algo nuevo, de construir su propia *identidad*, es decir, de *resignificarse* (Foucault, 1998).

Desde el siglo XIX, el discurso moral de la concepción social del trabajo manifestó que los individuos tenían valor únicamente en términos del aumento que ellos conseguían de la producción, así, la dignidad de los seres humanos se vinculó al ámbito laboral, rompiendo la idea de que los individuos valían por el simple hecho de existir. Su dignidad debía construirse. En las sociedades de rendimiento dicha idea se radicalizó y se ejemplificó en la figura del “emprendedor”, aquel sujeto que es totalmente libre y responsable por las decisiones de su vida y responsable de salir adelante ante una realidad incierta y desigual (Han, 2016b). Los mecanismos de control de la concepción social del trabajo se han encargado de normalizar dicha idea, cuyo resultado ha sido la interiorización de la misma por parte de los jóvenes. Así, su dignidad depende de lo que ellos consigan laboralmente y en los productos que ellos puedan consumir. Además, los dispositivos de control, buscan vaciar a los jóvenes de su poder para actuar, creando de esa manera sujetos pasivos y solitarios, cuya única libertad es elegir qué consumir. Así, para Foucault,

Esta forma de poder se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos.

Hay dos significados de la palabra sujeto: sometido a otro a través del control y la dependencia y sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete (Foucault, 1988: 7).

Pero, ¿de verdad los jóvenes se encuentran únicamente sujetos y por ello no tienen la capacidad para actuar? El hecho de que ellos interioricen el discurso moral, atándose a una individualidad creada por alguien más, no implica que pierdan toda su capacidad de actuar, puesto que el poder no puede ejercerse si no existe la libertad para los sujetos. El poder ya sea como dominación o como creación necesita de la libertad para ejercerse. Los jóvenes por medio de esa libertad pueden rebelarse ante la individualidad que les es impuesta y construir por medio de sus acciones una identidad propia, puesto que,

La libertad puede muy bien aparecer como condición de existencia del poder (al mismo tiempo como su precondition, puesto que debe existir la libertad para que el poder se ejerza, y también como su soporte permanente, puesto que si se sustrajera totalmente del poder que se ejerce sobre ella, éste desaparecería y debería sustituirse por la coerción pura y simple de la violencia); pero también aparece como aquello que no podrá sino oponerse a un ejercicio del poder que en última instancia, tiende a determinarla completamente. La relación de poder y la rebeldía de la libertad no pueden, pues, separarse (Foucault, 1998: 16).

El valor de la libertad vinculado al poder tiene dos caras. Libertad para actuar o libertad para ser sujetado. Así, los sujetos son seres con la potencialidad para actuar, pero, al mismo tiempo se encuentran atados a una individualidad. Esa es la paradoja de la libertad, las relaciones de poder necesitan que existan sujetos libres, para dominarlos, ya que, “el poder se ejerce únicamente sobre ‘sujetos libres’ y solo en la medida en que son ‘libres’” (Foucault, 1998: 15). Ello implica que cualquier sujeto puede actuar y ejercer su poder por medio del uso de su libertad, dando nacimiento a una resistencia; sin embargo, al mismo tiempo, se encuentra dominado por mecanismos que él mismo interioriza y reproduce sin cuestionarse sobre ello. Foucault advierte,

Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general de la verdad’: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o

falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero (Foucault, 1980: 186).

Los cuerpos y las mentes de los sujetos son atravesados por “enunciados de verdad” que dictan lo que es “normal” y lo que no. Para el capital impaciente, ha sido fundamental conseguir por medio de los mecanismos de control, la interiorización del deber ser del emprendedor, para que así, los jóvenes crean que dicho discurso es el único verdadero. Para ello, el valor de la libertad radicalizada se ha vuelto fundamental. Ahora, “en lugar de una coacción externa aparece una coacción interna, que se ofrece como libertad” (Han, 2016b: 28). La figura del emprendedor se explota así. “El combate ya no se libra fuera del yo, sino en su interior” (Han, 2016b: 25). Así, los mecanismos de control al traslaparse con los disciplinarios se hacen más discretos, la dominación se da al atravesar tanto los cuerpos, como las mentes de los jóvenes. Cuando la violencia se interioriza y los jóvenes se dominan a sí mismos el ejercicio del poder deja de ser puramente “negativo” y “represivo”,

Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera nunca otra cosa que decir no, ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir (Foucault, 1980: 182).

Los mecanismos de control son más discretos, y la dominación surge cuando los jóvenes interiorizan y reproducen un discurso que es completamente ajeno a su situación de vida. Los jóvenes se violentan a sí mismos al silenciarse y culparse por su situación de vida, perdiendo su dignidad. “Las técnicas de dominación también hacen uso de esta interiorización de la violencia. Se ocupan de que el sujeto de obediencia interiorice la instancia de dominación externa y la convierta en parte de su ser” (Han, 2016b: 26). La dominación anclada a un valor de la libertad del yo radicalizada, hace creer que “el sujeto de rendimiento, propio de la Modernidad tardía, es libre, pues no se le impone ninguna represión mediante una instancia de dominación externa” (Han, 2016b: 11), cuando en realidad, sigue siendo dominado, ahora por sí mismo. Sin embargo, Foucault da una salida

a esta paradoja y se encuentra en la *ética* entendida como un mecanismo apto para activar la capacidad de resistencia que deviene de la libertad, “porque en realidad ¿qué es la ética sino la práctica de la libertad, la práctica reflexiva de la libertad?” (Foucault, 1984).

Puesto que la libertad reside en la capacidad de los sujetos de reflexionar sobre sí mismos, sobre hasta qué punto su identidad ha sido impuesta, puesto que, “el conocimiento de sí”, implica “el conocimiento de un cierto número de reglas de conducta o de principios que son a la vez verdades y prescripciones. El cuidado de sí supone hacer acopio de estas verdades: y es así como se ven ligadas la ética y el juego de la verdad” (Foucault, 1984). La ética implica el conocimiento de uno mismo para comprender nuestra propia individualidad, para después, por medio de la libertad de actuar, crear una identidad propia. Por ello, la ética se vincula a la libertad (primero de pensar y luego de actuar). En ese sentido, “el objetivo principal en estos días no es descubrir lo que somos, sino rechazar lo que somos” (Foucault, 1998: 11). Para Han, contrario a lo que pensaba Foucault, el valor de la libertad radicalizada implica que los sujetos de rendimiento, ya no se encuentran “sujetos” a nadie. Reproduciendo dicho argumento, los jóvenes ya no serían sujetos puesto que “ha dejado de serle inherente cualquier tipo de sujeción” (Han, 2016b: 28). Sin embargo, siguiendo las mismas ideas de Han, los jóvenes al interiorizar la violencia, terminan sujetándose a sí mismos. Es así que la sujeción es individual. Pero ese mismo hecho, da como resultado que los jóvenes por sí mismos pueden percatarse de dicha sujeción por medio de la ética y dar vuelta al valor de la libertad.

Como se observó en el desarrollo de los capítulos anteriores, los dispositivos de control tienen como función imponer la idea del emprendedor a los jóvenes, expresada mediante los mecanismos de individualización, precarización y estigmatización, los cuales traspasan la responsabilidad de problemas estructurales a los sujetos, haciéndoles creer que ellos son los únicos responsables de su condición de vida. “Cada cual es declarado responsable no solo de su propia suerte sino también de su actuación social y de sus consecuencias en la participación social” (Merklen, 2013: 47). La dignidad queda vinculada a la forma en que ellos resuelven los problemas del día a día, y en cómo se construyen a sí mismos en una realidad sumamente incierta. “Ella obliga al individuo a la mejora de su desempeño, a invertir en su futuro o a asegurarse contra los avatares de la existencia”

(Merklen, 2013: 47). En caso de fracasar, la culpa es de ellos mismos por haber tomado las decisiones incorrectas, generando un sentimiento de culpa puesto que, “en vista a la imposibilidad de acceder al yo ideal, uno se percibe como deficitario, como fracasado, y se somete al autorreproche” (Han, 2016b: 106). La dominación cristaliza cuando los jóvenes interiorizan y reproducen dicho deber ser, sin dudar de él. Es aquí donde cobra un papel fundamental la *ética*, entendida como el conocimiento de uno mismo. Cuando los jóvenes analizan su identidad y descubren que es ajena a ellos y que no se corresponde con sus circunstancias, surgen acciones para cambiar la realidad. El conocimiento de uno mismo abre el camino para el rechazo de la realidad y la posterior construcción de otro mundo posible, así, “debemos fomentar nuevas formas de subjetividad mediante el rechazo del tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante varios siglos” (Foucault, 1998: 11).

La figura del emprendedor neoliberal debe ser un sujeto solitario, educado para creer que el valor máximo es la *supervivencia*. Así, “la vida es sobrevivir. Viven los más fuertes. El que golpea primero sobrevive. Mientras uno es el más fuerte, puede librarse sin castigo de lo que les haya hecho a los débiles” (Bauman, 2015d: 114). En un mundo en el cual la supervivencia es lo principal, la desconfianza y la competencia cobran un papel primordial. Anclado en dichos valores, el discurso moral de la concepción social del trabajo busca dividir a los jóvenes y hacerles creer que se encuentran solos. El valor de la supervivencia incide en la creación de un abismo de empatía, en el cual, cada uno piensa únicamente en sí mismo y los problemas se convierten en algo individual, “se acusa a quien pierde su trabajo de no haberse preparado para tal eventualidad, de no haberse formado, de no haber previsto lo que se venía, de no aceptar cambiar de domicilio, de no ahorrar. Se lo acusa, sobre todo, de esperar que la sociedad venga a socorrerlo, haciendo pesar las consecuencias de su falta de previsión sobre las espaldas ajenas” (Merklen, 2013: 49).

Aunado a ello, el valor de la libertad se reduce únicamente a la *elección del yo* (Žižek, 2002). “El cansado sujeto de rendimiento también se atormenta a sí mismo” (Han, 2016b: 91). Así, la figura del “emprendedor” es solitaria, y “libre”. “El explotador es, a la vez, el explotado. La explotación tiene lugar sin dominación” (Han, 2016b: 375). Esto deviene en la ruptura del *proceso de alteridad*, producto de la fragilidad en los vínculos humanos. En las sociedades contemporáneas las “relaciones” han cedido su lugar a las

“conexiones”. “Las conexiones pueden ser y son disueltas mucho antes de que empiecen a ser detestables” (Bauman, 2015d: 12). En una sociedad en la cual el tiempo se acelera, y las relaciones se empalman con el valor de la supervivencia, éstas se convierten en una mercancía, cuyo único valor son las gratificaciones que se pueden obtener de ella. “A fin de cuentas, el individuo no se compromete con el mundo a modo de ‘participación’ en la vida social, sino que lo hace desde una toma de riesgos en el que tanto puede salir ganando como perdiendo” (Merklen, 2013: 79). Así, las relaciones humanas son tratadas en términos de consumo, “las conexiones suelen ser demasiados superficiales y breves para llegar a ser un vínculo” (Bauman, 2015d: 87). Como se ha mencionado, las sociedades de control plantean un sinnúmero de nuevos comienzos para los jóvenes, éstos se encuentran sometidos a una modulación constante (Deleuze, 2006), en la cual, lo conseguido en el pasado deja de ser útil en el presente, lo mismo sucede con las relaciones. En palabras de Bauman,

Cada partida comienza de cero, los méritos pasados no cuentan, uno solo vale según los resultados del último duelo. En cada momento, cada jugador solo lucha por sí mismo, y para avanzar, por no hablar de alcanzar la cima, primero debe cooperar para excluir a todos los otros ansiosos por sobrevivir y ganar que le obstruyan el camino, pero debe cooperar solo para vencer, uno a uno, a todos aquellos con los que antes había cooperado, y dejarlos atrás, derrotados, cuando ya no son más útiles (Bauman, 2015d: 118).

Los sujetos ante el riesgo que implica comprometerse con otras personas prefieren no hacerlo, puesto que la ganancia puede ser menor al tiempo invertido en una relación, el “emprendedor” debe ser libre y las relaciones generan dependencia hacia otras personas, “recuerde: cuanto más profundos y densos sean sus lazos, vínculo y compromisos, mayor es el riesgo” (Bauman, 2015d: 83). Así, la fragilidad de las relaciones se convierte en un mecanismo de control, la dominación implica que los jóvenes crean que no cuentan con nadie más que consigo mismos, puesto que es más sencillo dominar a una sociedad desvinculada. Al respecto Germán Cano menciona que,

Desde el marco actual del mito del emprendedor, en el que la servidumbre laboral ya no se presenta solo como explotación y alienación por la pérdida del objeto producido, como opacidad social o como dominación explícita de clase, sino como identificación personal con la empresa o como encarnación compulsiva con ella en tanto que marca

de distinción, esta hipertrofia del yo se ve forzada a difuminar o tachar como insoportable menoscabo todo vínculo colectivo, toda gramática de lo común y, por ello, toda articulación política de tipo colectivo (Cano, 2015: 22).

Es por ello que lo “normal” es que los jóvenes compitan entre ellos, que crean estar solos y toda acción que aspire a una “gramática de lo común” sea considerada como algo “anormal”, cuestionada, desechada y castigada por los mecanismos de control. A pesar de ello, cuando los jóvenes comienzan a pensar éticamente, cuando cuestionan su posición social y lo que el deber ser espera de ellos; cuando comienzan a actuar con los demás y se visibilizan en los ojos de otras personas, surge el proceso de alteridad. Gracias a él, los jóvenes pueden comenzar a ser juntos, a construir su propia *identidad en la alteridad*, al mismo tiempo que luchan por la creación de otro mundo posible.

Los jóvenes se encuentran atravesados por una paradoja, cuando interiorizan el deber ser, se sujetan a sí mismos al reproducir la figura del emprendedor. En este caso, la supervivencia sería el valor que rige su vida, que los separa de los demás y que los estimula a actuar únicamente para garantizar su superioridad sobre los otros. La dignidad en este sentido implicaría la capacidad de cada uno de “llegar a la cima” sorteando a un mundo totalmente incierto. Al mismo tiempo, en caso de pensar éticamente, los sujetos pueden criticar su condición de vida, y convertirse en sujetos actuantes, ya no únicamente para sobrevivir, sino para crear otro mundo posible. La dignidad en esta cara de la moneda implica la capacidad de cada sujeto de ejercer su libertad para actuar, de crear algo nuevo, de unirse con los demás y reconocerse en los otros (Delgado, 2015).

La dignidad en las sociedades contemporáneas se ha tergiversado. Los sujetos no valen por sí mismos, ellos deben mostrar por medio de sus acciones que merecen el reconocimiento social. En caso de fracasar, la culpa es individual. Al no tomar las decisiones “correctas” los sujetos son desechados, peor aún, cuando ellos reproducen el discurso, se culpan a sí mismos, se sienten incompletos, como sujetos que no “valen”. Cuando los sujetos actúan únicamente para sobrevivir (y no vivir), cuando se quedan “solos”, cuando dejan de hablar, ellos pierden su dignidad. La ética, es decir, el conocimiento de uno mismo para criticar la condición de vida puede permitir dar vuelta a la dignidad como ha sido entendida. Hay que recordar que “el atributo *sine qua non* de la

humanidad, es una vida digna, y no la supervivencia a cualquier precio” (Bauman, 2015d: 113).

Dar vuelta a la idea anterior implica recordar que *la dignidad se basa en el proceso de alteridad*. Bauman, ofrece una salida para no olvidarlo, ésta se basa en el amor. Pero, si las relaciones humanas se ven reducidas a mercancías que producen una satisfacción, ¿por qué los sujetos deberían amar a otros? ¿Qué beneficio se obtiene de ello? Si se reproduce el deber ser del emprendedor, amar a los otros conlleva un riesgo, es posible que lo invertido no reditúe en ganancias, e incluso que los sujetos puedan salir lastimados. Entonces, ¿por qué arriesgarse?

Siguiendo la idea de Bauman, el amor puede definirse en esencia bajo la frase: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Pero, si el discurso neoliberal no necesita del amor, puesto que, “la supervivencia puede conseguirse sin el amor a uno mismo” (Bauman, 2015d: 108), ¿cómo podríamos amar al prójimo si no nos amamos a nosotros mismos? Además de que la figura del emprendedor es solitaria puesto que debe concentrarse más en actuar para sobrevivir y por eso se explota a sí mismo, se frustra y se culpa de sus condiciones de vida (Han, 2016b). Bauman nos recuerda que, “lo que amamos en nuestro amor a uno mismo es la personalidad adecuada para ser amada. Lo que amamos es el estado, o la esperanza, de ser amados. De ser objetos dignos de amor, de ser reconocidos como tales, y de que se nos dé la prueba de ese reconocimiento” (Bauman, 2015d: 108).

Así, para amar uno debe ser amado. Es decir, debe ser respetado y reconocido como un ser digno. “La demanda de ‘ama al prójimo como a ti mismo’, implica el deseo del prójimo de que se reconozca, admita y confirme su dignidad, su posesión de valor único, irremplazable y no desechable” (Bauman, 2015d: 109). Sin embargo, amar se vuelve algo complicado en una realidad en la que lo único que importa es sobrevivir. La supervivencia es individual, el amor es colectivo. Para romper la idea anterior, es fundamental que los jóvenes comiencen a pensar éticamente, es decir, a reflexionar sobre lo que son. A partir de la reflexión de su individualidad, los jóvenes pueden criticarse a sí mismos y transformar su realidad. Para ello, la libertad de actuar se vuelve fundamental para romper el círculo del emprendedor solitario. Puesto que, cuando los sujetos tienen libertad para actuar, éstos pueden expresar su sentir, pueden hablar, pueden darse a conocer, crear su propia identidad

y mostrarle a los demás que son seres que valen. La alteridad, implicaría el uso de la libertad de acción para conectarse con los demás, para reconocerlos como sujetos dignos, para reconocerse en ellos. Bauman agrega,

Si otros me respetan, obviamente debe haber algo 'en mí' algo que solo yo puedo ofrecerle a los otros; y obviamente existen esos otros, sin duda, a quienes les gustará y agradecerán el ofrecimiento. Soy importante, y lo que digo y pienso también es importante. No soy un cero, alguien a quien se puede reemplazar y desechar fácilmente. Yo 'hago una diferencia', y no solo para mí mismo (Bauman, 2015d: 109).

En una realidad en la que se ha hecho creer a la mayoría de los jóvenes que no valen, en la cual hay un sinnúmero de personas "desechadas" y excluidas, retomar al amor en estos términos implicaría desvincular a la dignidad del empleo, y visibilizarla como el reconocimiento del valor intrínseco de los demás. La libertad de acción debe seguir siendo la piedra fundamental para dar esta vuelta de tuerca, los jóvenes deben luchar para poder expresar su sentir, para hacerse escuchar, puesto que, "cuando se nos escucha atentamente, con un interés que delata y señala la voluntad de responder, suponemos que somos respetados. Es decir, suponemos que lo que pensamos, hacemos o nos proponemos hacer tiene importancia" (Bauman, 2015d: 109).

Tanto el *15M* como el *Yosoy132*, más allá de sus limitaciones y de la crítica que podría que podría elaborarse, constituyeron una muestra de lo anterior. Ambos fueron insurgencias surgidas del descontento de los jóvenes (y otros sectores de la población), al sentir que únicamente valían como mercancías que podían ser desechadas en cualquier momento, como objetos que no tenían nada que aportar o decir sobre su propio futuro, como un sujeto pasivo cuya única función es obedecer. Ambos movimientos visibilizaron que la soledad puede romperse, que a pesar de vivir en una sociedad marcada por un abismo de empatía, los seres humanos que sienten, sufren y tienen frustraciones y al transparentar ese dolor en los ojos de los demás actuaron para modificar la realidad. Si el consumo y el empleo son los únicos medios que derivan en una vida digna, en una sociedad tan desigual e incierta como la actual, casi nadie sería digno.

A pesar de que los jóvenes se encuentran atravesados por un discurso que fomenta la soledad y la competencia, ellos dieron muestras de que al pensar éticamente, se puede

romper con una individualidad que ellos no eligieron. Por eso la libertad de acción, es la esencia de la dignidad. Gracias a ella, los jóvenes actúan, y por medio de sus acciones performativas conectan su realidad con otro mundo posible (Arditi, 2012). La reflexión sobre su realidad y la realización de actuar juntos, comienza a cambiar su mundo. Bauman agrega que, “no podemos hacer que el mundo sea amable y considerado con los seres humanos que lo habitan, ni que se adecúe a los sueños de dignidad que anhelamos. Pero hay que intentarlo” (Bauman, 2015d: 113). Los jóvenes muestran que a pesar de estar atravesados por “verdades”, ellos pueden romperlas y convertirse en sujetos activos, sujetos capaces de incidir en su futuro.

Las implicaciones de su actuación fueron significativas. Primero, mostraron que los jóvenes no son apáticos e inactivos. Por medio de sus acciones dieron prueba de que pueden incidir en el orden y que su voz debe ser escuchada. Segundo, desenmascararon por medio de su crítica y de sus acciones los mecanismos de dominación y de control que los habían vaciado y quitado su dignidad. Tercero, mostraron que existen otros valores ajenos a los de la concepción social del trabajo que pueden guiar su actuar. La búsqueda de libertad para actuar, respeto y amor, ejemplifican que el proceso de alteridad es fundamental en una sociedad, recordar que los sujetos no están solos es esencial para aceptar a los demás, reconocer su valor social (fuera del empleo) y conseguir la dignidad, en términos de ser reconocido como alguien valioso por los demás.

En la experiencia de estos dos movimientos se visibiliza una característica fundamental, la búsqueda de sujetos activos. Ambos aspiran a romper con el sujeto pasivo fomentado por el neoliberalismo, el nuevo sujeto pensante, es la meta que se busca alcanzar. Sin embargo, un sujeto activo, empático y digno contradice los principios del emprendedor neoliberal. Sobre todo, se aleja del fin moral de la concepción social del trabajo. Cuando el aumento de la producción (ahora en un menor tiempo) y la supervivencia se vuelven los valores fundamentales en la sociedad, la dignidad y la acción política no tienen espacio para surgir, es más, su existencia debe evitarse a toda costa. Es por ello, que los mecanismos de control se modifican, buscan nuevas formas para volver a sujetar a los jóvenes. Muestra de ello se observó en ambos movimientos.

En el presente, la lucha sigue vigente. Los sujetos se encuentran a la vez sujetos a una serie de discursos que los atraviesan y los dominan, al mismo tiempo, que al pensar éticamente pueden activar su libertad para actuar y escapar ante ese dominio. Pero el sujeto es ambivalente, al mismo tiempo es libre y dominado, depende de él decidir en qué aspecto enfocarse. La ética, como mecanismo de liberación, permite a los sujetos reflexionar sobre su condición de vida y criticar a una realidad que no se corresponde con su ser. Al mismo tiempo que, los mecanismos de control mutan y se intensifican con fines de mantener a un sujeto pasivo cuyo único objetivo es sobrevivir solitariamente. La dignidad es esencial en ambos sentidos. Si la dignidad se entiende únicamente en términos de trabajo, los sujetos actuarán para ser reconocidos como dignos y esto solo se conseguirá sorteando los desafíos del día a día, pero sobre todo, aumentando la producción. Así, es digno aquel cuyo trabajo trae un beneficio social como plantea la concepción social del trabajo. Por el contrario, si vemos el otro lado de la moneda, todo sujeto es digno por el simple hecho de existir. La dignidad se vincularía en este aspecto al respeto y al reconocimiento de los demás, al creer que somos dignos de ser amados por los demás, puesto que lo que pensamos, hacemos y expresamos, vale la pena. Así, los jóvenes están luchando por eso, por la consecución de su dignidad. A pesar de que los movimientos son evanescentes, jamás debe olvidarse que todo sujeto tiene libertad para actuar y que por el simple hecho de hacerlo, ya se está creando algo nuevo, se está conectando una realidad actual con otra posible y sobre todo, que su consecución depende de las acciones que se hagan en el presente. Aunque la lucha parezca difícil y a veces sin sentido, no debe olvidarse que,

Las relaciones de poder son por tanto móviles, reversibles, inestables. Y es preciso subrayar que no pueden existir relaciones de poder más que en la medida en que los sujetos son libres. Si uno de los dos estuviese completamente a disposición del otro y se convirtiese en una cosa suya, en un objeto sobre el que se puede ejercer una violencia infinita e ilimitada, no existirían relaciones de poder. Es necesario pues, para que se ejerza una relación de poder, que exista al menos un cierto tipo de libertad por parte de las dos partes. Incluso cuando la relación de poder está completamente desequilibrada, cuando realmente se puede decir que uno tiene todo el poder sobre el otro, el poder no puede ejercerse sobre el otro más que en la medida en que le queda a este último la posibilidad de matarse, de saltar por la ventana o de matar al otro. Esto quiere decir que en las relaciones de poder existen necesariamente posibilidades de

resistencia, ya que si no existiesen posibilidades de resistencia –de resistencia violenta, de huida, de engaño, de estrategias de inversión de la situación– no existirían relaciones de poder (Foucault, 1984).

Como se ha observado a lo largo de la presente investigación, la forma en que se ejerce el poder es siempre dinámica, cambiante. Tanto los mecanismos de dominación, como las formas de resistencia se modifican a lo largo del tiempo, las prácticas se transmutan. Así, el discurso moral de la concepción social del trabajo también es cambiante, éste se adapta a su contexto y sus mecanismos de control también se ven alterados por lo mismo. Aunque su fin moral siga siendo el mismo, la forma en que se impone se modifica. Así, desde el siglo XIX, la dignidad de los jóvenes quedó vinculada al ámbito laboral, a pesar de la transformación de la concepción social del trabajo, primero en una etapa proteccionista y luego, en una etapa neoliberal, la dignidad sigue reducida a ese pensamiento. A pesar de ello, y de que se ha buscado imponer un discurso que estigmatiza a los jóvenes como sujetos pasivos, egoístas y apáticos, éstos tienen siempre la capacidad de actuar. Las acciones de los jóvenes también se modifican ante los cambios contextuales. Así, el enfrentamiento entre los dispositivos que crean sujetos pasivos y solitarios; en contra de un pensamiento ético, que puede generar una “gramática colectiva”, basada en la alteridad, que deviene en la libertad para actuar y recuperar la dignidad, sigue presente. Romper el círculo vicioso del emprendedor solitario implica retomar a la dignidad en otro nivel, en uno basado en el proceso de alteridad. Así, los jóvenes pueden generar una identidad propia, pero basada en los demás. Pueden “ser”, con los otros, y así, por medio de su libertad de actuar pueden expresarse, actuar políticamente, pero sobre todo, ser reconocidos como seres dignos que valen por el simple hecho de existir. La dignidad entendida de esta manera, como producto de la libertad para actuar y crear algo nuevo inscrito en el proceso de alteridad puede abrir nuevos panoramas, nuevos mundos. Ante los cambios que está enfrentando el contexto presente, cabe imaginar que surgirán nuevas formas de dominación, pero también de resistencia, pero debe recordarse que a pesar de que la dominación parece ser total, siempre existirán resquicios para fracturarla, para crear otra realidad posible, para abrir nuevos caminos, juntos.

## Bibliografía

---

- Bauman, Zygmunt (2007), *La sociedad individualizada*, Madrid: Catedra.
- \_\_\_\_\_ (2009), *En busca de la política*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2011a), *La sociedad sitiada*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2011b), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona: Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (2013), *Vida de consumo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2015a), *Modernidad líquida*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2015b), *Vidas desperdiciadas, La modernidad y sus parias*, México: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2015c), *Vida líquida*, México: Booket.
- \_\_\_\_\_ (2015d), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt y Lyon, David (2013), *Vigilancia líquida*, Barcelona: Paidós.
- Bauman, Zygmunt y Donskis, Leonidas (2015), *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, México: Paidós.
- Beck, Ulrich, (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2002), *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2006), *Hijos de la libertad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2008), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2012), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona: Paidós.
- Benson, Silva Pablo (2015), "Occupy Wall Street. Necesidades, hacks y nuevas coyunturas: registro de un repertorio táctico ampliado", en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la frontera norte.
- Berman, Marshall (2008), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2002), "La "juventud" no es más que una palabra", en: *sociología y cultura*, México: Grijalbo.
- Cano, Germán (2015), *Fuerzas de flaqueza. Nuevas gramáticas políticas: del 15M a Podemos*, Madrid: Catarata.

- Camarena, Rosa María (2013), “El trabajo de los jóvenes mexicanos hoy”, en: José Luis, Calva (Coord.)(2013), *Los jóvenes de hoy: presente y futuro*, México: Juan Pablos.
- Caron, Jean-Claude (1996), “La segunda enseñanza en Francia y en Europa, desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX: colegios religiosos e institutos, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. II La edad contemporánea*, Madrid: Taurus.
- Chávez, Ana María y Lemus, Ramírez Carlos (2013), “Los jóvenes y el trabajo un análisis de largo plazo”, en: José Luis Calva (coord.)(2013), *Los jóvenes de hoy: presente y futuro*, México: Juan Pablos.
- Coriat, Benjamin (2011), *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, México: Siglo XXI.
- Crouzet-Pavan (1996), “Una flor del mal: los jóvenes en la Italia medieval (Siglos XIII al XV)”, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. I De la antigüedad a la edad moderna*, Madrid: Taurus.
- Delgado, Concepción (2015), *Los dilemas de la ciudadanía moderna y la dignidad de los derechos humanos*, México: Gedisa/UACM.
- Durkheim, Émile (2002), *La división del trabajo social*, México: Colofón.
- \_\_\_\_\_ (2011), *La educación moral*, México: Colofón.
- Feixa, Carles, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, SEP-Causa joven, México, 1998.
- Finley, Moses (2003), *La economía de la antigüedad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1980), *Microfísica del poder*, Madrid: La piqueta.
- \_\_\_\_\_ (2013), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2014a), *Defender la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2014b), *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*, México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2014c), *Seguridad, territorio, población*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2014d), *Los anormales*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel y Deleuze, Gilles (1992): “Los intelectuales y el poder. Entrevista Michel Foucault-Gilles Deleuze” en Foucault, Michel: *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.
- Fraschetti, Augusto (1996), “El mundo romano”, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. I De la antigüedad a la edad moderna*, Madrid: Taurus.
- Goffman, Erving (2012), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, Byung-Chul (2012), *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder.
- \_\_\_\_\_ (2013), *La sociedad de la transparencia*, Barcelona: Herder.

- \_\_\_\_\_ (2014a), *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona: Herder.
- \_\_\_\_\_ (2014b), *En el enjambre*, Barcelona: Herder.
- \_\_\_\_\_ (2016a), *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Barcelona: Herder.
- \_\_\_\_\_ (2016b), *Topología de la violencia*, Barcelona: Herder.
- Hessel, Stéphane (2010), *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*.
- Hobsbawm, Eric (2011), *La era del capital 1848-1875*, Barcelona: CRÍTICA.
- \_\_\_\_\_ (2014), *Historia del siglo XX 1914-1991*, México: CRÍTICA.
- \_\_\_\_\_ (2015), *La era de la revolución 1789-1848*, México: CRÍTICA.
- IFE y COLMEX (2014), *Informe país sobre la calidad ciudadana en México*, México: IFE.
- Kant, Immanuel (2015). “¿Qué es la ilustración?”, en: *Filosofía de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lash, Christopher (1991), *The culture of narcissism. American life in an age of diminishing expectations*, New York: Norton.
- Levi, Giovanni y Schmitt Jean-Claude (1996), *Historia de los jóvenes. I De la antigüedad a la edad moderna*, Madrid: Taurus.
- \_\_\_\_\_ (1996), *Historia de los jóvenes. II La edad contemporánea*, Madrid: Taurus.
- Locke, John (2012), *Ensayo sobre el gobierno civil*, México: Gernika.
- Lupe, Santiago (2014), “A dos años del 15M. De los indignados a la crisis del régimen de 1978”, en: Moissen Sergio (comp.)(2014), *#juventudenlascalles: 68.99.YoSoy132*, México: Ediciones armas de la crítica.
- Navarrete, Emma Liliana (2013), “Los jóvenes, la escuela y el trabajo”, en: José Luis Calva, (coord.)(2013), *Los jóvenes de hoy: presente y futuro*. México: Juan Pablos.
- Malvano, Laura (1996), “El mito de la juventud a través de la imagen: el fascismo italiano”, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. II La edad contemporánea*, Madrid: Taurus.
- Marchello-Nizia, Christiane (1996), “Caballería y Courtoisie”, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. I De la antigüedad a la edad moderna*, Madrid: Taurus.
- Marina, José (2008), *La pasión del poder. Teoría y práctica de la dominación*, Barcelona: ANAGRAMA.
- Margulis, Mario (2008), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires: Biblos.
- Marx, Karl (1976), *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I*, México: Fondo de cultura económica.
- \_\_\_\_\_ (2012a), *Textos de filosofía, política y economía*, Madrid: Gredos.

- \_\_\_\_\_ (2012b), *Manuscritos de París*, Madrid: Gredos.
- Marx, Karl y Engels, Frederic (1981), “Manifiesto del partido comunista” en: *Obras escogidas tomo 1*, URSS: Progreso.
- OIT (2016), *Panorama Laboral 2016*, Lima: OIT / Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Peñaloza, José (2012), *La juventud mexicana. Una radiografía de su incertidumbre*, México: Porrúa.
- Pérez, José y Urteaga, Castro-Pozo, Maritza (coord.) (2004), *Historia de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*, México: IMJUVE.
- Perrot, Michelle (1996), “La juventud obrera. Del taller a la fábrica”, en: Levi Giovanni y Schmitt, Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. II La edad contemporánea*, Madrid: Taurus.
- Posadas, Ruslan (2015), *Realidades líquidas, conceptos zombis, El léxico de la política en la globalización*, México: UACM/Gedisa.
- Reguillo, Rossana (2003), *Las cultural juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión*, México: Fondo de cultura económica.
- \_\_\_\_\_ (2013) (coord.), *Los jóvenes en México*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2015), “#Ocupalascalles #Toma las redes. Disidencia, insurgencias y movimientos juveniles: del desencanto a la imaginación política”, en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la frontera norte.
- Saraví, Gonzalo (2016), *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*, México: FLACSO/CIESAS.
- Sassen, Saskia (2015), *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Buenos aires: Katz editores.
- Schnapp, Alain (1996), “La imagen de los jóvenes en la ciudad griega”, en: Levi Giovanni y Schmitt Jean-Claude, *Historia de los jóvenes. I De la antigüedad a la edad moderna*, Madrid: Taurus.
- Sennett, Richard (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_ (2013), *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.
- Smith, Adam (2012), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Suárez, Herlinda (2013), “Situación y desencanto de los jóvenes a tres décadas de políticas neoliberales”, en: José Luis Calva (coord.)(2013), *Los jóvenes de hoy: presente y futuro*, México: Juan Pablos.
- Suárez, María (2013), “Desafíos de una relación en crisis. Educación y jóvenes mexicanos”, en: Reguillo Rossana (coord.)(2013), *Los jóvenes en México*, México: Fondo de Cultura Económica.

- Tonelo, Iuri (2014), “Del *Passe Livre* al movimiento #No Va a Haber Copa”, en: Moissen Sergio (coomp.)(2014), *#juventudenlascalles: 68.99.YoSoy132*, México: Ediciones armas de la crítica.
- Toret, Javier (2015), “Tecnopolítica del #15M: la insurgencia de la multitud conectada”, en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la frontera norte.
- Valenzuela, Arce José (2015), “Las voces de la calle... y de las redes sociales, los movimientos juveniles y el proyecto neoliberal”, en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la frontera norte.
- Valle, Irene (2015), “#Yosoy132: entre la estructura y la agencia, protocolos de resistencia”, en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la fronte.
- Vommaro, Pablo (2015), “Prácticas, subjetivaciones y politizaciones: las dinámicas de movilización juvenil en la América Latina actual”, en: Valenzuela Arce José Manuel (coord.), *El sistema es antinosotros: Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México: Gedisa/UAM/El colegio de la frontera norte.
- Weber, Max (2012), *Economía y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.

### **Hemerografía**

- Agamben, Giorgio (2011), “¿Qué es un dispositivo?”, en: *Sociológica*, año 26, núm. 73 (mayo-agosto), pp. 249-264.
- Arditi, Benjamín (2012), “Las insurgencias no tienen un plan, ellas son el plan: performativos políticos y mediadores evanescentes en 2011”, en: *debate feminista*, año 23, núm. 46, pp. 146-169.
- Chomsky, Noam (2013), “El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior”, en: *Bajo el Volcán*, vol. 13, núm. 21, pp. 121-134
- Constant, Benjamin (2013), “Sobre la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos”, en: *Libertades*, (verano).
- Deleuze, Gilles (2006), “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, *Polis* 13.
- Durán, José (2006), “La construcción social del concepto moderno de trabajo”, en: *Nómadas: revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, Núm. 13, enero.
- Estrada, Marco (2014), “Sistema de protesta: política, medios y el #YoSoy 132”, en: *Sociológica*, año 29, número 82, mayo-agosto, pp. 83-123.
- Filippo, Marilé (2012), “Arte y resistencia política en (y a) las sociedades de control. Una fuga a través de Deleuze”, en: *AISTHESIS*, no. 51, 35-56.
- Foucault Michel (1984), “La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad”, en: *Revista Concordia*, núm. 6, pp. 96-116.

- \_\_\_\_\_ (1988), "El sujeto y el poder", en: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, No. 3. (Jul. - Sep.), pp. 3-20.
- García, Luis (2011), "¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben", en: *A part rei*, núm. 74 (Marzo).
- Goche, Flor (2012), "Yo Soy 132, movimiento del siglo XXI", *Contralínea*, no. 301, septiembre.
- Moro, Óscar y Pelayo, Ángel (2003), "Hacia una «cartografía» del poder: Michel Foucault", en: *Anuario de filosofía del derecho*, no. 20, 207-226.
- Pérez Islas, José Antonio (2010), "La discriminación sobre jóvenes. Un proceso de construcción", en: *El Cotidiano*, núm. 163, septiembre-octubre, pp. 35-44.
- Portillo, Maricela (2015), "Construcción de ciudadanía a partir del relato de jóvenes participantes del #yosoy132: biografía, generación y participación política", en: *Global Media Journal México*, Volumen 12, núm. 23, Pp. 1-18.
- Rivera, Diego (2014), "De la Red a las calles: #YoSoy132 y la búsqueda de un imaginario político alternativo", en: *Argumentos*, vol. 27, núm. 75, mayo-agosto, pp. 59-76.
- Rovira, Guiomar (2014), "El #YoSoy132 mexicano: la aparición (inesperada) de una red activista", en: *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 105, p. 47-66.
- Salazar, Claudia y Cabrera, Raúl (2013), "Heterogeneidad de una irrupción social: #YoSoy132", en: *TRAMAS 40*, pp. 15-40.
- Souto, Sandra (2007), "Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis", en: *HAOL*, núm. 13 (Invierno), pp. 171-192.
- Zabludovsky, Gina (2011), "Los Procesos de Individualización y la Juventud Contemporánea", en: *Subje/Civitas*, núm. 7, enero-junio.
- Žižek, Slavoj (2002), "A Plea for Leninist Intolerance" en, *Critical Inquiry*, Vol. 28, No. 2. (Winter), pp. 542-566.

### **Páginas web consultadas**

- Balderas, Ángel (2014), "Ayotzinapa y la criminalización de la protesta", en: <http://www.tribunadequeretaro.com/index.php/opinion/4653-ayotzinapa-y-la-criminalizacion-de-la-protesta>, visto el 31 de octubre de 2016.
- Del Pilar, María (2015), "IMPACTO DE REFORMAS HASTA EL 2017. Jóvenes, los más afectados por el mayor desempleo: Wising", en: <http://eleconomista.com.mx/industrias/2015/04/21/jovenes-mas-afectados-mayor-desempleo-wising>, visto el: 19 de Marzo de 2017.
- EFE (2016), "La tasa de desempleo en México en jóvenes y mujeres aumenta en febrero: OCDE", en: <http://www.sinembargo.mx/13-04-2016/1647665>, visto el: 19 de Marzo de 2017.
- García, Cristina (2016), "«Not my president», el movimiento de protesta contra Donald Trump se extiende por Estados Unidos", en: <http://www.lavozdegalicia.es/noticia/internacional/2016/11/11/not-my-president->

- [movimiento-protesta-contradonaldtrump-extiende-estados-unidos/00031478862225244881461.htm](http://movimiento-protesta-contradonaldtrump-extiende-estados-unidos/00031478862225244881461.htm), visto el, 31 de enero de 2017.
- Herranz, David (2016), “El desempleo juvenil es un gran problema para América Latina”, en: <https://www.weforum.org/es/agenda/2016/06/el-desempleo-juvenil-es-un-gran-problema-para-america-latina-aqui-esta-la-forma-de-resolverlo/>, visto el: 19 de Marzo de 2017.
- Larrouy, Diego (2017), “El proteccionismo de Trump abre la puerta a un nuevo orden comercial”, en: [http://cincodias.com/cincodias/2017/01/24/economia/1485282663\\_065246.html](http://cincodias.com/cincodias/2017/01/24/economia/1485282663_065246.html), visto el: 29 de enero de 2017.
- Martínez, Tamara y Valdelamar, Jassiel (2016), “Jóvenes de 20 a 29 años con más desempleo en 11 años”, en: <http://www.elfinanciero.com.mx/economia/jovenes-de-20-a-29-anos-con-mas-desempleo-en-11-anos.html>, visto el: 19 de Marzo de 2017.
- Medina Gabriel (2012), “#YoSoy132: jóvenes trastocando la política posible”, en: <https://mx.boell.org/es/2012/10/22/yo-soy-132-jovenes-trastocando-la-politica-posible>, visto el: 12 de noviembre de 2016.
- Meléndez, Rebeca (2013), “#YoSoy132: el movimiento social juvenil y los problemas de la democracia”, en: <http://www.condistintosacentos.com/yosoy132-el-movimiento-social-juvenil-y-los-problemas-de-la-democracia/>, visto el: 31 de octubre de 2016.
- Olvera, Dulce (2017), “Peña presume lluvia de empleos formales, pero analistas dicen: son indignos y aún insuficientes”, en: [http://www.sinembargo.mx/14-02-2017/3151827?utm\\_source=Relacionados&utm\\_medium=Lista&utm\\_campaign=SEO](http://www.sinembargo.mx/14-02-2017/3151827?utm_source=Relacionados&utm_medium=Lista&utm_campaign=SEO), visto el: 19 de Marzo de 2017.
- Pardo (2017), “Miles de mujeres lideran en Washington las protestas en todo el mundo contra Donald Trump”, en: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/01/21/58837932268e3e40748b4636.html>, visto el 31 de enero de 2017.
- Ramírez, Raúl (2017), “México 2017: gasolinazos y militarización”, en: <http://www.losangelespress.org/mexico-2017-gasolinazos-y-militarizacion/>, visto el 2 de enero de 2017.
- Sánchez, Mayela (2017), “Jóvenes, principales afectados por el desempleo”, en: <http://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/index.php/2011/02/17/jovenes-principales-afectados-por-el-desempleo/>, visto el: 19 de Marzo de 2017.
- Sin embargo (2016), “Tener más tiempo de preparación incrementa la probabilidad de estar desempleado, dice el CEESP”, en: [http://www.sinembargo.mx/17-01-2016/1600067?utm\\_source=Relacionados&utm\\_medium=Lista&utm\\_campaign=SEO](http://www.sinembargo.mx/17-01-2016/1600067?utm_source=Relacionados&utm_medium=Lista&utm_campaign=SEO), visto el: 19 de Marzo de 2017.
- La página del movimiento 15M se encuentra en: <http://www.movimiento15m.org/>.
- El video que hizo emerger al movimiento #Yosoy132 se encuentra en: <https://www.youtube.com/watch?v=hca6lzoE2z8>.



*Sr. Victor Zarate Terán*  
**ATENCION PERSONAL**

República de Cuba No. 99 Desp. 9  
Centro Histórico C.P. 06010

**Tel. 5510-0299**

Horario: 10:30 a 20:00 Hrs.

**Tel Particular: 5649-0251**

 **55-3135-0540**